



Círculo
de Montevideo

*La certeza
de la
incertidumbre*

XXIV Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo
Bogotá, Colombia - Octubre de 2018

La certeza de la incertidumbre



CÍRCULO DE MONTEVIDEO

XXIV Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo

Bogotá, Colombia - Octubre de 2018

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en cualquier medio,
citando fuentes y con la autorización previa de la Fundación Círculo de Montevideo.

Las opiniones son de exclusiva responsabilidad de quien las suscribe
y no necesariamente de la Fundación Círculo de Montevideo.

Editado y publicado por la Fundación Círculo de Montevideo.

Diseño y armado:
Andrea Desalvo
andrea.desalvo@gmail.com

índice

La certeza de la incertidumbre.

Apertura de la reunión.

- 1. Sra. Presidente de la Cámara de Comercio de Bogotá.**
Mónica de Greiff 5
- 2. Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo.**
Julio María Sanguinetti..... 7
- 3. Presidente Empresarial de la Fundación Círculo de Montevideo.**
Carlos Slim 11
- 4. Presidente de la República de Colombia.**
Iván Duque 15
- 5. Recuperar el arte de pensar.**
Belisario Betancur - Leonel Fernández Reyna- Felipe González
Ricardo Lagos - Julio María Sanguinetti 21
- 6. El vaivén de los valores.**
Rebeca Grynspan - Natalio Botana - Martín Santiago - Albert Rivera
Alberto Ruiz Gallardón 37
- 7. Formación para la empleabilidad.**
José Antonio Ocampo - Enrique Iglesias - Enrique Manhard
Carlos Slim 63

8. Ética y competitividad empresarial.	
<i>Julio María Sanguinetti - Hernán Rincón - Mónica de Greiff</i>	
<i>Carlos Enrique Moreno</i>	79
9. Medios, valores y contenidos.	
<i>José Manuel Acevedo - Cristina de la Vega - Marisol Cana</i>	
<i>Cayetana Aljovín.....</i>	93
10. Síntesis de las jornadas.	
<i>Julio María Sanguinetti - Carlos Slim - Belisario Betancur</i>	
<i>Leonel Fernández Reyna - Felipe González - Ricardo Lagos</i>	
<i>Enrique Manhard - José Antonio Ocampo - Alberto Ruíz Gallardón</i>	
<i>Martín Santiago - Álvaro Uribe.....</i>	105

1 - Apertura de la reunión. Sra. Presidente de la Cámara de Comercio de Bogotá.

Mónica de Greiff

Muy buenos días para todos.

Bienvenido señor presidente de la República, Iván Duque.

Gracias por acompañarnos, señor presidente del Círculo de Montevideo, doctor Julio María Sanguinetti; señor presidente empresarial del Círculo de Montevideo, ingeniero Carlos Slim; respetados señores expresidentes, miembros de la Fundación Círculo de Montevideo; miembros de la Junta Directiva de la Cámara de Comercio de Bogotá; empresarios; señores embajadores y miembros del cuerpo diplomático.

Bienvenidos todos.

Es un honor para la Cámara de Comercio de Bogotá apoyar la XXIV Reunión Plenaria de la Fundación Círculo de Montevideo, y seguir posicionando a la capital colombiana como una ciudad de encuentros globales, diversa y abierta al debate.

Se ha dado la grata coincidencia de que este año la Cámara celebra su aniversario número 140. Desde 1878, hemos trabajado al servicio de los empresarios, ofreciendo nuestra capacidad de acompañamiento para fortalecer sus negocios, contribuyendo a la construcción de un entorno propicio para el emprendimiento y garantizando la seguridad jurídica mediante la administración de los registros públicos.

Durante todos estos años hemos facilitado espacios para el debate; hemos aportado nuestra experiencia para la toma de decisiones determinantes, e incluso hemos invertido en proyectos transformadores para Bogotá y el país: por ejemplo, detrás de la construcción del primer aeropuerto de Colombia, hace ya varios años, o de Ágora, que entregamos el año pasado, uno de los centros de convenciones más grandes y modernos de América Latina, ha estado el liderazgo de la Cámara de Comercio de Bogotá.

Por nuestro compromiso con la promoción de entornos competitivos y sostenibles, hemos creado espacios de reflexión sobre los temas decisivos para la ciudad, para el país, y que son parte de la discusión en el mundo. De allí la importancia de apoyar a la



Fundación Círculo de Montevideo, pues al igual que sus miembros estamos convencidos de que los debates sobre la globalización, la equidad social y la democracia son esenciales para generar acciones de política que respondan a los nuevos retos y oportunidades de nuestra sociedad.

En esta ocasión, queremos aportar al diálogo sobre la incertidumbre y el cambio constante en las sociedades, que se ha dado a partir de la creciente interconexión a nivel mundial. El proceso globalizador trae consigo transformaciones políticas, culturales, económicas y sociales, que han generado nuevas tensiones. Estas se ven reflejadas en procesos como el aumento de los populismos y la polarización, las crisis económicas con impactos cada vez más dramáticos, y el fortalecimiento de nuevos nacionalismos.

América Latina y Europa hoy enfrentan altos grados de polarización por el fortalecimiento de movimientos o figuras políticas radicalizadas, con discursos que invitan a la discriminación, la eliminación de proyectos de integración y cooperación internacional, y al desconocimiento de los derechos humanos. La aparición de estos movimientos está relacionada con otro elemento esencial de la globalización: la tecnología. Particularmente, el desarrollo de nuevos canales de comunicación, como las redes sociales, ha facilitado la difusión de información que contribuye a la erosión de la confianza en las instituciones, e incluso crea confusión por las distorsiones que hace de la realidad. No es gratuito que en los resultados del Edelman Trust Barometer de 2018 se indique que, a nivel global, los ciudadanos no confían en los medios de comunicación.

Por supuesto, no debe desconocerse que dichas tecnologías han traído considerables ventajas. Gracias a las redes sociales se han dado movilizaciones como el *Me too*, que han llevado a la discusión y a la sanción pública de casos de abusos contra las mujeres; o la Revolución de los Jazmines en Túnez, que movilizó a la población exigiendo la restauración de derechos ciudadanos vulnerados.

Cada vez es más evidente que, para hacer frente a los crecientes desafíos globales, se requieren acciones colectivas gestionadas de manera conjunta en escenarios multilaterales. Un claro ejemplo de ello es el cambio climático, que necesariamente debe llevarnos a una reflexión sobre las formas de producción y consumo, pues de seguir en la misma dirección, estaremos arriesgando la vida de millones de personas, particularmente de los más vulnerables y de los niños. Solo a través de una eficaz gobernanza global pueden reducirse sus causas y mitigarse sus efectos.

Lo mismo es válido para amenazas globales como el mercado ilegal de drogas ilícitas, el tráfico de armas o, por supuesto, la trata de personas.

Estos retos, asociados a la interdependencia, pueden superarse recuperando y reasignando los valores básicos, como el respeto por la dignidad humana y la libertad. Es necesario generar liderazgos colectivos que incluyan las visiones del sector público y del privado, así como de la sociedad civil, y diseñar mecanismos de cooperación que permitan alinear intereses y repensar la forma como estamos liderando y construyendo nuestras instituciones.

Precisamente, esta reunión del Círculo de Montevideo busca contribuir de manera decidida a esta conversación. No me cabe duda de que será un espacio enriquecedor, que nos dará la oportunidad de escuchar a líderes del mundo, quienes con sus aportes, experiencia y compromiso, pueden alimentar estas reflexiones y darnos pistas sobre el rol que las organizaciones comprometidas con el desarrollo y el bienestar podemos asumir en este momento único de la historia.

Una vez más: ¡bienvenidos a la Cámara de Comercio de Bogotá, y muchísimas gracias!

2 - Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo.

Julio María Sanguinetti

Señor presidente de la república, Iván Duque; señora presidente ejecutiva de la Cámara de Comercio de Bogotá, Mónica de Greiff; estimadísimos amigos todos: hace veintidós años, un grupo de amigos que coincidíamos en aquel momento auroral de nuestra América Latina, que retornaba de los ominosos años 70 y sus golpes de Estado, nos reunimos para construir un espacio de reflexión, un espacio de pensamiento, una pausa que permitiera pensar y reflexionar dentro del vértigo de acontecimientos que nos iban, a veces, superando, con una avanzada científica y tecnológica que iba arrastrando instituciones sociales, políticas y jurídicas concebidas para otro tiempo, otros quehaceres, otros modos de producir.

Y, así, comenzamos esta andadura —que lleva ya dos décadas largas— políticos, economistas y algunos pensadores; políticos de diversos orígenes: unos más socialdemócratas, otros más liberales, otros más democristianos, y otros, como Belisario —nuestro noble patrono y decano—, que se ha definido siempre como la extrema izquierda de la derecha, o sea, el profundo centro.

Y bien: ¿cuál sigue siendo nuestro objetivo hoy? ¿Por qué estamos aquí reunidos? Porque en este tiempo nuevo, que nos ha modificado los parámetros de producción, los parámetros de comunicación entre los seres humanos, por encima de todo; que nos pone por delante desafíos tan importantes, debemos salir de ese titubeo metafísico que denunciaba Ortega y Gasset ya a principios del siglo pasado. Es decir, debemos dejar de titubear metafísicamente para abordar esos temas que hoy la realidad nos muestra y que a veces hasta nos asaltan.

La democracia, luego de que se han caído todos los sistemas que pretendieron sustituirla, se encuentra hoy, sin embargo, con dudas ciudadanas, con desconciertos de las poblaciones, con debilitamiento de los partidos, con instituciones que tienen que sufrir y adolecer de tensiones que eran inesperadas, y con el surgimiento de los llamados populismos, movimientos que, unos vestidos de ropajes de izquierda y otros de ropajes de derecha, tienen la misma característica de tratar de armar sistemas sobre la base de la emoción y del prejuicio, cancelando los caminos de la razón, de



las instituciones y del Parlamento. Nacen normalmente de una elección, pero luego, más allá de ella, juegan con las instituciones para la instalación de liderazgos mesiánicos por encima de ellas.

A nuestra propia civilización la vemos también confundida. Para variar con quienes pronostican su debilitamiento y desaparición, no falta esto de que desde que los alemanes inventaron la palabra crisis no la hemos sacado nunca de la agenda de Occidente.

Pues allí estamos: en los conflictos de un modo o de otro; del Islam por un lado, del Cristianismo por el otro; en los cuestionamientos que se viven con las inmigraciones, que en Europa se vinculan a este tema. Inmigración que hoy también se nos ha venido a nuestra América como un fenómeno masivo, y que se nos ha venido por una causa muy triste, que es esta herida abierta de venezolanos que arroja a nuestras fronteras miles, cientos de miles de compatriotas latinoamericanos que no encuentran el horizonte, la tranquilidad para poder seguir edificando sus vidas allí. Las inmigraciones son un desafío que pone a prueba también nuestra solidaridad, que ha de administrar los inevitables empujes de xenofobia que crean estos movimientos.

Paralelamente, la revolución tecnológica nos pone también el tema del trabajo como un desafío acuciante. La revolución va creando nuevos empleos, pero va destruyendo los viejos. Y esa transición da la impresión de que llevará muchos años y que no detendrá su velocidad; porque el cambio ha sido permanente en la sociedad humana, pero lo que no ha sido siempre así es la velocidad inédita a la que transitamos hoy en todas nuestras organizaciones sociales. De allí que el trabajo nos está desafiando; el trabajo de la gente común, que se siente insegura y en cuyo horizonte hace ya mucho desapareció aquella actividad para toda la vida, que solía, en los años 40, 50 y 60 ser la aspiración de aquellos que entraban a un banco o a una gran empresa industrial que hoy seguramente esté ya desaparecida.

Y hay otros desafíos, como ¡las *fake news*!

Esta maravilla que son las nuevas redes de comunicación, que han construido la aldea global —que aún

sobrevive— que soñara McLuhan —uno de los pocos profetas del siglo XIX—, también abre inéditos desafíos: el de la transmisión de las mentiras; el de la implicancia de un Estado en otro; el de la intervención aun en elecciones para tergiversar su resultado; y el de la violación de la intimidad, como hemos estado observando en los últimos tiempos.

A su vez, la inteligencia artificial nos pone delante del dilema de si son las máquinas quienes tomarán en un momento las decisiones que debiéramos tomar en la sociedad.

Soy optimista, sin embargo. Después de todo, la historia de la humanidad es también la historia del avance de la ciencia. Por algo, la Edad de la piedra pulida superó a la de la piedra rústica, y luego vino la del hierro, y luego la del bronce, y así seguimos en esta historia, porque si bien las máquinas nos darán muchas respuestas, los humanos somos los que vamos a poner las preguntas. Por eso es que en definitiva tenemos que buscar esa conciliación.

¿Cómo encarar tantos desafíos, entonces? Como decía Heráclito, temámosle a la desmesura tanto como al fuego. ¡Temámosle a la desmesura tanto como al fuego! Esa es la actitud que, más allá de aproximaciones ideológicas, debemos realmente tener.

Hemos vivido tiempos desmesurados. Las desmesuras religiosas han llevado al fanatismo y a los conflictos que se sufren en Oriente y en Europa; y han llevado al terrorismo. Las desmesuras políticas nos llevaron a autoritarismos y, aun, a totalitarismos. Busquemos, entonces, o rescatemos, la virtud, la virtud aristotélica que el maestro, el Estagirita, definía no como una idea sino como un hábito, como una actitud, como la búsqueda entre el exceso y la ausencia; la búsqueda de lo que él llamaba el justo medio.

Y eso es el razonamiento, la lógica, base de la ciencia; y eso es también la libertad, base de todas las conquistas espirituales de la humanidad. Ese justo medio aristotélico es el estado de ánimo que debiera inspirarnos para, con claridad, enfrentar las desmesuras que hacen a veces de la democracia una cáscara, que hacen de la concordia entre los humanos una destrucción por

grietas, polarizaciones, enfrentamiento de la sociedad y exaltación de prejuicios. Es precisamente por la existencia de estos fenómenos que formamos este grupo; por eso es que seguimos juntos predicando. Predicar es siempre una noble tarea; predicar las grandes ideas que nos siguen inspirando, las que no se pueden superar, las de la *liberté, égalité, fraternité*, que siguen inspirando a los humanos.

Somos fundamentalmente eso, señor presidente: un reducto humanista. Somos humanismo. Y el humanismo no es una ideología; no es el liberalismo, no es el socialismo, no es el democristianismo. El humanismo es la síntesis de los principios que inspiraron a todas esas construcciones de ideas: las de la libertad, las de la ciencia, las de la razón, las de la paz. El humanismo es eso: jardín imperfecto, decía Montaigne. Sí, jardín imperfecto. Razón de más, entonces, para que día a día sigamos construyendo, sigamos cultivando, sigamos sembrando, entre acechanzas, tratando sí de alejar las espinas para que las flores resplandezcan.

Eso es el humanismo: luchar siempre por ese jardín imperfecto que nos espera.

Muchas gracias.

3 - Presidente Empresarial de la Fundación Círculo de Montevideo.

Carlos Slim

Buenos días.

Le agradecemos, señor presidente de la república de Colombia, don Iván Duque, su presencia en esta reunión. Muchas gracias por estar con nosotros.

Agradecemos al señor presidente de nuestra Fundación Círculo de Montevideo, en esta XXIV reunión plenaria; como siempre, quedamos encantados con sus palabras, sorprendidos, aprendiendo todos los días. Lástima que no es más seguido.

Gracias, Julio María.

Agradezco mucho también a la señora presidenta de la Cámara de Comercio de Bogotá. Gracias por su presencia, por su amabilidad y por su apoyo a la realización de este evento.

Gracias a los señores presidentes, que tan destacados han sido en sus gobiernos, y que forman parte de este Círculo de Montevideo. Es un placer y un privilegio conocerlos, saber de sus ideas. Y el intercambio de opiniones en estas conversaciones es siempre fantástico. Gracias por concederme el honor de participar de esta Fundación, de este grupo.

A las autoridades, y a todas las señoras y señores participantes de esta reunión, bienvenidos. Esperemos que resulte del interés de todos, y que nos deje pensando en las ideas que se van exponiendo.

Respecto del título de este encuentro, aunque es un poco polémico, quiero decir que dentro de esa certeza de la incertidumbre hay una gran certidumbre: la de que estamos viviendo un cambio de época, no una época de cambios. No estamos ya en esa etapa de cambios que durante diez mil años tuvo la sociedad agrícola; y ni siquiera en la industrial. Este es un verdadero cambio de época y, tal como lo señalaba el presidente Sanguinetti, es muy acelerado. Le están llamando el cambio exponencial, por cómo la tecnología está evolucionando.

Si nos ponemos a pensar en la época del Renacimiento, era muy poca la población que sabía leer y tenía educación; eran solo unas cuantas las personas que



destacaban. Hoy la población mundial es de cerca de 8.000 millones, y pronto estaremos todos conectados y teniendo las mismas oportunidades de educación y de seguridad. Algunos se irán capacitando en las universidades, en las escuelas, y otros, por la vía tecnológica, no presencial. Y por supuesto sabemos que en la vida lo importante es aprender a aprender; y aprender durante toda nuestra existencia. Y la nueva tecnología nos permite hacerlo a todos. Va a ser importante que en cualquier lugar en que estén las personas, cualquiera sea su edad y su condición económica, social o geográfica, tengan las mismas oportunidades que los que van a las grandes universidades internacionales. Cada día es más notable el número de las que toman cursos diversos, no presenciales, a través de las redes. Yo creo que una de las más destacadas en los últimos años ha sido la Khan Academy, que para educación básica y media ha resultado fantástica: son cientos de millones las personas que han tomado estos cursos, atendiéndose así a la solución de muchísimos problemas de los alumnos, problemas que se ponen como parte del conocimiento; no estoy hablando de problemas como obstáculos.

Conocemos los paradigmas de la sociedad agrícola y los de esta nueva civilización tecnológica o digital, que ha sido llamada de muchas formas. Por supuesto que es una civilización de servicios; ya no es primaria ni industrial o secundaria, sino terciaria, de servicios, donde la gran mayoría de la población –cada día más personas– forman parte de esos servicios.

Tuve la oportunidad de conversar –y, al principio, un poco de discutir sobre el tema– con Alvin Toffler, que veía todo esto ya hace cuarenta y cinco años, cuando hizo su libro. Ya tenía él, en ese entonces, una gran claridad respecto del cambio, de la transformación, que sigue sin adaptación en la mayoría de los países, con excepción de algunos, principalmente de Asia; por supuesto, de China, que está a la cabeza de todas las naciones que están tomando en cuenta y teniendo en claro esta transformación y que han hecho grandes esfuerzos –Corea lo hizo– principalmente en la educación y en la formación y desarrollo de capital humano.

Se trata de una gran revolución pacífica, que está logrando esta gran transformación civilizatoria, a pasos agigantados, como lo ha permitido la misma tecnología de la que estamos hablando.

Han sido muy preocupantes –les comentaba que lo conversaba con Alvin Toffler– las grandes crisis, los grandes conflictos, la violencia, la pérdida de millones y millones de vidas en el cambio de la sociedad agrícola a la industrial; los problemas del siglo XIX y del siglo XX: las revoluciones, la guerra civil americana, en la que el norte industrial luchaba contra el sur agrícola, y la sociedad agrícola utilizaba esclavos y no quería dejar de explotar con esa base. Y no solamente los conflictos que se dieron, sino también los experimentos sociopolíticos y económicos que durante tantos años seguimos teniendo. Mencionaba el presidente Sanguinetti el fenómeno del populismo; bueno, es uno de los experimentos que, después de tantos y tantos años, seguimos probando. Pasamos del aspecto religioso al nacionalismo; pasamos a las dictaduras, al totalitarismo, a tantos y tantos experimentos sociopolíticos y económicos que, desgraciadamente, fueron de larga duración. Afortunadamente, ahora, con las elecciones y la democracia, es posible cambiarlo. Como dice Felipe, la gran ventaja de la democracia es que lo que no funciona o aquello con lo que no estamos de acuerdo podemos cambiarlo mediante el voto.

Si uno se pone a pensar en esa transición desde los paradigmas de la sociedad agrícola, desde esas sociedades en las que la esclavitud era usual, en las que la explotación del hombre era lo que la sustentaba, y reinaban la ignorancia y el poder monolítico, se da cuenta de cómo ha costado pasar de esas sociedades de poder monolítico, de esclavitud, de ignorancia, etcétera, a la sociedad libre, a la sociedad democrática, diversa, plural, a la sociedad moderna en la que se sustenta el desarrollo en esta nueva civilización.

En la otra civilización convenía que se trabajara mucho y se consumiera poco; que hubiera sobrantes y excedentes. Y desgraciadamente una de las cosas que

sobraba y tenía menos valor eran los seres humanos, y había grandes problemas.

En el tránsito de la sociedad agrícola a esta sociedad moderna, lo que más duele es que no se ha podido en muchos países pasar a la libertad, a la democracia, a la educación, al conocimiento, al cuidado del medioambiente; es decir, a todos estos paradigmas de esta nueva civilización. Pero lo bueno, al final del día, es que esta nueva sociedad se sustenta en el bienestar de los demás. Así como antes tenía otros sustentos como la guerra, el saqueo, la fortaleza militar, etcétera, etcétera, ahora el sustento es la educación, la formación, el capital humano y la capacidad que tiene esa población de vivir con bienestar, de pasar de la marginación y del autoconsumo a formar parte del mercado, de la economía moderna. Eso es lo que le da sustento.

Y bueno, seguimos preocupados por esto. No se ve que se esté conduciendo el cambio. Lo que hace falta es que se conduzca el cambio de época, de civilización, de paradigmas. Y estamos pagando por los costos del cambio no conducido. Entonces, creo que tanto la sociedad civil como los Gobiernos debemos trabajar para lograr estos cambios.

Antes de terminar, quisiera recomendarles mucho –hablaba el presidente Sanguinetti acerca de que el Círculo lleva veintidós años; esta es la XXIV reunión plenaria, y no sé cuántas están en las redes, pero son por lo menos diez o quince– la lectura de estos debates. Son extraordinarios y hay muchas cosas que aprender de ellos. Afortunadamente, están disponibles para todos aquellos que quieran acceder a ellos. Para quien quiera anotarlo, el sitio web es www.circulodemontevideo.org.

Muchas gracias.

4 - Presidente de la República de Colombia.

Iván Duque

Muy buenos días a todos ustedes.

Para mí es un verdadero honor participar de este encuentro del Círculo de Montevideo, que se realiza en la ciudad de Bogotá.

Quizá para romper un poco el hielo, quiero señalar que esta reunión me hace acordar, Enrique Iglesias, a un amigo en común: Enrique García, presidente de la CAF. Cuando Enrique García saludaba en estos eventos, decía algo así como esto: saludo a los señores presidentes, a los señores expresidentes y a los futuros presidentes, y con eso cubro todo el auditorio.

Quiero saludar con mucho aprecio a la doctora Mónica de Greiff, presidenta de la Cámara de Comercio de Bogotá, por esta invitación; saludarlo a usted, presidente Sanguinetti; saludarlo a usted, ingeniero Carlos Slim; saludar al expresidente Ricardo Lagos; saludar al expresidente Leonel Fernández; saludar al expresidente Felipe González; saludar al expresidente Belisario Betancur, gran amigo,; saludar con afecto y amistad al expresidente César Gaviria; saludar a los dirigentes gremiales, a los señores embajadores, a los funcionarios del Gobierno nacional; saludar con mucho afecto a un gran amigo de muchos años, quizá para mí el más importante latinoamericanista que yo haya conocido, expresidente del BID, Enrique Iglesias; saludar a la doctora Rebeca Grynspan, secretaria general iberoamericana; saludar al exministro de Justicia del Gobierno español, Alberto Ruiz Gallardón; saludar muy especialmente a un gran amigo, que es Albert Rivera, presidente del partido Ciudadanos, que nos acompaña aquí.

Saludo a todos ustedes.

Esta es una reunión que tiene un nombre que dice mucho en esta época global, y mucho en esta época regional: la certeza de la incertidumbre. Así denominarían algunos este momento en el que estamos, donde lo único predecible es lo impredecible. Estamos viviendo transformaciones aceleradas, pero son transformaciones que han ocurrido en los últimos once años en la cara de la humanidad.

El año 2007 empezaba con varios anuncios. Steve Jobs lanzaba la primera versión del Iphone, y Jeff Be-



zos lanzaba la primera versión del Kindle: dos herramientas tecnológicas que cambiaron para siempre la forma en la que compartimos contenidos o fotografías, la forma en que accedemos a los libros, a la música, y la forma en que se comparten contenidos originales, revolucionando dramáticamente la propiedad intelectual.

Ese mismo año, ese mismo 2007, David Ferrucci presentó Watson al mundo, la primera gran herramienta de inteligencia artificial. Y por ese mismo año estábamos viendo plataformas compartidas. Estábamos viendo el surgimiento de la economía colaborativa cuando irrumpió Airbnb; cuando Jack Dorsey le mostró al mundo Twitter; cuando nació MOVE.org., y cuando empezamos a ver plataformas como Android cambiar dramáticamente la velocidad y el procesamiento de los datos.

Entre el año 2007 y el año 2018, es decir, en estos once años, todas esas plataformas han mutado a tal velocidad, que hoy podemos decir que hay una nueva industria de la música gracias a la forma en que esos contenidos se comparten.

Hay una nueva industria de la fotografía; y hay otra nueva industria, que es la computación en la nube, cada vez más activa. Ya estamos hablando del *Big Data* y del procesamiento de datos como fenómenos que pueden cambiar completamente la manera en la que se administra el Estado y la forma en que el ciudadano se conecta con el Estado.

Luego de estos once años, la inteligencia artificial está hoy presente en el desarrollo del *Fintech*, y hemos llegado a herramientas como el *Blockchain*, que permiten rastrear datos con una precisión casi mágica, propia de alguna novela de Ray Bradbury.

Todas estas cosas han acontecido, y las redes sociales se han convertido en la plataforma por excelencia, lo que también está produciendo cambios en las democracias. Estamos ante una democracia digital donde el ciudadano se conecta y se expresa y reclama, pero también ante ambientes propios para que haya manipulaciones de información, *fake news*; para que surjan términos como posverdad; para que la democracia ten-

ga nuevas herramientas de interacción. Ya los discursos no se decantan lentamente de sesión en sesión, sino que se tienen que producir casi automáticamente para conectar cada día con un votante, ganando lo que llamarían algunos la democracia diaria, o lo que llamaron los ingleses el *daily majority*.

Todas esas cosas están ocurriendo. Y, sí, el mundo está transformándose, quizá para bien, pero también con inmensos retos, porque a pesar de todo ese crecimiento tecnológico, lo cierto es que la cuarta revolución industrial está profundizando las diferencias. Y en la medida en que esas tecnologías sigan avanzando de la mano de la inequidad, van a hacer a los ricos cada vez más ricos, y a los pobres cada vez más pobres, y tomará mucho más tiempo la formación para poder igualar la cancha del conocimiento y lo que somos capaces de hacer con la creatividad y el talento humano.

Eso se puede ver claramente en algunos de los reportes del Foro Económico Mundial, donde se habla de las calidades, de las cualidades y de los conocimientos que se requieren en esta era de cambio, en esta cuarta revolución industrial. Talentos como la creatividad del trabajo en equipo, la capacidad de resolver problemas complejos, tener humanismo –lo decía el doctor Sanguinetti–. Porque lo que nos diferencia de las máquinas es el humanismo; es la capacidad nuestra, única, con la que las máquinas no pueden competir, que es la de discernir emocionalmente las cosas que ocurren en la sociedad. Y por eso la reflexión que quiero hacer en esta era de cambio, hablando de todas estas transformaciones, y también de las profundas inequidades, es que reflexionar sobre esta incertidumbre, demanda que la política cambie también.

La política se está quedando atrás frente a todas estas transformaciones. El mundo crece aceleradamente y la política sigue con las costumbres viejas y obsoletas. Hoy podemos ver que muchos partidos políticos siguen cautivos en la pequeña política, y vemos sociedades donde los istmos de la política son las grandes amenazas al desarrollo de la sociedad. Ahí está el istmo del populismo, presidente Sanguinetti; pero los istmos del populismo no son nuevos: han estado siempre. Hoy lo que pasa es que también se valen de muchas de estas herramientas tecnológicas para cabalgar con más

facilidad, pero no dejan de producir un inmenso daño. Otro de esos istmos es el clientelismo; es la política que se ejerce con cultura transaccional, donde el relacionamiento entre los poderes es a base de dádivas y de canonjías.

Y si no cambiamos esas prácticas, el rechazo ciudadano será cada vez mayor y le seguirá abriendo el camino, indefectiblemente, a los que quieren fracturar a las instituciones con esa cultura iconoclasta de querer refundar las repúblicas, que ha sido el gran germen de las dictaduras que han aniquilado países de América Latina, y que durante tantos años quisimos no ver, como ocurrió en Venezuela.

Hoy podemos decir que otro de esos istmos es el ideologismo. Es la terquedad de tratar de centrarse en izquierdas y derechas para polarizar los ambientes colectivos, cuando adecuarse a la revolución industrial lo que demuestra es la vigencia propia y la necesidad urgente del centro. ¿Quién ha dicho acaso que la seguridad es de izquierda o es de derecha? La seguridad es un bien público, a partir del cual se garantiza el pleno ejercicio de las libertades. ¿Quién ha dicho que la justicia es de izquierda o de derecha, cuando lo que busca es tutelar al ser humano en su diario vivir para sentirse protegido en un marco institucional? ¿Quién ha dicho que el emprendimiento es de izquierda o de derecha, cuando las sociedades necesitan vigorosamente tener emprendedores capaces de generar empleos de calidad?

Esas son las reflexiones políticas y humanísticas en este mundo de incertidumbres. Por eso yo nunca le he tenido miedo a denominarme miembro del centro radical. Yo me considero de extremo centro, porque creo en los equilibrios. Creo que en estas eras de cambio, donde vemos la presión del clima y al mismo tiempo la presión de las carencias de necesidades básicas en muchas comunidades; donde en las mismas comarcas, en las mismas favelas, en los mismos municipios, se ve rápidamente, por un lado, una conexión a Direct TV y, por otro, la carencia de un acueducto, la fragilidad de la conexión de luz, vías terciarias inexistentes en medio de toda esta revolución, la política tiene que cambiar y adecuarse a los cambios tecnológicos y, al mismo tiempo, empezar a resolver esas brechas sociales.

Y quizá la más dura de todas es la de la educación. Porque esta cuarta revolución industrial amerita que la educación en nuestros países cambie, y cambie aceleradamente. Hoy podemos decir que en esta cuarta revolución industrial, los que tengan acceso al bilingüismo, a mejor infraestructura, a mejor alimentación, a la educación preescolar, están prácticamente predeterminados a llegar a las universidades, mientras que los que están en la media jornada, los que no tienen acceso a los micronutrientes para desarrollar la corteza prefrontal del cerebro, los que no han tenido acceso fácilmente a la movilización escolar, están condenados a quedarse rezagados.

Esa es una realidad en América Latina. Esa es una realidad en muchos lugares del mundo. Y yo planteo esto porque si nosotros queremos aterrizar estas coyunturas en América Latina, creo que escenarios como el Círculo de Montevideo son propicios para que reflexionemos sobre políticas de Estado de largo plazo, donde seamos capaces de discernir, como diría Ernesto Sabato, que el populismo es a la política lo que la prostitución es al amor.

Hoy necesitamos construir políticas de Estado; hoy necesitamos desideologizar muchas de esas políticas para construir verdaderos cambios. Pero también quiero aprovechar esta coyuntura para decir al Círculo de Montevideo que si queremos hacer estas transformaciones en América Latina, hoy es cuando más necesitamos condenar aquellos comportamientos que han destrozado por completo el acceso a las oportunidades económicas y a las libertades. Lo que vive Venezuela es un drama. Es el drama de una región que por años dejó que la dictadura empezara a cobrar fuerza vestida con el sacoleva de la democracia, hasta que por completo se tomó todos los poderes. Me siento orgulloso, como presidente, de haber firmado con otros seis líderes una denuncia contra el dictador de Venezuela ante la Corte Penal Internacional, no por política sino porque es moralmente necesario.

Me motiva a mí invitarlos a que sigamos ejerciendo esa denuncia. Pero me motiva mucho más que sigamos viendo también el ejemplo de Colombia en las circunstancias. Hoy, cuando en el mundo de estas revoluciones tecnológicas se exacerbaban sentimientos de



xenofobia en muchos lugares del planeta y otros optan por el aislacionismo o por querer cerrarse, la actitud de Colombia frente a los hermanos venezolanos ha sido la de la fraternidad, no solamente frente a ellos, sino frente a los hijos y nietos de colombianos. Por eso nosotros no vamos a cerrar fronteras.

Conocemos las dificultades. Somos conscientes de ellas. Sabemos que nos trae presiones fiscales y sociales, pero este tiene que ser un tema que elevemos al rango que merece, y es la crisis migratoria más grave que haya visto América Latina en su historia reciente. Colombia estará a la altura de las circunstancias, pero se necesita que otros países de América Latina también asuman el compromiso de tener Estatus de Protección Temporal migratoria, para que no seamos solamente nosotros los que absorbamos ese flujo. Y tenemos que ser capaces de ejercer todas las presiones internacionales necesarias para que haya una verdadera transición a la democracia y un sentimiento de esperanza y de retorno.

Veo estas realidades y las quiero aterrizar a Colombia, país que ha tenido grandes progresos. Colombia es un país que en los últimos cincuenta años ha visto cómo ha aumentado el promedio de vida, cómo ha aumentado la cobertura de atención en salud, cómo hemos logrado ampliar la clase media, cómo tenemos hoy unicornios, empresas nacidas en menos de cinco años, conformadas y lideradas por *millennials*, que hoy son valoradas en más de 1.000 millones de dólares.

Pero no obstante estos avances, doctor Ocampo, usted que ha estudiado estas materias, tenemos una realidad profunda, y es el más grande desafío social de nuestro país: la informalidad.

En conversaciones con amigos –aquí está Albert Rivera–, cuando comparamos un país como España con Colombia, vemos que tenemos casi la misma población –esto lo he dicho en varios lugares–, y casi la misma población ocupada: veintidós millones de personas. Y mientras España tiene un per cápita que supera los USD 25.000 o USD 26.000, nosotros no hemos logrado superar el umbral de los USD 7.000. Ante esa realidad, uno pregunta en España cuántas personas declaran renta: más de veinte millones. Sin embargo, en Colombia, son menos de tres millones los que lo hacen.

Uno asimismo pregunta cuántas personas contribuyen a la seguridad social en España: son más de veinte millones. En Colombia, en cambio, menos de ocho millones. ¿Cuánto nos tomaría llegar a ese ingreso per cápita que tiene España? Nos tomaría 123 años creciendo al 1%. O nos tomaría 20 años creciendo al 7%.

Es esa senda la que queremos para Colombia. Construir un crecimiento que nos aproxime a tener esos niveles de ingreso. Pero eso no ocurre por decreto; eso no ocurre por discurso. Eso ocurre porque hay una visión compartida de reformas que los países necesitan, y si queremos formalizar nuestras economías, tenemos que ayudar a los que generan empleo: a la micro, a la pequeña, a la mediana y a la gran empresa. Por eso estamos jugados en este Gobierno a poder bajar la carga tributaria y la carga de trámites a los que generan empleo, para que deje de ser visto el empresario como una fuente de ingresos fiscales y sea visto como el socio en el desarrollo que se requiere, porque el éxito de los que generan empleo es el éxito de todo un país.

Ayer se logró firmar, con los dirigentes de las centrales obreras y los grandes gremios, un acuerdo por el trabajo decente. Ayer hablamos de la importancia de tener esa relación mancomunada y estratégica en el equilibrio del centro, porque de nada nos sirve hablar de desarrollo económico si el empleado se siente desfavorecido, y de nada nos sirve hablar de desarrollo si el empleador tiene una visión distante sobre la calidad y la condición de vida de quienes generan valor en sus empresas.

Esa es la apuesta que nosotros queremos para nuestro país: llegar a esa senda. La hemos creado en un contexto de legalidad, emprendimiento y equidad, y le estamos planteando a Colombia un pacto, que va a ser nuestro plan de desarrollo: *Pacto por Colombia, pacto por la equidad*. Porque si queremos legalidad y emprendimiento, el resultado tiene que ser la equidad. Y la equidad es para cerrar las brechas.

Medité mucho anoche, porque hemos hecho esfuerzos importantes en materia de equidad. Hace ocho semanas, cuando tomamos posesión del cargo, cuando asumimos la presidencia de la república, encontramos muchos programas desfinanciados y un presupuesto debilitado donde el servicio a la deuda se incremen-

taba y se reducía la inversión. En ocho semanas hemos hecho las operaciones necesarias para liberar los recursos, y hemos hecho un esfuerzo monumental para tener el presupuesto más alto en materia de educación que haya tenido Colombia.

Hemos hecho una tarea para que el presupuesto de inversión en educación sea cada vez más abultado, pero faltan recursos. Y yo entiendo la angustia de muchos jóvenes, y entiendo sus reclamos, y los entiendo porque ellos quieren tener esa educación pensada para la cuarta revolución industrial. Y tenemos dificultades para satisfacer todos los anhelos en ocho semanas de Gobierno. Hemos hecho los esfuerzos, de verdad, con convicción, y lo que yo les puedo asegurar a los colombianos es que con este modelo de reactivación que queremos, este modelo que nos ponga a crecer al ritmo que queremos, será mi compromiso personal dar cada vez más recursos a la educación y a la educación superior. Solamente el año entrante –y esto quiero que lo entiendan ustedes– vamos a dar gratuidad a más de 80.000 jóvenes en la universidad, y espero terminar el mandato superando el umbral de los 400.000 jóvenes –ojalá muchos más– en ese esquema de gratuidad para los estratos de más vulnerabilidad económica.

Espero que tengamos también financiamiento a la excelencia académica, y que demos más recursos a la universidad pública. Sería irresponsable de mi parte decir a los muchachos que entraron al programa *Ser Pilo Paga*, hace dos o tres años, que el programa se acaba, sencillamente, y que se vuelvan a sus casas. Por eso asumimos el compromiso de pagar hasta el último matriculado de ese programa, porque se trata de honrar la palabra del Estado.

Y yo quisiera aprovechar también esta reunión del Círculo de Montevideo para hacer una referencia a la construcción de esa Colombia. Les he hablado de educación, pero ahora quiero hablarles de un tema sobre el que a muchos de ustedes, distinguidos exmandatarios, les interesa saber.

Yo creo en la paz. Creo que Colombia requiere construir una paz que nos una, en la que no sigamos estigmatizándonos entre amigos y enemigos de ella. Todos queremos la paz y todos vamos a trabajar por ella bajo los principios de verdad, justicia, reparación

y no repetición. Les vamos a cumplir a los municipios que están esperando la atención del Estado y les vamos a cumplir a las personas que genuinamente están en la transición a la reincorporación, pero también seremos implacables con los que quieran seguir en la criminalidad, porque no vamos a permitir una burla más ni a las víctimas ni al pueblo colombiano, apreciados presidentes.

Nosotros queremos que este país derrote la tragedia del narcotráfico con una visión integral. No vamos a dejarnos llevar a la caricatura de que esto es simplemente una aproximación policiva. No. Nosotros vamos a enfrentar la presencia de las drogas en las calles; vamos a hacer prevención desde el colegio, con las familias, en los territorios, y vamos a romper la cadena de suministro, la cadena logística del narcotráfico, y a desmantelar carteles. En definitiva, vamos a sembrar una cultura de legalidad, que es lo que esperan tantos colombianos.

Esta oportunidad que me brindan de dirigirme al Círculo de Montevideo y de plantearles algunos de los temas de nuestro Gobierno, es propicia para que se pueda apreciar que desde el centro se pueden construir con realidades los anhelos y los objetivos de desarrollo sostenible. En tan solo ocho semanas me siento orgulloso de haber pasado del discurso a la acción, y de haber dado a Colombia el primer Gabinete paritario entre hombres y mujeres de nuestro país.

Me complace que en estas ocho semanas hayamos lanzado programas como el de *Casa Digna Vida Digna*, para mejorar 600.000 viviendas de la población más vulnerable. Me complace haber lanzado un programa como el de *Semillero de Propietarios*, para que las familias puedan pasar de ser arrendatarias eternas a propietarias de su vivienda, y tener allí la primera expresión de capital.

Me complace haber anunciado un nuevo programa de alimentación escolar que garantiza que les lleguen los alimentos a los niños durante ciento ochenta días del año, con rigor en los micronutrientes.

Me complace decirles a ustedes que este sábado estaremos llegando a uno de los municipios más golpeados por la inequidad y a una de las regiones más



difíciles de nuestro país por la carencia de acceso a las oportunidades, como es la Guajira, y presentarles el plan *Guajira Azul*, por el que en cuatro años le estaremos brindando acceso al agua a más del 87% de la población.

Todo esto, apreciados amigos y señores expresidentes, les muestra que esta nueva generación de líderes que queremos hacer mucho por nuestros países –he podido apreciar trabajos como el de Justin Trudeau en Canadá; como el del presidente Macron; como el de Jacinda en Nueva Zelanda, como el trabajo que vi en Irlanda; como el que estamos viendo en Bélgica o en Austria– no está contaminada de la vieja política de los clientelismos ni de los ideologismos. Nos llena de ilusión ver líderes como Albert Rivera, que está hoy con nosotros, que ha defendido estas ideas desde el centro y que ha sabido enfrentar los separatismos hablando de la unión de los pueblos como algo necesario en el entorno global.

Todo esto, apreciados amigos del Círculo de Montevideo, es para que sepan que en esta época donde la incertidumbre es certeza, los liderazgos contruidos desde el centro, que defienden valores como la legalidad, el emprendimiento y la equidad, somos capaces de apostarle al futuro.

Muchísimas gracias.

5 - Recuperar el arte de pensar.

Belisario Betancur
Leonel Fernández Reyna
Felipe González
Ricardo Lagos
Julio María Sanguinetti

Julio María Sanguinetti

A esta ronda de expresidentes la hemos titulado *Recuperar el arte de pensar*.

El pensar es el hablar; cuando se habla, se piensa. Y nosotros hablamos y pensamos en castellano. Y es lo que queremos hacer, como siempre, desde nuestra experiencia como expresidentes y desde nuestro compromiso actual. Nuestra condición de expresidentes nos da unas libertades mayores que las que tienen los presidentes en ejercicio. Y eso es muy importante.

Comenzaremos con nuestro violín concertino, Belisario Betancur, exponente máximo del castellano hablado.

Belisario Betancur

Muchas gracias, presidente Sanguinetti.

Cuando yo estaba en la política electoral, me ocurría que los organizadores de mis campañas hablaban primero que yo, y cuando me tocaba el turno a mí, yo ya no tenía discurso porque ya los habían pronunciado todos.

Eso me ocurre hoy. Después de la serie de espléndidos discursos que hemos escuchado, me he quedado sin palabras. Y previendo que aquello podía ocurrirme, escribí algo.

En primer lugar, quiero decir al presidente Sanguinetti y a mis colegas del Círculo de Montevideo, que desde los socráticos, desde los presocráticos, se sabe, se entiende, que para merecer hay que saber agradecer. En mi caso, esa situación empeora, porque tengo que saber agradecer sin merecer. Todos los merecimientos provienen de la exorbitante generosidad de mis colegas del Círculo de Montevideo, en el que apenas soy un correligionario político.

Entonces, empiezo por agradecer a mis colegas su generosidad y por establecer, para quienes no me conocen, que se trata de lo que dice Sanguinetti: de una vida vivida a la topa tolondra en seguimiento de algo inasible; en la búsqueda, digamos, de aprender a aprender, y en la búsqueda de aprender a pensar.



El dictamen de este coloquio es aprender a pensar, y en esas me la he pasado: aprendiendo a pensar pensamientos de los que piensan las gentes que piensan. ¡Qué galimatías! ¿No? Y en esa tarea, me he quedado simplemente en aprendiz, en buscador a quien expulsaban de todas partes. Fui interno en un seminario en griego y en latín, y en canto gregoriano en clave de fa, y en rigurosísimo latín, y en ocasiones en griego, y de allí fui expulsado con toda razón, porque los profesores, los curas, eran aristotélicos, y yo era socrático, y no nos pusimos de acuerdo. Y como no nos pusimos de acuerdo, llegó un momento en que me hicieron un juicio, como en la Edad Media: «Expulsado el estudiante Betancur». El cura que me expulsó y yo seguimos siendo muy buenos amigos. Nos encontramos al cabo de muchos años en Bogotá: el cura era el cardenal Muñoz Duque, y yo el presidente Betancur.

Nunca supimos cuál des acertó; nunca lo supimos, y hoy no lo sé. Y me expulsaban después de todas partes. De mi partido, el Partido Conservador, me expulsaban, pero yo no me salía. Me expulsaban por liberalizante e indoctrinario, pero yo me quedaba ahí. También en la Universidad Pontificia Bolivariana —yo soy provinciano—, en Medellín, el cura rector, llegado el tema del Renacimiento, decía: «Jóvenes: *studiorum duces* y Tomás de Aquino». Y yo le decía: «Padre rector: no; mi jefe en el Renacimiento no es Tomás de Aquino». «¿Quién, Betancur?» «¿Quién es su jefe?», me preguntaba, y yo le respondía: «Mi jefe es Galileo Galilei o Giordano Bruno». «Fueron quemados por herejes», me decía el cura. «No. Por herejes, no; por heterodoxos», le contestaba yo. Y así, siempre, heterodoxo y expulsado, no me salía de ahí. Y lo mismo me ocurrió con mi partido. Y todo por la misma razón por la que una vez lo interrogaron a Felipe: «Usted, que es de extrema izquierda, ¿cómo es que es tan amigo de Betancur, que es fascista de extrema derecha?» Y Felipe, con el donaire andaluz que tiene, respondió: «Es que tanto Betancur como yo estamos mal rotulados». Y se quedó tan tranquilo.

Entonces yo pedí el derecho a la legítima defensa. Y le dije a Michel Camdessus, que era «el calumniador»: «Me calumniaste».

Como recordaba recién Sanguinetti, yo soy la extrema izquierda de la extrema derecha. Y eso tan raro, ¿qué es? Pues eso es que soy el extremo centro. Y Camdessus insistía: «¿Y eres extremo centro de izquierda o extremo centro de derecha?». Ese calificativo te lo dejó a ti, le respondí, y así quedé en una especie de limbo político.

Hoy quiero de nuevo dar las gracias a mis generosos amigos del Círculo de Montevideo. El merecimiento que tengo es haber estado a su lado en estos veintitantos años, oyendo lecciones como las hermosas que hemos escuchado hoy.

El rubro que me corresponde desarrollar es «Plenitud y decadencia», habladurías de filósofos existencialistas como Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, o las que se escuchaban en los cafés del Barrio Latino, en París —de Flore, Les Deux Magots— en que se atribuía la inspiración de Rodin, para *El Pensador*, a su discípula y amante, y también escultora, Camille Claudel. De la espléndida obra del codo derecho del Dante sobre su pierna izquierda, decían que así se plasmó *El Soñador*, el cual comparte con otra creativa el germen de su enigmática interioridad. Y no era exclusiva hacia el aplaudido clasicismo de Miguel Ángel, estudiado por Rodin en Florencia, sino también a su aseidad discernida como plenitud inquisitiva del entendimiento. Reiteraban que desde Goethe, lo clásico es lo que ha adquirido inmanencia; en contraposición con lo romántico, que es la transitoriedad, la fugacidad metafísica.

Hegel, discípulo de Kant, construyó la estética de su imperativo categórico sobre la base de un trípode: el período simbólico de las creaciones orientales; el clásico, de los testimonios griegos y romanos; y el romántico, de los testimonios de los pueblos monoteístas.

El ejemplo supremo es Rodin: el mentón del pensativo en la Puerta del Infierno, según se aprecia en el Museo de París y en el deslumbrante Museo Soumaya, de Carlos Slim, en Ciudad de México.

El Premio Nobel Albert Camus sostenía que la plenitud de la introspección se da en el único instante de

libertad en que el ciego Sísifo, castigado por los dioses en razón de su desobediencia, retoma la roca para el intento inútil de un nuevo ascenso, completud de su felicidad de no haber alcanzado antes la cumbre de la montaña; encima de sí mismo, la roca que se le escapa. El inasible momento del fracaso con el rodar incesante de la roca constituía para Sísifo, en el mito griego, su felicidad, pero la contradicción expresaba su decadencia, al ser incapaz de pensar en otra opción. Su infelicidad hacía su propia felicidad. Complacencia general, pues, como en el principio de entropía, cuando pareciera que todo se desordena, en la práctica el conjunto aparece en orden riguroso.

Lo anterior, queridos amigos, suscita la evocación de aquellos caminantes que, en la Acrópolis de Atenas, iban y venían sin parar a lo largo de las noventa yardas del Peripatos; se les llamaba «los peripatéticos». En cuanto vagos, a veces eran apedreados por el pueblo; en cuanto maestros, en otras ocasiones eran aplaudidos por ese mismo pueblo, según consta en algunos diálogos de Platón, como el Fedón. Solo se ocupaban en cosas triviales. Únicamente pensaban, pensaban, pensaban, y conversaban entres sí. De ellos proviene toda la cultura de los pueblos de Occidente.

Queridos amigos: imitémoslos. Como ellos, aprendamos nosotros a pensar.

Julio María Sanguinetti

Belisario, como siempre, nos regala el bien decir.

Le daré la palabra a Felipe, pero antes diré que aparte de haber gobernado extraordinariamente España por 14 años —de una treintena que en mi visión fue la más próspera y libre de la historia de ese país—, se ha transformado luego en una gran voz en Latinoamérica.

Cicerón, cuando ya era viejo, decía que la verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio. Felipe es de los que no callan.

Adelante.

Felipe González

Debería añadir que el presidente Sanguinetti me ha pedido que haga lo de siempre: provocar.

Pero después de oírlo, y de oír a Belisario Betancur, hay que decir que el título de este seminario no era tan disparatado: El pensamiento como arte, o El arte de pensar. Yo no sé si además de un arte, en el tiempo que vivimos, es un lujo o incluso una anomalía para el trabajo político. Más que pensar, lo que se hace es poner un «me gusta» o un «no me gusta» y expresarse en 140 caracteres.

Y como me piden que provoque, la anécdota siempre nos llevará a la categoría. A finales de los 80 estuve con Helmut Kohl en el despacho que había utilizado el gran reconstructor de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial. Me refiero a Adenauer, al que le hicieron ese pequeño encargo, después de haber cumplido 82 años. Y se echó ese trabajo a la espalda, y realmente fue el primer gran canciller y reconstructor, pero eso tiene menos importancia que cómo quedó su despacho el último día que lo usó. Por respeto al tipo, lo dejaron así: con una mesa de despacho relativamente sencilla, con un solo expediente encima de la mesa —porque tenía la mala costumbre de trabajar los asuntos uno a uno; no los quería amontonar—, y a dos metros de la mesa, colgado de una pared, un teléfono de aquellos de baquelita. Eso era todo el despacho. Se suponía que lo iban a llamar una o dos veces, como mucho, a lo largo del día, porque tenía que levantarse de su asiento y atender ese teléfono, que estaba en la pared. Por tanto, este hombre, después de la devastación de la Segunda Guerra Mundial, resulta que tenía tiempo para pensar. ¡Qué cosa más rara! Imagínense la misma escena hoy. No hablo de cuando yo llegué al Gobierno, que no había teléfonos móviles, pero ya estaban aquellos teléfonos Satai de Ericsson, que posibilitaban seis o siete llamadas al mismo tiempo.

Esta mañana hemos oído hablar sobre la aceleración de los tiempos y la complejidad. Es decir, no solo la aceleración por un cambio de época de la que hablaba Slim, sino el incremento de la complejidad.



Y hay algo que me preocupa en esto que llamas «el arte de pensar». Hay una diferencia entre nosotros y los que tienen que tomar decisiones porque están, digamos, en activo, porque son responsables activos. Nosotros no solo podemos darnos el lujo de pensar, sino que podemos permitirnos dudar en público, lo que es propio de cualquier elaboración intelectual. Estamos llenos de incertidumbres, como dicen. Pero dudar en público no es un lujo que se puede permitir un líder político. No digo que no se pueda permitir dudar y que no tenga la obligación de pensar. Lo que digo es que tiene que resolver su duda con la almohada y no transmitírsela al ciudadano. A mí no me importa transmitírsela al ciudadano; ahora. Pero cuando gobernaba, sentía que me pagaban para transmitir certezas; incluso cuando yo tenía dudas sobre la certeza. Pero tenía que tomar una decisión y no trasladársela a los demás.

Tiempo para pensar. El arte de pensar. Realmente la política está en 140 caracteres. Ni siquiera el lujo de haber duplicado los caracteres parece haber sido útil. En la política parece que todo se reduce a un «me gusta» o a un «no me gusta».

¿Qué efecto está produciendo eso? Algunos líderes políticos me dicen, como explicación, y yo diría que como razón y justificación, que trabajan diecisiete horas por día, y algunos piensan que mandan en su agenda, pero es esta la que manda en ellos, y cuando culminan esas diecisiete horas de agenda, señalan que más no se les puede pedir. Pero, ¿y si les pidieran menos y un tiempo para pensar? ¿No sería más eficaz la respuesta?

Por tanto, me resultaba muy sugerente el título del debate, no por considerarlo un arte del pensar, salvo cuando oigo a Belisario o te oigo a ti, sino porque hay que recuperar el tiempo de pensar. De pensar para ganar en el proceso de toma de decisiones y salir de una de las grandes trampas de nuestro tiempo.

Reconocemos que la complejidad aumenta; yo lo decía respecto de Adenauer. Cuando se hablaba de Aristóteles, yo me acordaba también de Confucio. Ambos tenían la misma filosofía, que en realidad es la exaltación de la centralidad o, si quieren, de los

grises, frente a los blancos y negros que totalizan las respuestas.

¿Qué me preocupa del momento actual? Que frente a la complejidad creciente, las respuestas se hacen simples; no sencillas, sino simples. Y la simplificación de la respuesta es la raíz de lo que llamamos el populismo, la demagogia: respuestas simples. Las respuestas simples siempre esconden una verdad, pero naturalmente no solucionan un problema. Lo enuncian.

Oyendo, como he oído hablar al presidente Duque, del mayor desafío que tiene Colombia hoy —y tiene algunos—, que es el de compartir 2.500 kilómetros de frontera con Venezuela, que tiene un éxodo bíblico, yo me preguntaba cuál es la respuesta simple a ese problema. Y me respondía: que se vaya Maduro y que vuelvan 3.000.000 de venezolanos.

La respuesta simple esconde una verdad, pero detrás de esa verdad que esconde, la simplicidad no permite articular una respuesta operativa para que se produzca un hecho, un hecho razonable, lo que me lleva a la siguiente reflexión.

Es la hora de pensar. Está en crisis la democracia representativa porque hemos ideologizado la democracia, y ya se ha citado esta mañana y algunas veces lo he dicho como elemento de provocación: la democracia no garantiza el buen gobierno. Solo garantiza que podemos echar al que no nos gusta, que no es mala cosa. Y a largo plazo, garantiza una mejora de la gobernanza, entre otras cosas porque a los políticos no nos gusta que nos echen; y tratamos de mejorar nuestras prestaciones para que no nos echen.

Hablo siempre de la democracia, pero la democracia está perdiendo valor. No es una ideología. Para quien disfruta de ella, en esa crisis de gobernanza de la democracia representativa hay desapego, desprecio, distanciamiento. Esto hasta el momento en que se pierde y vemos a los jóvenes jugándose la vida en las calles de Caracas o en las calles de Managua, pidiendo ¿qué? democracia y libertad. Es una gran paradoja. Los que la tienen, la menosprecian porque no creen que la democracia tenga que resolver los problemas que tienen que resolver los gobiernos con su acción; y los que

la pierden, la reclaman por su valor instrumental para sentirse libres.

Voy a citar una respuesta que ya dio un socialista español y buena persona, Fernando de los Ríos, cuando visitó la Unión Soviética. Le dijo a Lenin: «De todo lo que hemos visto, aquí falta la libertad». Y el otro le preguntó: «¿Libertad para qué?» Y De los Ríos le respondió tautológicamente: «Libertad para ser libres». Solo para eso. Entonces, si me quitan eso, me quitan esa dimensión humana y humanista.

Por tanto, respecto del arte de pensar, les digo a todos los que tienen responsabilidades políticas que recuperen el dominio de su agenda y que busquen un espacio para pensar; no para responder al *tuit* de turno con otro *tuit*, porque la complejidad exige respuestas sencillas pero no resiste las respuestas simples, que llevan al fenómeno que estamos viviendo, que es la confusión entre liderazgo y caudillismo.

La gente, desesperada por el mal funcionamiento de las instituciones, que se siguen degradando, no busca un liderazgo ante la complejidad; busca de nuevo un caudillismo simplificador, que encuentre al enemigo, que será cualquiera, el de referencia; el de arriba, cualquiera. Esto está inundando el mundo.

Antes de morir, Kofi Annan —termino con esto— hizo el discurso principal de un premio que me dieron. Ese premio tenía que darse en vida, y como nos quedan «pocos telediarios», pues aceleraron la concesión. El premio era *La democracia en Atenas*, y lo concedía el Ayuntamiento de Atenas, Naciones Unidas y *The New York Times*. Y en una parte del discurso, en tono monótono y sin levantar la voz, dijo: «¿Por qué se agrava la crisis global en la que vivimos? Porque los principales líderes tienen una mentalidad demasiado pequeña para problemas tan grandes».

Esa es la verdad de la crisis. Y la crisis yo la traduzco, para no ser ofensivo, de la siguiente manera: los que buscan respuestas simples a problemas complejos. No solo se engañan a sí mismos; engañan a todo el mundo. Y la única salida posible al engaño es una reacción autoritaria que pretende buscar la responsabilidad del fracaso en los otros, en los demás. Y terminan aplastan-

do las libertades, terminan aplastando la democracia. Y a los líderes actuales, de verdad, se les debería pedir un tiempo de reflexión, un tiempo de mirar al horizonte para pensar, sin un teléfono móvil que los agobie y sin una agenda que les permita excusarse diciendo: más de lo que hago no puedo hacer.

Sin más: hacer menos para hacerlo mejor.

Julio María Sanguinetti

Para seguir, le daré la palabra a Ricardo Lagos quien, como Leonel, son ejemplos de que también en América Latina hay hombres de Estado. No solo políticos que saben ganar una elección —que somos unos cuantos—, sino hombres de Estado, con la visión de largo plazo, con la capacidad de organizar las grandes corrientes; de estos no hay demasiados. Ricardo es uno de ellos y es una de las grandes figuras de lo que fue la transición chilena.

Ocurre que ahora las transiciones tienen mala prensa o poca prensa, porque parece que no trajeron la felicidad a todos y a cada uno de los ciudadanos. Apenas les trajeron la democracia, la libertad y la razonable prosperidad posible para los tiempos. Pero, bueno, es lo que ocurre. Además, a la gente moderada le pasa eso que decía Cosme el Viejo, Cosme de Médici: «La gente moderada es como los vecinos del primer piso. Tienen que aguantar el humo de los de abajo y el ruido de los de arriba».

—Adelante, Ricardo.

Ricardo Lagos

Quisiera comenzar con un punto de vista un poquito más práctico.

Después de haber escuchado al presidente Duque, que puso el 2007 como punto de partida, me quedé pensando que tuve la suerte de gobernar exactamente antes: entre el 2000 y el 2006. Y, claro, el 2000 era un mundo predecible. Estábamos acostumbrados a que el mundo se viera claro y optimista, después de la caída del Muro de Berlín. Teníamos, por cierto, un orden internacional complejo, difícil, pero había una potencia



y vivíamos en un mundo unipolar. Todos aspirábamos a la democracia; todos aspirábamos, en esta parte del mundo, a crecer, con un crecimiento que fuera inclusivo, que llegara a todos; en fin, las definiciones que conocemos. Y, por cierto, avizorábamos un mundo ordenado en lo internacional.

Es cierto que estábamos en la globalización, en la inmediatez, pero globalización e inmediatez que apuntan a un multilateralismo en donde todos podemos tener voz y todos podemos ser escuchados. Es cierto también que algunos son más iguales que otros: hay un Consejo de Seguridad, otros que aspiran a ese Consejo, etcétera.

Entonces, había una democracia liberal, había un crecimiento económico sustentable. Teníamos claro lo que había que hacer. Pero de repente empiezan a emerger estas incertidumbres, que son producto, a mi juicio, de dos fenómenos diversos pero simultáneos en el tiempo: la revolución de las tecnologías de información, que nos llevan a la inmediatez de la comunicación instantánea, y una globalización económica, que pasan a ser los grandes países-continente los que la llevan. Me refiero a Estados Unidos y a China, y a India en el horizonte. Reitero: los grandes países-continente. ¿Y los demás? La Unión Europea es nuestro Jerusalén. Nuestro desiderátum es el día en que Latinoamérica llegue a la Unión Europea. Andamos buscando en nuestra comunidad el carbón y el acero para poder comenzar, pero algún día llegaremos.

¿Qué ocurre en el mientras tanto? Mientras tanto, estos dos fenómenos, juntos, producen que ahora estemos discutiendo sobre la certeza de la incertidumbre. ¿Por qué? Porque desde el punto de vista político, la política cambió ahora definitivamente. Estábamos acostumbrados a la política vertical: el líder habla, el partido argumenta, los diputados se ordenan y la ciudadanía escucha. A veces la ciudadanía se desahogaba: mandaba una carta al director del diario, pero nada más. Y yo me las puedo arreglar cuando le mandan una carta al director del diario. Sin embargo ahora, si me están escuchando, si esto lo están transmitiendo en *streaming*, ¡no quiero saber los *tuits* que estaré recibiendo! Hoy la política es absolutamente horizontal.

A la fundación, en Santiago, me van a ver jóvenes. Los tengo a todos catalogados. Los de la «sub-30» me dicen: «Hola, Ricardo, ¿cómo te va?». Les parece absolutamente normal. Con los de la «sub-40» o «sub-50», ya el trato es distinto: «Don Ricardo», «presidente», etcétera; es decir, con los respetos adecuados. Pero los demás, no. Y ese será el mundo del futuro.

Entonces, estamos ante la primera pregunta frente a la incertidumbre. Estábamos convencidos de que bastaba con que la ciudadanía votara cada cuatro años. La ciudadanía escuchaba. Este le gustaba más, este le gustaba menos. A este votaba. ¡Miren qué fácil! Hoy día no es así. Hoy día te dicen: «Perdóneme, señor. A usted no le dicen la verdad. Yo se la voy a decir». Entonces, exigen ser escuchados. Y no tenemos las instituciones políticas para aprender a escuchar en un mundo de tanta rapidez en las comunicaciones. La gente no está para aguantar cuatro años para ver a quién vota y si le arreglan los líos que tiene hoy.

Entonces, primer tema para restablecer cierta certidumbre: ¿cuáles serán las instituciones políticas para aprender a escuchar? ¿Instituciones que nos permitan aprender a escuchar? Sí, claro. No es que sea vinculante el hecho de escuchar, pero ¡por lo menos que me escuchen!

Dicen que en el Parlamento de Finlandia, los diputados pueden pedir que una ley se discuta en la web de ese Parlamento. Y al mismo tiempo, los ciudadanos pueden pedirle al Parlamento de Finlandia que discuta determinados temas. Y si un número significativo expresa que está de acuerdo con lo que dice Fulano, el Parlamento debe discutirlo. Le pregunté una vez al presidente del Parlamento finlandés si alguna vez habían tratado lo que la gente les pedía, y me dijo que sí; y me agregó: usted se va a reír, la gente nos pidió que discutiéramos el matrimonio homosexual. Y yo agregué: ¿Y a ustedes no se les había ocurrido eso, en Finlandia? Uno piensa que los escandinavos están a la cabeza en estas cosas. Y me respondió que nadie se había atrevido a plantearlo por miedo a perder la próxima elección. Y se aprobó el matrimonio homosexual porque lo pidió la ciudadanía.

¿Estas instituciones pueden existir?

Entonces, primer punto: cómo somos capaces de generar instituciones políticas para aprender a escuchar, que es una forma de pensar cómo mantenemos la democracia.

De la misma manera, el segundo punto es: cómo somos capaces de aprender a gobernar sabiendo que también podemos consultar a los gobernados, pero que la consulta no sea vinculante ni conductora de plebiscito, porque el plebiscito es mala señal de hacia dónde va ese tío que lo quiere.

Es decir, busquemos la forma de poder consultar. Decía Obama que cuando había cien mil ciudadanos que querían que discutiera determinada cosa, él debía referirse al tema.

El otro tema, que es mucho más complejo es el de que ocurre en el ámbito económico con estos elementos que están ahí emergentes y que están en el ámbito político. Creo que aquí, el segundo elemento, así como cae el Muro de Berlín, es la crisis del 2008. Esta demostró el fracaso del sistema en el que la desregulación llevó a aquello, en circunstancias en que antes estábamos compitiendo por quién desregulaba más. Pero aún más grave: para resolver el tema hubo divergencias en el mundo político. Cuando en Europa se dice que el problema va a ser la inflación, entonces se va por la austeridad. Y en Estados Unidos dijeron: el problema es que hay que mantener la demanda agregada; entonces, emitamos un poquito de billetes verdes. ¿Saben cuánto se emitió? Un 25% del Producto Bruto de Estados Unidos.

Si ustedes hubieran emitido el 25% del Producto de todo un país, no sé lo que les hubieran mandado decir, con Milton Friedman adelante.

Entonces, ¿la crisis fue el resultado de eso? Sí, pero eso fue lo que colmó el vaso. ¿Qué había ocurrido antes? En la reunión plenaria anterior –y aquí sí cito unas gráficas, y se aprecia la importancia del Círculo de Montevideo–, don Alberto Ruiz Gallardón nos presentó un conjunto de cuadros estadísticos. Comenza-

ban con una gran divergencia en Estados Unidos. Hasta el año 1975, productividad laboral y salario iban exactamente igual. Pero a partir de 1975 –y ¡qué decir después del 1978!–, se produce la gran divergencia. La productividad laboral continuó y el salario prácticamente se mantuvo estancado. Otra forma de verlo: el sueño americano terminó.

La afirmación de «mi generación espera que mis hijos estén mejor que yo», depende de cuándo nació usted. En Estados Unidos, para los que nacieron en el año 1940, el 92% estará mejor que sus padres. Para los que nacieron en 1960, ya será el 80%; y para los que nacieron en el 70, ya será menos. Va disminuyendo. En el caso de los que nacieron en 1980, los *millennials*, el 50% va a estar peor que sus padres. ¡Ah! Entonces ahora se produce una insatisfacción de otra envergadura. Los países más avanzados ven que sus sectores medios empiezan a tener problemas. ¡Y para qué hablar de Europa! En Europa, salvo Suecia y un par de países más, todos han tenido una caída profunda; la más grande es la de Italia. Entonces, fíjense ustedes que allá las clases medias vienen en bajada.

Y aquí –ahora pongamos la cara nuestra– vivimos diez años esplendorosos, y en ese lapso orgullosos decíamos –ay, perdóneme Señor– que de un 40% de pobres ahora teníamos un 10%.

¡Ni les digo cuánto bajamos en América Latina!

Pensemos en esos que ya no eran pobres, que formaban parte de una clase emergente que surgía, y que decían: «Perdóneme, presidente, esto es gracias a mí, no a usted; es mi hijo el que estudió» En Chile, hoy, de los jóvenes que están en la educación universitaria, 7 de cada 10 son primera vez en su familia que llegan a ese nivel.

Entonces, se acostumbraron a ir subiendo, y los que estábamos en el Gobierno –yo ya no estaba en ese momento– nos dábamos cuenta de que era más barato, más fácil, bajar pobreza que satisfacer las demandas de los sectores medios. Eso requiere políticas fiscales y muchas cosas.



Entonces, ¿qué es lo que quiero decir con esto? Que así como tenemos en el ámbito político dos temas, acá tenemos varios desafíos. Primero, cómo seguimos creciendo pero, al mismo tiempo, sin emitir gases de efecto invernadero, por el tema cambio climático. Segundo, cómo crecemos con más equidad. Tercero, y en lo que tiene que ver con políticas sociales, me gustó lo que dijo el presidente Duque respecto al trabajo decente y al entendimiento entre trabajadores y empresarios, pero esas son reminiscencias del siglo XX, porque hoy día el gran problema es que la globalización, claramente, tiene perdedores y ganadores. Y las recetas del siglo XX para esta nueva dicotomía que se nos presenta; no nos sirven. O sea, podemos hacer todo lo que queramos con el mundo sindical, pero sabemos que el mundo sindical es producto de la manufactura, de la industrialización, y esa ya es otra etapa, no la actual.

¿Qué quiero decir con esto? Que aquí necesitamos ver, por lo menos, en términos de políticas sociales, cuando distinguimos ganadores y perdedores, qué políticas tenemos para los perdedores. No tenemos; no sabemos. Por ahí se habla de renta básica universal. Después de que los amigos suizos la rechazaron, y los finlandeses que la aplicaron tentativamente en dos comunas importantes de Finlandia decidieron no continuar, el tema está con puntos suspensivos. Entonces, ¿qué políticas aplicamos frente a esto?

Para poner estas cuestiones de manera un poquito más compleja, debemos decir que mientras tanto tenemos un conjunto de temas que, o los resolvemos entre todos, o la humanidad se desploma.

Respecto del cambio climático, ¡qué decir después del informe reciente del 1.5%!

La de las migraciones es otra cuestión que estamos viendo.

Son todos temas que ningún país resuelve por sí solo. También está el tema de las drogas y el de la seguridad.

Esos cuatro temas requieren una aproximación de un sistema de gobernanza que hoy día no se ve en el horizonte. Y con el mayor respeto a estos países que

golpean la mesa porque son países-continente, esos problemas no los pueden resolver ellos.

Entonces, si queremos introducir certezas, ¿qué certezas introducimos en el ámbito económico y social? Por los menos hay seis o siete *ambits* que son fundamentales.

Creo, entonces, en poder tener una cierta convergencia de voluntades para abordar y enfrentar los problemas. Porque sabemos cuál es el fracaso: populismo y respuestas fáciles como las que estamos viendo en todas partes. Y ante eso tiene que haber una racionalidad y un llamado de atención. Lo que ha pasado en Brasil me parece gravísimo –lo quiero decir aquí–, porque nos parecía imposible cuando hablaba el señor Trump en Estados Unidos, y miren dónde estamos, y en la región ya teníamos bastante con Venezuela y Nicaragua. Pero ahora es complejo. Entonces, ¿cómo introducimos racionalidad?

Frente a este desafío, me permití decir una impertinencia días pasados en Washington. Terminé diciéndoles: «Pero con todo esto les traigo entonces una gran noticia: ahora los problemas que ustedes tienen y los que nosotros tenemos son los mismos. Por primera vez, entonces, podemos intentar abordarlos racionalmente entre unos y otros. Porque, claro, ustedes tienen el problema del presidente que tienen y lo que está pasando. Y la insatisfacción. Y quienes votaron a Trump, está claro quiénes son: los obreros e industriales blancos de Detroit». Y con eso digo todo, ¿verdad?

Entonces aquí es donde me parece a mí que tenemos una potencialidad para poder intentar despejar algunas de las incertidumbres. Porque sí tenemos una certeza clara: las respuestas que teníamos a finales del siglo XX no nos sirven para el siglo XXI porque ahora nos han cambiado las preguntas. Y sí, en el mundo feliz en que yo asumí en 2000, debía tener respuestas para las preguntas que yo recibía de herencia. No sabía la incertidumbre que representarían las nuevas preguntas que surgirían –para usar el año que mencionó el presidente Duque– a partir de 2007. Y es a partir de allí, en estos once años, donde se produce la confluencia de las tecnologías y nos dejan entonces en un mundo de incertezas, a menos que seamos capaces

de introducir racionalidad, y para ello creo que nuestro jefe, el presidente Sanguinetti, hizo toda una apología a la media aristotélica. A lo mejor, hay que volver allí para poder salir adelante.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

El presidente Leonel Fernández, como ya lo señalé, es uno de los estadistas latinoamericanos. Es, además, maestro. Y por eso, entre todas esas virtudes que posee, tiene una fantástica capacidad pedagógica.

Nosotros somos un poquito desordenados. Compartimos con Felipe esa característica. Leonel nos ordena.

Adelante, presidente.

Leonel Fernández Reyna

Muchas gracias.

Qué oportuno que el presidente Sanguinetti haga referencia al tema de la pedagogía, porque recientemente he leído unas declaraciones del presidente Iván Duque, que me impresionaron mucho, en las que decía que lo que América Latina necesita en estos momentos es más pedagogos y menos demagogos. Me parece una frase muy afortunada, ¿no?

El Círculo de Montevideo nos convoca para reflexionar en torno a dos temas que lucen muy filosóficos: la certeza de la incertidumbre y recuperar el arte de pensar.

Cuando empecé a reflexionar sobre el primero de las temas, la certeza de la incertidumbre, recordé a un jugador de béisbol –deporte favorito en República Dominicana y en los Estados Unidos, aunque en Colombia y en España no se lo practica– llamado Yogi Berra, de los Yankees de Nueva York, al que llamaban «el filósofo», porque siempre hablaba en tono axiomático. Él decía que siempre es difícil hacer pronósticos, sobre todo cuando se trata del futuro.

Yo creo que, ciertamente, en ese sentido Yogi Berra tiene razón en lo que refiere a abordar el tema de la certeza de la incertidumbre, porque todo cuanto ha venido aconteciendo a la humanidad en los últimos tiempos nos ha tomado a todos desprevenidos. Lo que ha predominado con estos cambios ha sido la sorpresa, lo imprevisto, lo imprevisible, la perplejidad, el vértigo.

¿Quién pudo predecir el desplome de la Unión Soviética? ¿Quién pronosticó la caída del Muro de Berlín o la caída de las democracias populares del Este? ¿Quién pudo ver que iba a ocurrir el *brexít*?

En nuestro último encuentro en México, antes de las elecciones norteamericanas, el pronóstico nuestro era que Trump no ganaba; o sea que nos equivocamos en la predicción. Teníamos la certeza de que no era posible que ganara. Por supuesto, no podíamos adivinar entonces que iba a aparecer James Comey y que iba a modificar los resultados de estas elecciones norteamericanas.

¿Quién iba a prever la Primavera Árabe? ¿Quién pronosticó la crisis financiera global del 2008?

Entonces, realmente, hemos estado viviendo en un mundo donde prevalece la certeza de la incertidumbre. Pero esa certeza de la incertidumbre ha generado un gran desencanto en la humanidad, y en estos momentos lo que prevalece es una desacralización de la política. Hay un desinterés por las ideas y un interés por la solución inmediata de los problemas, como se ha dicho aquí.

Esa certeza de la incertidumbre nos invita, entonces, a formularnos la segunda interrogante de este cónclave, que refiere a recuperar el arte de pensar. Y cuando uno medita sobre este tema, surgen algunas preguntas. Si vamos a recuperar el arte de pensar es porque partimos de la premisa de que en algún momento se pensaba, y que esa capacidad de pensar que se tuvo en algún momento quedó interrumpida. Entonces, si alguna vez existió el arte de pensar, ¿cuándo surgió? ¿Y cuándo quedó interrumpido? ¿Por qué situación se interrumpió? ¿Qué causas motivaron su interrupción y cómo podemos recuperarlo?



Y ahí caemos en el terreno del pensamiento complejo. Hay una complejidad en todo esto. Y, claro está: escuchando al presidente Sanguinetti y al presidente Betancur, hay una referencia permanente a la antigüedad clásica. Aquí Aristóteles ha estado presente hoy, al igual que Platón. De manera que estamos conscientes de que sí, en la antigüedad grecolatina, existió el arte de pensar. Y parece que ese arte se interrumpió en la Edad Media, porque del pensamiento racional, la búsqueda de respuestas a los problemas a través de la lógica y del pensamiento, pasamos a un pensamiento teológico, que dominó durante más de mil años. Y ese pensamiento teológico, a su vez, empezó a ser superado en esto que el presidente Sanguinetti ha invocado en el día de hoy, a través de la época de la razón y, sobre todo, de la Ilustración, que viene luego del Renacimiento, que fue ese reencuentro con la antigüedad grecolatina.

Y yo pienso que, ciertamente, el período de la Ilustración, que fue, digamos, un fenómeno intelectual inicialmente europeo, también tuvo gran impacto en nosotros, aquí en esta parte del mundo, porque todo el proyecto independentista, la ruptura con el orden colonial europeo-latinoamericano se fundó en el racionalismo proveniente de la época de la Ilustración.

La Ilustración nos llevó a la modernidad. La modernidad que conocemos hoy es el fruto de la Ilustración. Y es lo que tiene que ver con la democracia, con la libertad, a través de los pensadores citados hoy aquí: Montesquieu, Rousseau, Diderot, Voltaire. Todos ellos fueron los grandes maestros de este mundo moderno que conocemos, partiendo de la racionalidad, es decir, de la razón, de la lógica y de la ciencia. Y lo interesante es ver que todas las ideologías conocidas —el liberalismo, el conservadurismo, el marxismo— se nutrieron de la racionalidad de la Ilustración. Y fue la forma dominante de pensar de la humanidad durante dos siglos, hasta un acontecimiento ocurrido exactamente un siglo atrás: la Primera Guerra Mundial.

Creo que la Primera Guerra Mundial produce la primera interrupción en tiempos modernos del predominio del pensamiento moderno. Y es que el horror de la guerra hizo preguntarse a muchos en Europa dónde estaba la razón. No es posible que haya ocurrido esta

tragedia de millones de muertos si la humanidad piensa en base a la lógica y a la razón.

Entonces, como respuesta a la racionalidad lógica de la Ilustración, surgió por vez primera el desafío de las literaturas de vanguardia: el dadaísmo, el surrealismo, el cubismo, el expresionismo. En el ámbito estético-artístico fue una reacción adversa a lo que significó la racionalidad del mundo de la Ilustración.

Y eso ha seguido en el tiempo desde el punto de vista de la filosofía del pensamiento, porque luego de esas expresiones de vanguardia, tuvimos el existencialismo con Sartre, y luego el pensamiento posestructuralista francés de la década de los 60 con Jean-François Lyotard, Baudrillard; es decir, todos estos pensadores de los años 60, que marcan también una ruptura con la modernidad racional.

Bueno, pero si eso se da en el plano del pensamiento, en el plano económico pos Primera Guerra Mundial dominó un paradigma, que es el paradigma industrial del fordismo, la industrialización. Y lo que estamos viendo, ya sobre todo con el fin de la Guerra Fría, es la transición del modelo industrial fordista hacia una sociedad de la información y del conocimiento.

Pasamos, entonces, en el ámbito económico y social, a esta nueva modalidad, a este nuevo paradigma de la información y del conocimiento. Y cuando el pensamiento de la modernidad ha estado cuestionado durante años por expresiones de vanguardia, y más recientemente por el pensamiento de la posmodernidad, me parece que la gran tensión que tenemos en el día de hoy es justamente la que existe entre modernidad y posmodernidad. Y es lo que estamos viendo en distintas formas de comportamiento. Por ejemplo, la modernidad, aun en el día de hoy, significa la universalidad de lo que planteamos, y la racionalidad y la lógica. Pero frente a la universalidad, está lo local y lo convencional. No se asume la universalidad; no se asume siempre la racionalidad. Hay quienes entienden que el mundo no se puede explicar a través de la lógica y de la razón. El pensamiento de la teoría del caos, por ejemplo; pensamiento complejo. Pero frente a las ideologías dominantes, hasta la Guerra Fría, la ideología es sustituida por la imagen. Entonces, eso es lo

que explica que tengamos un *Facebook* con 2.000 millones de usuarios, que lo utilizan diariamente, porque la utilización de la imagen los consagra, los universaliza a ellos; porque la instantaneidad y la transmisión universal del dato hacen que la persona trascienda su comunidad y se haga universal.

Entonces, mientras que la modernidad siempre se ha planteado la búsqueda de la solución de los problemas a través de la ciencia, a través del saber, a través de la verdad, resulta que la posmodernidad niega la existencia de la verdad. La verdad no existe; lo que existe es una construcción social de la verdad. Es una aproximación de la verdad. Y, bueno, entendíamos que el tema de la verdad estaba resuelto desde los tiempos de Aristóteles, quien tenía una fórmula muy simple para distinguir la verdad de la mentira. Él decía: lo que es y se dice que es, y lo que no es y se dice que no es, esa es la verdad. Y lo que es y se dice que no es, y lo que no es y se dice que es, esa es la mentira. Quedó muy clara la fórmula aristotélica. Pero hoy día la verdad no existe; lo que hay es una construcción social de la verdad, expresada como la posverdad, y entonces, del pensamiento modernista racional pasamos al pensamiento posmoderno de la emoción, y cuando reflexionamos acerca del lado oscuro de las redes sociales, lo que estamos viendo, justamente, es el predominio de la emoción y de la imagen sobre la razón y la verdad.

Ese es el mar de confusión que el mundo está teniendo hoy día. Emoción sobre razón; imagen sobre pensamiento y sobre verdad. Cuando se aborda el tema de la posverdad, del uso de redes sociales y de la comunicación, nos damos cuenta de que la revolución de la comunicación no solamente ha sido por la tecnología. Hay sí una revolución tecnológica al pasar de lo analógico a lo digital, pero también la hay en cuanto a los contenidos.

En el mundo de la posverdad, de la posmodernidad, de lo que se trata es de reemplazar la verdad con las emociones, con la finalidad de generar actitudes y, a través de ellas, comportamientos. Por tanto, hay una sustitución de la verdad por la emoción, a través del uso de las redes sociales.

Esto entonces nos lleva a elementos claves del periodismo, de la comunicación: a los conceptos de obje-

tividad, profesionalidad, etcétera, y a cómo se utilizan hoy día estos medios.

En la teoría de la comunicación clásica –y que es la clave del periodismo moderno–, el concepto era siempre quién dice qué a quién, por qué medio y con qué efecto. Son las cinco «W» del periodismo norteamericano. El periodista tiene que buscar la verdad a través de la objetividad.

Hoy día lo que encontramos en ese paradigma de la información de quién dice qué a quién, por qué medio y con qué efecto, es que se genera por vez primera, en el ámbito de la comunicación, la capacidad de respuesta del receptor con respecto a emisor. Entonces, el receptor puede retransmitir su pensamiento instantáneamente, inmediatamente. Pero, ¿qué ocurre? Que ese receptor original, que se transforma en emisor generando la receptividad de la comunicación, haciendo la comunicación más democrática –es verdad–, carece de un elemento importante: el entrenamiento, la capacitación profesional para hacer el uso adecuado del medio; pero también carece de los valores éticos en el uso de la comunicación. Por consiguiente, se nos crea una anarquía comunicacional, y el concepto de opinión pública, que en la visión tradicional de la democracia y de la sociología de la comunicación se entendía como la construcción de consensos para fortalecer los principios de la democracia y de la libertad, ahora cambia, porque la opinión pública se convierte en la batalla diaria que se libra por instalar una determinada interpretación de la realidad, para generar percepciones, actitudes y comportamiento.

Entonces, en la medida en que es una batalla por instalar una determinada interpretación de la realidad, nos damos cuenta de que el concepto de verdad, el concepto de objetividad profesional va cediendo, y esto lo vamos viendo en el uso de los medios de comunicación, incluso convencionales. Si usted prende la televisión y ve CNN, percibirá una interpretación de la realidad diferente a la que se ve en FOX News. Si usted lee *El País* de Madrid, verá que lo que allí se expresa es diferente a lo que dice ABC o a lo que dice *El Mundo*. Y en cada país se va dando una interpretación cada vez más segmentada de la realidad, porque se obedece ya a ese concepto de que la noticia, la verdad,



la objetividad es una construcción social y no un hecho que existe por sí mismo.

Ese es el mundo en el que estamos: un mundo que genera desconcierto, confusión, y que no se sabe hacia dónde va, pero que requiere de parte nuestra entender claro que la tensión que en él existe es ese conflicto entre modernidad y posmodernidad, entre razón versus emoción, entre ideas versus imagen, y que es necesario rescatar lo que usted decía hoy, presidente Sanguinetti: el principio de la razón y de la verdad científica. Yo creo en ese paradigma del conocimiento científico de la verdad y la razón, que es el nuevo humanismo que usted plantea. Es volver a los principios de la Ilustración adaptada al siglo XXI. Creo que en ese sentido muchos de los problemas y muchos de los conflictos que actualmente prevalecen en el mundo podrían disiparse. Es recuperar el arte de pensar.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Tengo unas preguntitas.

Felipe: vivimos la globalización, pero frente a ella aparecen los localismos, los nacionalismos, los corporativismos. ¿Cómo explicamos esa historia?

Felipe González

Primero –y por entrar un poco más en el debate–, yo creo que los valores de la Ilustración están en la razón, en el dominio de la razón. Pero considero que Isaiah Berlin tenía razón cuando decía que el hombre no es solo razón.

Enrique Iglesias me invitó un día a un seminario. Y yo estaba harto de hablar de cómo andaba el mundo, del fenómeno de la globalización, etcétera, etcétera. Entonces pregunté por qué no hacíamos un análisis de los estados de ánimo en el mundo para definir lo que pasaba. Era un enfoque completamente distinto: ¿por qué el estado de ánimo de Europa, una sociedad envejecida, que decía que iba a vivir peor que sus padres? Y ¿por qué el estado de ánimo en Asia, donde se decía,

al contrario, que iban a vivir mejor? ¿Y el estado de ánimo en Brasil?

Y hay otra observación que quería hacer. En 2007 hubo acontecimientos trascendentes. Lo decía el presidente Duque. Pero en este proceso –y lo recordaba antes en la tribuna Carlos Slim– hay una onda larga; en este proceso de globalización y de cambio, que viene de mucho más atrás, ya hay un fenómeno anticipatorio en la crisis mundial del 68. En 1968 hay una contestación del sistema: ya fuera el sistema mexicano, el sistema americano, el sistema comunista; es decir, de todo lo que era el sistema establecido.

Por tanto, la onda larga viene de muy atrás. Y en la crisis del 1989, después de la caída del Muro de Berlín y la caída del comunismo, hay muchos ingredientes de esa onda larga de la desadaptación. Y después de eso, en 1999 –ya para embromar un poco a Ricardo–, nosotros presentamos un informe a la Internacional de la *tribu* ideológica a la que pertenecemos, sobre los impactos de eso que llamábamos revolución tecnológica y globalización en la realidad política, social y económica que estábamos viviendo. Reitero: lo presentamos ya en 1999. Y es verdad que todo ese tipo de esfuerzos conducen a la melancolía, pero estaban muchos de los ingredientes de los que estamos hablando hoy.

Entonces, a mí también me da un poco de miedo el exceso de culto a la razón. Porque la razón también produce monstruos. Por tanto, yo creo que no es posible hacerse cargo del estado de ánimo del otro solo por un ejercicio racional. Hay que tener una empatía con ese estado de ánimo, incluso para cambiar el estado de ánimo de la gente, que debería ser una de las funciones del liderazgo.

Quería hacer estas observaciones, porque no se trata solo de qué podemos responder a lo que hay, sino también, entre nosotros, de cómo podemos ir avanzando en este ejercicio de pensamiento que, cuando lo veo aquí establecido, me parece un lujo excesivo para la época que vivimos, agobiados como estamos por los problemas inmediatos.

Esto me parece importante como reflexión complementaria de la que estamos haciendo.

Julio María Sanguinetti

- Ricardo: en Estados Unidos la elección se definió con un 50% de gente que votó; no más. Hay gente que se quedó en la casa.

En Chile, últimamente pasó algo parecido: creo que el 50% no votó. Y ¿qué es esa deserción ciudadana?

Ricardo Lagos

Se trata de la insatisfacción y de la sensación de creer que toda la clase política está haciendo más o menos lo mismo; y que, entonces, por las diferencias, me da lo mismo quién sea elegido. El lunes tengo que volver a trabajar; esto lo dice el que tiene trabajo, porque el que no, dirá: el lunes sigo cesante.

Cuando se habla de la Primavera Árabe, por ejemplo, esta fue desencadenada por un señor que se declaró en huelga de hambre y después se inmoló. Y fue porque no le daban permiso para vender no se qué cosa para ganarse la vida. Pero, ¿en qué consistió la Primavera Árabe? En masas que se pusieron de pie y fueron a reclamar a la plaza; en El Cairo y en otros lugares. Entonces, mi pregunta es si hay un sistema civilizado para poder decirle a determinado señor: yo lo escucho, mándeme mensaje, vote. Porque yo, que estoy en el poder, que estoy empoderado, por así decirlo, estoy obligado a responder. ¿Cómo se establece un cierto diálogo con estas nuevas realidades? A eso me refiero.

Yo sé que está difícil esta cuestión. En Chile hubo un debate, por cierto: la solución frente a esto es que el voto sea obligatorio; y si no, poco menos que pena de cárcel. Bueno, es una forma, pero no creo que sea la solución.

Pero sí hubo un gran debate sobre si había o no una nueva Constitución. Y lo único que no se debatía era para qué era la nueva Constitución. Y el debate terminó siendo el fetiche de si Asamblea Constituyente sí, o Asamblea Constituyente no. Parecía que la Asamblea Constituyente resolvía todo; como si elegir una Asamblea Constituyente fuera distinto a elegir un Parlamento, que se había elegido dos o tres meses an-

tes. Es la verdad. Se eligió el Parlamento en 2014, y el gran debate del 2015 fue el relativo a la Asamblea Constituyente, que parecía que iba a resolverlo todo.

Se me ocurrió ir a la web, buscar e invitar a quince profesores de Derecho Constitucional —de la extrema derecha y de la extrema izquierda—, y decirles que la idea de que estuvieran allí era que las preguntas fueran neutrales, porque queríamos preguntar por la red, y no que ellos se pusieran de acuerdo en una Constitución. Eso no, por ningún motivo. Pero sí pretendía que explicaran qué significa una Constitución, cuáles son los derechos, cuál la división de Poderes; es decir, toda esta cuestión.

Lo cierto es que 300.000 chilenos participaron de esto, bajo el slogan «Tu Constitución». Bueno: era una forma muy práctica de resolver el problema. Después de tener 590 opciones distintas y de que cada uno de nosotros pudiera hacer una Constitución «a la carta» —diciendo qué le gustaba y qué no—, decidimos hacer nuestra Constitución, a ver quién ganaba. Y, claro: ganó el referéndum revocatorio. Pero eso implica tener que decir y explicar a la ciudadanía: es muy bonito lo del referéndum revocatorio; lo único malo es que esa institución va a crear, como resultado, que aquel que sea elegido, automáticamente se pregunte: «¿Cuáles son las cosas difíciles que tengo que hacer que pueden significar que me revoquen a mitad de período? Por lo tanto, todo lo que es importante hacer ahora, lo voy a dejar para el segundo período para que antes me voten».

Algo de esto pasa en Estados Unidos, ¿verdad? Cuando a usted lo eligen por primera vez presidente, automáticamente las cosas duras y difíciles las deja para el segundo período. Yo no sé si la forma de restablecer relaciones con Cuba hubiera sido igual, durante la presidencia de Obama, en el primer período que en el segundo.

Pero, en fin, lo que quiero señalar es que hay riesgos. Pero es bueno que la ciudadanía pondere estas instituciones que crean riesgos políticos. Había riesgo cuando se planteó la cohabitación en Francia, con las modificaciones que hicieron en el 1968. Pero hubo cohabitación y, bien o mal, funcionó.



Entonces, lo que quiero analizar es cómo podemos ser capaces de poner estas tecnologías —entendiendo que existen—, estas capacidades, al servicio de las nuevas formas de democracia política que van a emerger. Después de todo, la democracia política que conocemos fue resultado de que Gutenberg inventó la imprenta, y en aquellos felices tiempos, entre la imprenta y un diario —hasta que a alguien se le ocurrió— pasaron ciento treinta años. Se demora un poco en que las cosas ocurran, claro. Y otros cien años —porque a partir de que todos leían el diario, sabían lo que iba a resolver el rey con su corte— para que apareciera un Montesquieu, un Diderot, un Voltaire, un Rousseau; y para que surgiera El Contrato Social, la división de Poderes, etcétera.

Degollados Luis XVI y su esposa, empezó la democracia como la conocemos en el siglo XIX. Si usted lo piensa bien, entonces, desde el diario hasta la radio, y hasta la televisión, es todo lo mismo. Es un medio para que el líder hable. La diferencia es que ahora lo van a conocer todos. No va a ser necesario, como en tiempos del rey, ese señor que iba adelante y decía: «Todos a agacharse. Este señor que viene acá es el rey de Francia». Bueno, esa es la diferencia.

Entonces, tenemos que ver qué instituciones tenemos ahora, que van a modificar lo que hemos conocido —no me cabe duda—, porque acá estamos recién en una gran ola, de cambio de una época a otra, por cierto, pero esta ola no ha terminado de asentarse y caer, puesto que las incertidumbres, producto de las nuevas tecnologías, aumentan día a día. Y ahí yo creo que tenemos un tremendo campo para poder usar la razón. No tenemos otra forma de relacionarnos entre seres humanos.

Leonel Fernández Reyna

Quiero expresar mi coincidencia con lo que ha dicho Felipe en el sentido de que no solo basta la razón. No solo basta, pero es imprescindible. Y lo que estamos viendo hoy día es que en estas ideas abstractas, convertidas en proyectos políticos concretos, hay una negación de la ciencia, hay una negación de la verdad, para construir proyectos políticos que respondan a intereses específicos.

Cuando se niega el cambio climático —la ciencia ha establecido que hay un cambio generado por la acción del hombre sobre la naturaleza—, se niega la ciencia, se niega la razón.

Ciertamente, el mundo no siempre es lógico. El mundo es más complejo. Es la idea del pensamiento complejo de Edgar Morin y un grupo de pensadores. Pero en la base de todo está la ciencia, está el concepto de verdad, y está el concepto de razón. Y esa racionalidad tiene que ser universal. Lo que es válido para nosotros en Colombia, tiene que ser válido en México y tiene que ser válido en todas partes; es decir, la universalidad, pero a ella renuncia el pensamiento posmoderno. Solamente existe mi entorno inmediato. Es lo que expresa el *brexít*. Es el euroescepticismo que hoy día existe: lo mío; yo no reconozco nada más que lo mío y no quiero ser parte de la comunidad. La solución a los problemas, el progreso, ya no es la labor de todos, no es la labor del conjunto; es la solución a mi problema individual.

Entonces, hay una actitud, hay una postura frente a la política, frente a la sociedad, frente a todo. Por eso hablo de reivindicar el paradigma de la razón, de la ciencia y de la universalidad. Diría que un nuevo humanismo, la adaptación de los principios de la Ilustración al siglo XXI, nos daría una cierta certeza de hacia dónde dirigirnos en medio de la falta de certeza, en medio de la incertidumbre. Siempre se ha dicho que los pueblos hacen la revolución no porque tengan un plan preconcebido de sociedad nueva sino porque ya no toleran la sociedad vieja. Hay un gran desencanto con la sociedad vieja, y yo creo que nos corresponde a nosotros ir articulando el proyecto de sociedad futura, de sociedad nueva.

Creo que el presidente Sanguinetti, con su idea de la importancia de la Ilustración en la historia, de alguna forma nos guía hacia esa actitud.

Felipe González

La reacción de lo local frente a lo global es una reacción identitaria, explicable frente a la homogeneización. Y después, lo que es más peligroso es cómo se expresa ese sentimiento identitario rechazando lo glo-

bal. Se expresa de manera excluyente; se expresa como una amenaza a lo que uno es. De la aldea global de la que hablaba McLuhan, a la aldea real que la gente quiere recuperar para sentir su propia identidad, hay una contradicción que vamos a vivir durante mucho tiempo con exponentes que son peligrosos.

Julio María Sanguinetti

En este escenario, los partidos políticos ¿siguen teniendo su rol? ¿Cómo transformarse? Porque el tema es que esa difusa opinión pública, que se expresa a veces por encuestas, habla en el nombre de no se sabe bien quién. Las redes claramente difunden cosas que no representan una opinión; tampoco representan una voluntad colectiva. En realidad son multitudes de a uno. Entonces, los partidos políticos históricamente han jugado el papel de vertebrar las corrientes de opinión para hacer la articulación en esa cosa tan difícil que es lograr que la opinión de la ciudadanía permita luego gobernarse, porque la gobernabilidad horizontal es imposible, que es esa especie de ágora ilimitada de las redes en la que cada uno gobierna por sí mismo.

¿Cómo se articula? Bueno, eso lo han hecho en los últimos doscientos años los partidos políticos, que se han ido transformando. En América Latina fueron partidos caudillistas, sí, porque los caudillos eran la única respuesta cuando no había instituciones.

Tú hablabas hoy de liderazgo y caudillismo. Sí, caudillos, porque es lo que hubo, salvo en Brasil, que tiene una historia totalmente distinta —daría para un seminario en sí mismo el caso de Brasil—; no tiene nada que ver. Ni su ejército es igual, ni los partidos existieron nunca, ni hubo revolución de independencia. Los partidos, entonces, primero fueron caudillistas, y ahí salieron atrás de los San Martín, y de los Rosas, y de los Bolívar, y de los Sarmiento y de los Urquiza, y de los O'Higgins, y de los Carrera, y de los Santander.

Pero luego aparecieron liderazgos modernos. Por los años 30 hubo una cierta reacción, digamos, como fuera del fascismo, que generó los fenómenos populistas primeros; no los populismos actuales. Y me refiero, por ejemplo, al de Getulio Vargas en Brasil, que fue un movimiento autoritario y corporativo, basado en

núcleos de intereses sindicales, con una presencia rural importante: o Estado Novo, que sustituía al liberalismo. Y el peronismo en la Argentina, que también, en aquel momento digamos que refundó las instituciones sobre una base de ese tipo, comparable. Luego devino en otras cosas, hasta que ha pasado a ser un partido fantástico, porque caben todos: Menem privatizando y Kirchner nacionalizando. Todo cabe ahí adentro, pero esa también es su fuerza.

Entonces, hoy, ¿qué hacemos con los partidos, Felipe?

Felipe González

Vamos a ver. Les llamemos partidos o no —los viejos o los nuevos—, la gobernanza en una sociedad no solo plural sino también diversa y con muchos intereses contrapuestos, es sobre el espacio público de todas esas contradicciones. Y la gobernanza tiene que tener un filtro de representación; si no, no es gobernanza.

En comunidades muy, muy pequeñas, se podría pensar en que hubiera una gobernanza directa. Es el sueño de algunos. Pero en tanto la sociedad sea aunque sea de 500.000 personas, necesita mecanismos de representación para facilitar la gobernanza.

Las formaciones políticas —viejos partidos o nuevos— son mecanismos de representación de la pluralidad; en muchos casos de la pluralidad mezclada con la diversidad de sentimientos de pertenencia, y en algunos casos también mezclada con la representación de intereses contradictorios. Eso son los partidos, las formaciones políticas en general.

Se han quedado anticuados, sí. Es más: como las respuestas que se necesitan ante los nuevos desafíos —y que han sido bien expresadas aquí— no son, como decía Ricardo, ni siquiera las que nosotros tuvimos la oportunidad de dar en los 80 o en los 90, sino que son completamente nuevas, cuando los partidos se encuentran ante la necesidad de buscar nuevas respuestas recurren —los viejos y los nuevos— a buscarlas en los éxitos que fueron y que ya no se pueden reproducir porque las circunstancias cambiaron. Por tanto, es la nostalgia de lo que fuimos, que tiene un recorrido, que es el de una elección. Después, como gobernar es administrar



expectativas, cuando las has generado en el sentido de que vamos a vivir otra vez como en aquel período europeo largo después de la Segunda Guerra Mundial, hay que saber que eso no se va a volver a repetir.

Si se quiere luchar por una economía que crezca y que además tenga carácter incluyente —crecer con equidad, como se dice en América Latina—, hay que ver que crecer es un concepto técnico, y equidad, un concepto moral. Y ahí estamos embromados, porque lo técnico va a dominar sobre lo moral siempre. No es crecer y redistribuir, como mejor modelo, sino crecer y ser equitativo.

Pero vuelvo a la esencia de tu pregunta. Los partidos se han refugiado en respuestas que son o trasnochadas o —antes trataba de explicarlo— simplificadas.

El presidente Duque hablaba de las ideologías. Lo peor de las ideologías es que han quedado como el discurso que les permite a los líderes exhibir una coraza que los autodefine, pero cuando uno abre la puñetera coraza, lo que esta oculta es la ausencia de ideas. Por tanto, es ideología como defensa o autodefensa por la carencia de ideas para enfrentar los desafíos de futuro.

Me lo preguntas respecto de los partidos, pero hace un momento lo dábamos por hecho respecto de los sindicatos: tienen que desaparecer o tienen que comprender los nuevos desafíos para defender intereses de manera distinta de como los defendían en la era industrial. Tienen que cambiar, pero cambiar pensando en qué ideas; no cambiar pensando en que sus ideales, sus objetivos tienen que ser distintos. Los que quieren la igualdad desde la libertad, definiendo así el socialismo democrático, pueden mantener sus objetivos. Lo que no pueden mantener son los instrumentos que tradicionalmente los llevaron a esos objetivos y que hoy han cambiado porque ha cambiado la realidad de la sociedad.

Ese es el envejecimiento de los partidos. Y lo que más me preocupa de los nuevos es que adoptan rápidamente los vicios de los viejos. Entran en una dinámica demasiado rápida de envejecimiento, pero todavía tienen la ventaja de denunciar a los viejos partidos. De todos modos, es una ventaja que se queda corta enseguida cuando se adoptan vicios de los viejos y se simplifica el debate entre los buenos y los malos.

Por tanto, hay una crisis de representación. Y la crisis de representación en la democracia es una crisis de partidos. Lo mismo que la crisis de la democracia representativa, es una crisis de medios de comunicación, que antes explicábamos que están transformándose muy rápidamente, autodestruyéndose, liquidándose, y que ya los viejos conceptos de verdad o mentira desde el punto de vista de la información, solo se pueden aplicar respecto de los hechos reales: esta información es verdad o esta información no lo es. Pero no respecto de la opinión.

¿Cuándo se complica la cosa en esto que explicaba Leonel antes? Cuando sobre una información que no es verdad se construye una opinión que está viciada por la carencia de verdad de la información. Pero la opinión es libre. Lo que no debería ser libre —aunque siempre lo será— es el engaño, la información no veraz o la información falsa. Pero solo de la información se puede decir eso.

Y después se mezclan, en la opinión. Por ejemplo, en España, todavía se sigue defendiendo algunas cosas. Respecto de la última intervención en Irak, con las famosas armas de destrucción masiva, se dice: «Bueno, pero podría haberlas habido». Es el carácter preventivo de una filosofía muy rara. ¿No? Se comprobó que no las había; pero entonces no lo sabíamos. Y podría haberlas habido; por tanto, había que intervenir. Es mucho decir, pero se afirma y se afirma con rotundidad y con convicción.

Por tanto, los partidos políticos, si desaparecen —no digo los viejos; lo nuevos y los regulares— será porque la democracia representativa ha desaparecido tal como la conocemos, que también es un hecho histórico.

Julio María Sanguinetti

Es el mediodía, y en una palabra creo que ya hemos expuesto bastante.

Para terminar, yo diría: ¡Cuidemos las instituciones! Protestemos todos por lo que queramos, pero ¡todo adentro de las instituciones!

Muchas gracias.

6 - El vaivén de los valores.

Rebeca Grynspan
Natalio Botana
Martín Santiago
Albert Rivera
Alberto Ruiz Gallardón

Rebeca Grynspan

Muchísimas gracias.

Bienvenidos todos.

Quiero agradecer al Círculo de Montevideo, al presidente Julio María Sanguinetti, por invitarnos a este panel de lujo.

Y a todos ustedes, ¡sean muy bienvenidos!

Tenemos aquí un panel de lujo. Ya les han presentado a quienes lo integran, por lo que me voy a ahorrar las presentaciones. Y el tema del presente panel es particularmente ambicioso e interesante: el vaivén de los valores. Yo no sé si es un vaivén, si es un péndulo, si es parte del mundo líquido o si es una crisis de valores, pero sin duda el título nos presenta más dudas que respuestas.

Algunos hablan de que el vaivén es un péndulo caracterizado por una creciente polarización entre izquierda y derecha. Y creen que ese vaivén de los valores tiene más que ver con esa extrema polarización, con el achicamiento, digamos, del centro político, y que lo que ocurre es que ese péndulo es cada vez más amplio. El presidente Duque habló hoy, precisamente, del ideologismo, lo que él llamó el ideologismo, y de la inestabilidad que acarrea este debilitamiento del centro en los gobiernos democráticos. Otros creen que más bien este es un vaivén para los de la antipolítica; no ese péndulo entre derechas e izquierdas, cada vez más amplio, sino que más bien apunta a un nihilismo que desconoce de lleno la estructura democrática.

Pero también hay otros que se refieren a ese vaivén –se habló de esto esta mañana– como el surgimiento o el fortalecimiento del populismo, de los nacionalismos; o como que más bien vienen valores menos democráticos. Por lo tanto, como decía el presidente Sanguinetti, temámosle a la desmesura tanto como al fuego. O sea que hay un tema de desmesura, más bien de valores menos democráticos, que atentan contra el discurso democrático.

Hoy tenemos con nosotros extraordinarios panelistas para hablar de polarización social, del resurgimien-



to de la retórica antagonista, de la desconfianza institucional, para seguir la conversación que tuvimos hasta ahora. Solo quiero darles algunos datos sobre nuestros países, para tenerlos en cuenta en nuestra discusión.

Hablamos de la desconfianza en las instituciones políticas, en las instituciones democráticas, en los Parlamentos, en las Cortes de Justicia, en los Gobiernos, pero hemos hablado menos de la desconfianza interpersonal, que está también en la base de lo que estamos hablando.

En América Latina tenemos una de las mayores desconfianzas interpersonales, según surge de todas las encuestas que se conocen sobre el tema. Solo el 14% de la población latinoamericana confía en sus coetáneos. Confían en la familia y en los amigos muy cercanos, pero no confían en el vecino y no confían en el otro, que es también una base muy importante.

Hablaba el querido presidente González de que no solo de la razón tenemos que hablar, sino también de las emociones. Bueno, esto tiene una base emocional muy fuerte. El miedo y la desconfianza son temas que están muy presentes en nuestra región. El 75% de la población de América Latina cree que hay un muy fuerte conflicto entre grupos antagónicos de la sociedad: entre pobres y ricos, entre hombres y mujeres, entre empresarios y empleados. El 75% cree que la sociedad no tiene un proyecto común; que lo que estamos viviendo en la dinámica social son grupos antagónicos.

Y hay una encuesta que no se hace aquí, en nuestra región, pero que habla de la polarización política. En Estados Unidos hay un estudio que no sé si alguno de ustedes conoce, que habla de la polarización afectiva en la política. Lo que preguntan es qué tanto respetas a una persona de otro partido político. En Estados Unidos, entre 1980 y el 2012 —no estoy tomando ni siquiera lo último que hemos conocido de la época de Trump—, ese respeto hacia otro de otro partido político ha bajado más de 20 puntos: del 50% al 30%. Quiero decir que solo 1 de cada 3 tiene algún respeto por el adversario político. Y por supuesto que esto no tengo ninguna duda de que empeoró después del 2016.

Entonces, creo que si nos preguntamos aquí entre la audiencia cuánto respetamos a nuestros adversarios políticos o cuándo fue la última vez que hablamos con el que piensa distinto a nosotros y no terminamos en una pelea sino aprendiendo de ese diálogo, podríamos también nosotros contestar este tema de la polarización afectiva. Y, por supuesto, está todo el tema de la desconfianza institucional.

Recuerdo —y aquí está Martín para corroborarlo— que cuando realizamos en el PNUD el estudio sobre la democracia, hablábamos de la insatisfacción en la democracia. Hoy en día hablamos también de la insatisfacción con la democracia; es decir no solo en, sino también con la democracia.

No hay duda de que la expansión de los sectores medios — como dijo el presidente Lagos— es una de las razones en el sentido de una mayor exigencia de esos sectores hacia las instituciones. Ya no quieren solo acceso a los servicios; quieren también calidad de los servicios, y son menos tolerantes con la corrupción y con las desigualdades. Y eso está bien, pero cuando se transforma en una insatisfacción con la democracia, no solo en la democracia, estamos en un momento distinto de la discusión de los valores en nuestra región. Y no hay duda de que la desconfianza personal e institucional son parte de ello.

Natalio Botana

El vaivén de los valores es difícil de enunciar por dos razones principales. Primero porque el vaivén, como advierte el diccionario, equivale a la inconstancia de las cosas en su duración o logro. Segundo, porque en cuanto a valores, la teoría oscila entre dos extremos.

En un extremo concebimos la teoría de los valores como el fundamento de las concepciones del mundo que consisten en el predominio de un valor sobre otro. Este contrapunto puede encontrarse en el desarrollo de la teoría política de la formas de gobierno: contraposición, por ejemplo, ente monarquía y tiranía o entre democracia y demagogia. No hay por qué abundar en este punto; es hartamente conocido.

Más interesante, en vista de lo que diré de inmediato, es el otro extremo teórico que parte del supuesto de que el valor es en sí mismo móvil. El carácter subjetivo que tiene el concepto de valor en la economía, a partir especialmente de la ilustración escocesa en el siglo XVIII, fue trasladado a la filosofía y a la teoría política. Se trata del carácter de las cosas que son apreciadas, un fenómeno que pretende responder a la pregunta de qué es lo que se estima.

Cuando se estiró esta subjetividad hasta el límite de sus enunciados entró a tallar con fuerza el nihilismo; vale decir, la actitud de quien no reconoce jerarquía alguna en la disputa de los valores. De esta actitud deriva la negación a reconocer cualquier tipo de coacción sobre el comportamiento individual. Por retomar la expresión de Manuel Azaña, escrita hace ya más de 80 años, estas conductas pueden llevar “el ánimo de algunas personas a tocar desesperadamente el fondo de la nada”.

De este preámbulo se derivan varias cuestiones que pretendo sean el centro de esta breve exposición.

Primera cuestión que nos introduce de lleno en esta circunstancia incierta de la segunda década del siglo XXI. La enunciaré de esta manera: el mundo, el planeta entero, está inmerso en una mutación civilizatoria al influjo de la tercera y cuarta de las revoluciones industriales. La tercera, la revolución digital; la cuarta, la revolución robótica y de la inteligencia artificial. Esta mutación está dando a luz un nuevo tipo de sujeto histórico sobre la base de nuevas coordenadas de tiempo y espacio. Como ha escrito recientemente Safranski: “El establecimiento de una simultaneidad a través de la comunicación en tiempo real” es el rasgo fundamental de dicha mutación. Las telefonías digitales, prosigue este autor “no son sino prótesis que amplían el alcance de la percepción”. Señalo, para cerrar este párrafo, lo obvio: esta mutación está para quedarse en este mundo globalizado.

Voy a la segunda cuestión. Hasta el momento esta mutación no se compadece aún con respuestas morales, políticas e institucionales. Por tanto, este cuadro incorpora, como la pintura de Velázquez que refleja el rostro en un espejo, la incertidumbre que acarrea

la disputa por el sentido de las cosas y de los valores que las sustentan. En este mundo digital nos planteamos dónde, al cabo, está la realidad que se refleja instantáneamente en el espejo de nuestras prótesis tecnológicas. La política de estos días, por centrarme en esta dimensión de la acción humana, marcha a remolque de esta mudanza generacional de extraordinarias promesas y de duros efectos en la estructura de la producción, en la estructura del empleo y en la distribución del ingreso.

Estas consideraciones nos llevan a la tercera cuestión. Esta suerte de perplejidad ante una etapa incierta, con respuestas que no atinan a dar en el blanco, abonada, por si esto fuera poco, por la gran recesión abierta en 2008, ha provocado en los Estados Unidos, en América Latina y en Europa, el desenvolvimiento de pasiones reaccionarias. En varias exposiciones previas en este Círculo de Montevideo, he dicho que esta súbita reaparición de valores que se juzgaban sepultados en el pasado está configurando un momento reaccionario, es decir: una manera de aferrarse a un pasado utópico, entendida como medio para encumbrar nuevos liderazgos y, de paso, despejar ilusoriamente la incertidumbre con soluciones que simplifican esa compleja realidad. En tiempos de incertidumbre y de fragilidad de las creencias, los sujetos históricos se aferran a la simplificación. El poder carismático, de rupturas y trayectorias imprevisibles, suele brotar de este suelo incierto, que tiembla y erosiona cimientos que hasta hace poco tiempo se veían como sólidos y estables. No necesito dar nombres: los tienen a mano en Estados Unidos, Brasil, Hungría o Polonia.

Cuarta cuestión. En relación con el sucinto esquema acerca de la teoría de los valores que acabamos de exponer, este momento reaccionario tiene varias aristas. Si por un lado observamos la disputa de valores derivada de este estallido de la subjetividad, podríamos constatar la presencia de una sociedad blanda, sujeta a una infinidad de mensajes ampliados por la red, en la cual la autonomía individual parece que se expande y la palabra parece que se devalúa o disuelve al paso de lo que actualmente se denomina posverdad. Para no pocos espectadores y protagonistas de este mundo en formación, ahora viviríamos bajo el imperio de los *fake news*; si ustedes quieren, una



nueva forma de nihilismo, apoyada esta vez por una fáustica revolución tecnológica.

Frente a este desborde de la mentira, las democracias existentes, con los valores a los cuales aspiran, padecen el impacto de lo inesperado; no atinan, como he dicho, a responder mientras las élites establecidas, de raíz liberal, social demócrata o de inspiración cristiana, se van apagando progresivamente. No logran ocupar el vacío moral de este nuevo nihilismo que se cruza, en la última década, con la recesión económica y sus efectos. Estos vacíos sin respuesta, los ocupan, o intentan ocupar porque no siempre ganan, los agentes de este momento reaccionario que recorre, insisto, al centro de occidente y a nuestro “extremo occidente” latinoamericano como bien se lo ha llamado. Esta ocupación, rebotante de dramáticas incógnitas, tiene el rasgo principal de efectuarse trasmutando ciertos valores del pasado, envueltos, a modo instrumental, por el aparato tecnológico de esta mutación civilizatoria.

Esta es, a mi juicio, la grande e impactante novedad: la mezcla entre pasado y presente que alimenta a los antiguos fantasmas del nacionalismo y la xenofobia y, en América Latina, los fantasmas del caudillaje cuya raíz última podemos encontrar en las formas empíricas de dominación que sucedieron, en el siglo XIX, al colapso del Imperio Español en América. Al respecto, me duele decirlo en esta ciudad donde nació una de las tradiciones civilistas más sólidas de América Latina, el ejemplo por todos conocido y padecido, es la resurrección del caudillaje en la república hermana de Venezuela.

Quinta cuestión. En términos de la teoría de los valores, esta clase de resurrecciones o renacimientos oscuros del pasado tienen la peculiaridad de aferrarse a ideologías que presuponen la primacía de un valor sobre el resto; vale decir: una ideología elemental, instintiva y simplificadora en muchos casos, construida a golpes de twits (cómo no evocar a Donald Trump), que deposita en este mundo complejo el encanto mágico de la simplificación. Esta arremetida cala hondo en las conciencias cuando sufren los efectos de recesiones económicas; pero, aun cuando no fuese así, el resultado que persiguen estos césares del balcón tecnológico es dañar la línea de flotación del pluralismo cultural y

político. Por definición, el momento reaccionario no es plural. Con prepotencia, lo que el momento reaccionario persigue es la homogeneidad valorativa en un mundo que, también por definición, es heterogéneo. Para consumir esta intencionalidad, sus ejecutores efectúan una vuelta de campana sobre la praxis de la posverdad.

Si, en la clave de la mutación civilizatoria, la era de la posverdad radica en la variedad de valores, sin jerarquía alguna, que se disparan en la sociedad civil; en la clave del momento reaccionario florece la voluntad del gobernante de producir él mismo una secuencia de *fake news* para contrarrestar la opinión crítica y, de paso, combatir a nuevos enemigos (uno de ellos, repetido hasta el cansancio, son los medios de comunicación independientes de los favores del Estado). De los Estados Unidos a la Argentina en la década anterior, pasando por Polonia, Hungría y Rusia, ésta es una práctica de más en más difundida. Pero cabría preguntarse que tiene esto de novedoso cuando todos los autoritarismos y totalitarismos, basados en la movilización total de los recursos materiales y humanos en manos del Estado, han hecho un abuso constante de la falsificación de la realidad por medio de una omnipresente propaganda.

Resurrección pues de estas pasiones, aunque con una diferencia, creo, digna de mención. Me refiero al choque, a la fricción provocada por el propósito de erigir un valor absoluto en sociedades mucho más heterogéneas y plurales que en el pasado europeo de entre guerras que se prolongó en la América Latina de las décadas del cuarenta y cincuenta del último siglo. En este choque estamos; es un fricción, presumo, que también está en el corazón del porvenir de China: una nación continente, un gigante demográfico en plena mutación civilizatoria, sujeto al corsé de un régimen de partido único en uso de la propaganda y del control de la comunicaciones.

Sexta cuestión. Ante este panorama, ¿qué responsabilidad cabe a los regímenes democráticos que ven como se va erosionando desde adentro la trilogía de valores en que se sustentan?: el valor de la igualdad propio de la tradición democrática, el valor de la justicia propio de la tradición republicana; el valor de la libertad propio de la tradición liberal. Se me ocurre que esta trilogía de valores reclama, como diría Rosanvallon,

un exigente y ejemplar esfuerzo de reinención. Personalmente, lo vincularía con una ética de reconstrucción de conductas alicaídas que apuntaría a reforzar los fundamentos del pluralismo. Este fundamento no debería atender a una versión nihilista del pluralismo, en tanto mero receptáculo donde todo vale, sino que debería formular una visión que incorpore y renueve antiguos valores.

Aclaro: el momento reaccionario cabalga también sobre antiguos valores o sobre su manifiesta desfiguración. La renovación en torno a la cual deberíamos especular avizora, en cambio, un replanteo profundo de la cultura cívica, resorte esencial de los procesos de legitimación democrática. Para ejemplificar esta recuperación necesaria del espíritu constructivo me ocuparé, para concluir, de la constitución moral de la república y de su contracara, la corrupción. Aunque ahora esta lamentablemente de modo, este asunto en cuanto a su espesor histórico no es típico de la etapa civilizatoria en que estamos inmersos; más bien, es asunto típico de un principio de legitimidad que atraviesa edades y desafía la morales existentes con un interrogante crucial: ¿es posible acaso, conservar en vida una república sin el suplemento de su constitución moral? (desde luego, va de suyo, este interrogante también se aplica a las monarquías parlamentarias). Cuando digo constitución moral aludo pues a un valor, a una concepción de la vida activa de la república, de la cosa común, que pone el acento sobre uno de los dos significados que podemos asignar a la palabra virtud. Esto es, la virtud entendida como la vara que mide nuestra disposición para obrar éticamente y combatir la corrupción, y la virtud entendida como el atributo con que se ejerce efectivamente el poder que las constituciones y la ciudadanía confieren a los gobernantes.

En un caso, la mirada se dirige al bien de la república y a los fines deseables; en el otro, a la fuerza, vigor y astucia —diría Maquiavelo— con que el gobernante sostiene su posición. En América Latina tanto como en Europa desde el Mediterráneo hasta los Urales, se está extendiendo una mancha de corrupción que ha hecho caer de su pedestal a gobernantes, empresarios y candidatos. Esta revulsiva situación, maloliente como decían los pensadores clásicos, se ha fraguado mediante el desprecio hacia el primer concepto de virtud y

el cultivo abusivo y prepotente del segundo concepto de virtud para pulsar el instrumento del poder. Digo bien, el despliegue de la astucia del virtuoso del engaño que se vale del poder para desviarlo a favor de su interés particular, o interés patrimonialista, para capturar en provecho propio los recursos que son de todos. Por cierto, y esto es una buena noticia, estos hechos ya no se esconden tras el manto de la impunidad judicial; las reacciones en nuestros países están ostensiblemente a la vista, pero lo que también se manifiesta ante nosotros es la penosa fragilidad de las creencias públicas que deriva, precisamente, de este vaciamiento de valores.

En semejante circunstancia, este nihilismo valorativo mezclado con el hartazgo colectivo no atañe tanto a las consecuencias de la mutación civilizatoria sobre, por ejemplo, el sistema de representación; atañe, en cambio, a la tradición malsana, tan antigua y persistente, de la corrupción del poder. Lo que predicó Acton en su aforismo tantas veces citado: “El poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente”. A no olvidarlo, en estos pantanos valorativos surgen los salvadores de la patria, portadores de un remedio tan hiriente como la enfermedad. Esta es una luz roja que se ha encendido entre nosotros y que nos demuestra que tan importantes como los hallazgos científico-tecnológicos son los hábitos y costumbres del buen ciudadano. En eso estamos, no con el ánimo de recaer en unos pesimismos que son también ingredientes de la actitud nihilista, sino para retemplar los valores de nuestras repúblicas democráticas. Tal vez sea ésta la tarea más difícil e intrincada que tenemos por delante.

Rebeca Grynspan

Pregunto a los colegas que tenemos en el panel —y voy a ir primero con Albert Rivera— lo siguiente. Se ha hablado mucho aquí del centro, y tú, que eres una de las personalidades políticas más importantes hoy en día en España, que has formado un partido nuevo —hablábamos también de los partidos nuevos—, porque de alguna manera se ha roto ese bipartidismo en España, ¿piensas que de verdad el centro tiene posibilidades de fortalecerse en la dinámica que estamos viendo actualmente? ¿Cómo ves los grandes retos que eso tiene para un partido como Ciudadanos?



Albert Rivera

En primer lugar, quiero aprovechar para agradecer a todos los miembros del Círculo de Montevideo la invitación que me han hecho; especialmente al presidente Sanguinetti y a toda la gente que me ha invitado. Es un honor para mí, un aprendiz entre maestros, poder compartir este panel y escuchar voces tan autorizadas, de gente a la que admiro.

Dicho esto, y por polemizar desde el principio, quiero decir que discrepo con que hoy se solventen las respuestas –ya lo decía el presidente Duque– con las etiquetas de izquierda o de derecha. Creo que sí existen ideologías. Creo que la socialdemocracia es una ideología, que el liberalismo es una ideología, que los demócratacristianos son una ideología, así como los conservadores, los comunistas, los ecologistas. Hay ideologías, y eso es interesante. Yo me considero un liberal, una persona progresista, un constitucionalista en mi país, pero creo que los temas no se solventan solo con preguntas o respuestas de la izquierda o la derecha. Y por eso no creo que la verdadera batalla del siglo XXI, intelectual y política, sea entre socialdemócratas y demócratacristianos. De hecho creo que los socialdemócratas y los demócratacristianos, y los liberales en Europa –por ejemplo, en mi continente– han conseguido en cincuenta años grandes cosas, después de la Segunda Guerra Mundial, éxito tras éxito, hasta finales de los noventa, principios de los 2000. Pero la globalización ha transformado la sociedad. Si consumimos la música de manera distinta, por Spotify o iTunes; si trabajamos de manera distinta, si compramos de modo diferente –en un colmado o por Amazon–, si todo se está transformando, la pregunta es por qué la política no se va a adaptar a la globalización.

Por tanto, yo soy optimista. Si miro al mundo desde bastante altura, creo que estamos mejor que lo que estábamos, y estaremos mejor en un futuro. Soy optimista por naturaleza. El problema es que estamos en una transición, en una tormenta, en un momento delicado, en el que según las decisiones que se tomen se puede estar mejor o peor. Pero considero que la globalización ha traído cosas buenas. Nos ha dado oportunidades. Podemos viajar por todo el mundo; podemos convi-

vir, trabajar, convalidar títulos universitarios, empleos, aprender idiomas, etcétera, en todo el mundo.

Se hablaba de desigualdad. La hay entre los países, entre las clases de los países, pero hay menos desigualdad que antes. Hoy en día el mundo se está igualando, porque hay países emergentes que tienen menos desigualdad. Otra cosa es la desigualdad interna en una sociedad. Claro que hay desigualdad dentro de los Estados Unidos o en España: hay gente que ha caído con la crisis y esa clase media ha venido a menos. Pero los datos reales de pobreza no son los mismos que los que teníamos hace cuarenta o cincuenta años. Hay países que están emergiendo. Por tanto, yo creo que la globalización es una oportunidad para que la política también se transforme, y para que colaboremos aquellos que tenemos ideas –aun con matices distintos– y compartimos la batalla contra el verdadero adversario, contra el sarampión de la globalización, que son el populismo y el nacionalismo, que son dos caras de la misma moneda. Creo que es allí donde está la verdadera batalla.

Lo vemos en mi país, y en otros países también está surgiendo el mismo problema: vamos a tener que unirnos, los que creemos en una democracia liberal, con nuestros matices pero unidos, para combatir a los que quieren destruir nuestras instituciones o a los que quieren destruir nuestro país. Y no veo otro camino. Yo me veo más cercano a una persona socialdemócrata o a un demócratacristiano que a un populista; y soy liberal, pero creo que con ellos tengo más cosas en común. Comparto valores. Comparto los valores de la Ilustración, la separación de poderes, la Constitución, y comparto en mi continente el europeísmo. Por tanto, creo que podemos decir que más allá de izquierda, centro o derecha, la batalla intelectual y política hoy es precisamente a los que quieren, de una manera simple, liquidar nuestras instituciones.

En ese sentido, quiero poner encima de la mesa el debate que se ha abierto antes, porque considero que es fundamental entenderlo o intentar entenderlo para combatir esas ideologías. Para derrotar al populismo, la mejor manera es derrotar sus causas. Si nos pasamos el día criticando a los populistas pero no atacamos la

desigualdad, no mejoramos la educación, y el empleo sigue siendo precario —hay gente que pierde su empleo y no se recapacita para uno nuevo—, entonces, el populismo gana. Y si hay corrupción, el populismo gana.

Por tanto, vamos a intentar ir a la raíz del problema. El populismo es la consecuencia de los problemas de una sociedad. Hoy en día los ciudadanos tienen un equilibrio difícil entre sentirse protegidos y sentirse libres; entre sentirse de su tierra pero considerarse del mundo. Es decir, la identidad de la que hablaban antes. Entonces, no simplifiquemos tampoco. La identidad es respetable siempre que no vaya contra los derechos de ciudadanía de los demás. En mi tierra, por ejemplo, hay quien piensa que la identidad es el único patrón válido. Y yo creo que el patrón es la ciudadanía, los derechos de ciudadanía. Uno se puede sentir más o menos español o catalán o vasco, pero tenemos derechos compartidos gracias a una Constitución.

Por tanto, yo quiero ser optimista. Creo que estamos ante una tormenta complicada de gestionar, pero los valores de la Ilustración están vigentes. Y en esto quería detenerme para terminar este primer turno: en la emoción y la razón, a las que hacían referencia antes el presidente Fernández y el presidente González. Creo que nos equivocamos al hacer una dicotomía de la razón y la emoción. Todos —cada persona, y esto está estudiado— tenemos una parte racional y una parte emocional. Las mostramos más o menos. Decidimos en función de una u otra, pero todos tenemos una parte emocional y una parte racional. Si los que creemos en los valores de la Ilustración renunciamos a la emoción, nos ganarán los populistas. Son los maestros —es verdad— de la emoción, de las malas emociones, de los contravalores: frente a la libertad, imposición; frente a la igualdad, privilegio o egoísmo; frente a la unión, división. Eso es lo que hace el populismo.

Por tanto, creo que los valores de la Ilustración están más vigentes que nunca, pero a mí también me emociona la libertad. Yo cuando veo a la gente gritando «¡Libertad!», se me ponen los pelos de punta. Y eso ¿qué es? ¿Racional o emocional? Pues las dos cosas. Y cuando veo gente solidarizándose y apoyando a otra

gente, también me emociona. Y yo me pregunto: los que creemos en la democracia liberal, ¿vamos a dejarles las emociones a los que quieren destruir a la democracia liberal? ¿O vamos a utilizar las emociones para bien, para unir a la gente, para superar diferencias, para tener un proyecto común de país o de comunidad? Creo que hay que dar participación a la emoción, pero a la emoción para unir, no para dividir; a la emoción para dar libertad, no para quitarla; a la emoción para igualar, no para separar o para hacer personas de primera o de segunda.

Entonces, respecto de esto, si algo he aprendido en este tiempo y creo que en esta cuestión tenemos obligación los líderes —quienes tenemos mucho que aprender—, es cómo dar la batalla a los adversarios verdaderos de la democracia liberal, y no renunciar a esos instrumentos.

Los grandes partidos y las grandes ideologías del siglo XX han hecho cosas muy buenas, pero se tienen que reinventar o tienen que aparecer nuevas plataformas, nuevos partidos que recompongan esos espacios ideológicos desde la centralidad.

Por tanto, desde la humildad de compartir esto con otras personas, con otros partidos, creo que es ahí donde hay que dar la batalla, sin perder de vista y sin equivocarse de adversario. Insisto: el adversario hoy para mí no es una persona que me queda un poco a la izquierda o un poco a la derecha. El adversario hoy es quien quiere destruir mis instituciones, quien quiere liquidar mi país, quien no respeta los derechos constitucionales o quien quiere cargarse el proyecto común europeo. Esa es la batalla intelectual. Y a mi juicio, el debate entre Macron y Le Pen, en esa segunda instancia en la que hay un careo entre ellos, representa la batalla intelectual entre los valores de la Ilustración y los populismos. Si ustedes ven veinte o treinta minutos de ese careo, verán un debate intelectual y político entre dos figuras antagónicas, que representan dos modelos antagónicos para Europa. Y yo, desde luego, me quedo mucho más con los valores que defiende Macron.



Rebeca Grynspan

Gracias.

Querido Alberto: tú has sido un actor en la política española.

Hemos oído entonces esta defensa que hace Albert de la forma de convivencia que ha construido España y de cómo los partidos nuevos están defendiendo esa forma de convivencia, esos derechos, pero en un mundo nuevo. Ahora, en ese mundo nuevo también tenemos otros fenómenos contextuales que atentan, digamos, contra lo que Albert ha señalado. Y se ha referido también a la identidad. Hablamos poco de la identidad en el primer panel. Creo que hay que recuperar esa discusión: cómo construimos en el mundo de hoy identidades incluyentes y no identidades excluyentes.

Tenemos también el tema digital. El presidente Fernández habló de que cada uno de nosotros termina informándose o leyendo solo sobre aquello que fortalece lo que ya piensa. Tal vez lo digital no nos llevó, como creíamos inicialmente, solo a una gran comunidad mundial, sino que también hay tribalismo digital con el que tenemos que lidiar. Tenemos todo el tema de las *fake news*.

Entonces, Alberto, de lo que ves ahora, con la experiencia que has tenido y con el protagonismo que has alcanzado todos estos años en la política española, ¿qué es lo más te preocupa?

Alberto Ruiz Gallardón

Muchas gracias, Rebeca.

Déjame que antes de contestarte yo también dé las gracias. Porque todos nos hemos emocionado esta mañana con la intervención –maravillosa, como siempre– del presidente Betancur, dando las gracias al Círculo de Montevideo. Pero tengo que decir –y ahora voy a explicar por qué lo digo– que yo he tenido mucha suerte en mi vida, y que este ha sido un auténtico regalo. Cuando hace veintidós años el presidente Sanguinetti y el presidente González decidieron convocarme

a participar, no sé si con la idea de escorar un poco a la derecha al Círculo, que nació a lo mejor un poco más para el otro lado –luego las cosas cambiaron, presidente, y hay mucha más transversalidad de la que parece, como bien has dicho–, fue un auténtico regalo, que me ha servido muchísimo no solamente en mi vida política sino también en mi vida personal y en mi enriquecimiento intelectual.

Y digo esto porque, además de estar feliz con tu moderación y coincidir con Martín –creo que desde Viena, en aquella maravillosa reunión, no coincidía con él–, celebro mucho que se haya invitado a Albert Rivera a formar parte de esta sesión, y ojalá que forme parte de otras del Círculo de Montevideo. Creo que sin duda ha sido una decisión enriquecedora para nosotros, para el Círculo, pero también –y lo digo con toda la modestia del mundo porque yo aquí soy el último de todos– es una enorme oportunidad, Albert –yo la aproveché en su momento–, de rodearte de gente que personalmente descubrí que no solamente sabía mucho más que yo sino que además tenía la generosidad de compartirlo con aquellos que llegábamos. Y tenía la generosidad de intentar, a través de nosotros, que era a los que nos tocaba ejercer responsabilidades de Gobierno entonces, completar la labor que ellos habían iniciado antes. Por eso, el hecho de que una persona joven y con una enorme proyección política como eres tú y, lógicamente, llamado a ocupar responsabilidades muy importantes en nuestro país, en España, esté hoy aquí en el Círculo, creo que es una muy buena noticia para ti, pero también es una muy buena noticia, sin duda, para el Círculo de Montevideo.

Dicho eso, tengo que señalar que lamentablemente yo soy un poco menos optimista que lo que ha manifestado Albert Rivera. Coincido plenamente en el diagnóstico que él ha hecho, pero discrepo un poco con el pronóstico, quizá porque obviamente soy mayor y porque, como decía Felipe González, cuando ya has dejado la política, y la has dejado para siempre, puedes hablar sin que tus palabras tengan las consecuencias que tienen cuando estás en el ejercicio de un cargo público; o quizá porque me he equivocado tantas veces en los pronósticos, me he equivocado tantas veces pensando que los populismos, que las quiebras de aquellos va-

lores que nosotros pensábamos que eran irrenunciables no se iban a producir y después se han producido, que ahora tengo una actitud preventiva.

Recordarás, Rebeca, que en la reunión que tuvimos en Alicante, tuviste una intervención formidable, como todas las tuyas, donde nos dijiste una cosa que a mí se me quedó grabada, una frase. Dijo Rebeca Grynspan: «La democracia no es un dato». ¿Lo recuerdas?

¿Qué nos quiso decir Rebeca con eso? Bueno, pues que nosotros pertenecemos a una generación que ha vivido en democracia. Yo no tuve que batirme contra un régimen que no era democrático, como le pasó en España al presidente González, o como le pasó a mi propio padre, sino que yo prácticamente desde que empecé a hacer vida pública lo tuve todo regalado. Pensé que eso era una realidad, un dato, como dirías tú. Y eso, que lo valoramos y lo celebramos, ha tenido un efecto paradójico, y es que lo hemos devaluado. Hoy, en cualquier encuesta que veamos, cada vez son más los ciudadanos que sin sentirse contrarios al sistema democrático, como los populistas —que eso es otro peligro—, no consideran —y este peligro está al mismo nivel— que vivir en democracia sea un elemento esencial para su desarrollo vital y personal. No; para ellos hay cosas mucho más importantes, como puede ser su puesto de trabajo, su vivienda, su bienestar, su seguridad, o como pueden ser cualquiera de los tantos y tantos parámetros que buscamos los ciudadanos. Que eso se los dé una democracia o no, ya empieza a dejar de ser determinante. Y eso es muy grave. ¿Por qué? Porque eso es lo que hace que en estos momentos estén proliferando una serie de dictaduras blandas, de regímenes formalmente democráticos pero que realmente no lo son, y que no haya un sentimiento de protesta y de rebeldía. Es verdad —y hoy se decía aquí; lo decía el presidente González con toda la razón del mundo— que hay que ver las calles de Caracas, con la gente sufriendo y muriendo. Y ya no mueren solamente en las calles, sino que mueren en las dependencias judiciales, como solamente ocurre en las peores de las dictaduras. ¡Hay que ver a la gente intentando recuperar libertades que ha perdido en Managua o en tantas otras partes donde existen este tipo de regímenes políticos! Pero hay que ver también esa conformidad que estamos empezando a tener con la renuncia a principios básicos de nuestro propio sistema democrático.

Por eso yo te decía, querido Albert, que ojalá yo me equivoque —y tengo que decir que quiero estar equivocado y que tú tengas razón— y que tu generación y los que asumiréis esas responsabilidades políticas seáis protagonistas de que nosotros recuperemos nuestras certezas. Sin embargo, ¿quién nos iba decir —y al respecto se han hecho reflexiones importantísimas esta mañana—, después de la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo —como se ha señalado—, después de la caída del Muro de Berlín y de la caída de todas las dictaduras comunistas, que esa era una situación hipotéticamente reversible? ¿Quién nos iba a decir que después de alcanzar esos valores, esos derechos, eso que —no sé si con mucho acierto y tampoco sé si muy bien interpretado— Fukuyama definió como el fin de la historia, en el sentido de que esos logros eran irreversibles, íbamos a tener, desgraciadamente, sin alarmar y sin engañarnos a nosotros mismos, unos riesgos inmensos?

En la última reunión del Círculo de Montevideo solamente estábamos preocupados por los populismos de izquierdas, pero es que ahora ¡estamos preocupados por los populismos de derechas! Y ahí está el resultado de lo que ha pasado en Brasil. Ahí está que tenemos este domingo unas elecciones en Baviera, Alemania, donde a un partido neonazi, Alternativa para Alemania, hay encuestas que le dan hasta el 14% de los votos. ¡El 14% de los votos en Baviera, la cuna del nazismo para toda Alemania! Y está volviendo eso. Está empezando a ocurrir.

El otro día leía un artículo de Javier Cercas, que tenía una frase que me pareció lúcida y la anoté para expresarla aquí: «El populismo de hoy es la máscara posmoderna del totalitarismo de los años 30». Esa es la realidad. Y no podemos disimular. No podemos decir que lo de Maduro es consecuencia de las dificultades económicas y que hay que transitar y transigir porque ya se arreglarán las cosas, porque no se van a arreglar. Y no podemos pensar que se arreglarán las cosas cuando se hacen discursos abiertamente racistas después de todos los años que han pasado desde la Segunda Guerra Mundial, desde el Holocausto. Y no se hacen en círculos cerrados, sino que se manifiestan en público y en plena campaña electoral y no tienen consecuencias. Y se hacen por líderes que después tienen posibilidades de ser elegidos, y de ser mayoritarios entre su población.



Estas son realidades que están allí. Y entonces tenemos que hacernos dos preguntas, y advierto que desde mi punto de vista la segunda es peor que la primera. La primera es la lógica: ¿quién se va a imponer? En las sociedades que las nuevas generaciones van a protagonizar, en esa tensión globalizada pero localizada también, ¿se va a imponer claramente la democracia liberal en la que nosotros creemos? ¿O se van a imponer estas formas neopopulistas o populistas que desdibujan y disminuyen nuestros derechos y nuestras libertades?

Esa es una pregunta que resolverá la evolución de la realidad, pero la segunda pregunta –que es la verdaderamente grave y que condiciona la primera– es la siguiente: ¿estamos dispuestos a dar esa batalla? No digo ustedes y nosotros, que el solo hecho de que estemos aquí demuestra que al menos estamos preocupados, que no permanecemos en la indiferencia. Nosotros hemos sido políticos, y yo admiro la incorporación de los empresarios al Círculo de Montevideo, personas que han tomado la decisión de no pensar solamente en su actividad profesional, empresarial, o en el bienestar de su entorno personal y familiar, sino que han dicho que querían tener una responsabilidad, no de gobierno pero sí de generar un debate público. Pero el resto de la sociedad, ¿va a dar esa batalla? ¿Nos van a acompañar? ¿Os van a acompañar, Albert? ¿Os van a dejar hacer? ¿No os vais a encontrar solos? Y como tú bien has dicho: esto no es un problema de ideologías. Es que puede ser construido desde el centrismo, desde el socialismo, desde el conservadurismo –llamémosle como le llamemos–, pero hay una fuerza muy potente enfrente; muy potente. Y esto lo tenemos que saber.

¡Ojalá lo consigáis! Pero yo os digo una cosa. Hoy estamos peor que en la última reunión del Círculo de Montevideo. Y tenemos que ver cómo vamos a estar, presidente Sanguinetti, en la siguiente. Tenemos que ver qué va a pasar en estos aproximadamente doce meses de intervalo que tenemos entre una y otra. Porque si dentro de doce meses tenemos Gobiernos en Europa y en el mundo occidental que han roto radicalmente los valores que desde nuestras distintas ideologías motivaron fundacionalmente la constitución del Círculo de Montevideo, entonces ya de una situación de preocupación podríamos pasar a una situación de alarma.

Y termino, Rebeca, contestando con una anécdota la pregunta que me has hecho sobre los efectos digitales de las nuevas tecnologías –de lo cual se ha hablado mucho hoy también aquí–, los efectos de las nuevas redes, la pérdida de la influencia que los medios tradicionales de comunicación han tenido siempre, la pérdida de la convicción que teníamos antes de que cuando medios de distintas ideologías coincidían en algo era porque ese valor compartido iba a ser asumido por la mayoría. Eso ha sido sustituido hoy por la precipitación.

¿Dónde está el problema? Y termino contando una anécdota. Cuando Oscar Wilde visitó Nueva York por primera vez en su vida –entonces no había tenido los problemas que tuvo después; era un personaje muy reconocido y famoso, con todas las extravagancias que todos sabéis que tenía–, el alcalde de esa ciudad, pensando que era lo mejor que podía darle, le ofreció como homenaje que inaugurara la primera línea telefónica que comunicaba la Costa Este con la Costa Oeste de Estados Unidos. No recuerdo ahora si se iba a comunicar con Los Ángeles o con San Francisco, pero él estaba hablando desde Nueva York. Montaron para ello un gran show, un gran escenario, y cuando le invitaron a tener esa primera conversación vieron que le daba exactamente igual. Entonces, el alcalde le preguntó: «Señor Wilde: ¿no tiene usted entusiasmo por ser la primera persona en el mundo que habla de costa a costa en los Estados Unidos de América?». Y la respuesta de Wilde fue: «Depende de quién esté al otro lado del teléfono y de lo que me tenga que decir».

¿Qué significa esto? Que lo importante son los contenidos. Que la tecnología es instrumental, pero que lo importante son los contenidos: quién está al otro lado y qué me tiene que decir. Luego, por supuesto que prefiero hacerlo por teléfono y no por carta; y que prefiero hacerlo a través de Internet y no por teléfono. Y que prefiero hacerlo en una red compartida. ¡Por supuesto que sí! Pero no pensemos que tenemos perdida la batalla de la nueva tecnología solamente porque domina nuestras viejas formas de comunicarnos. La perdemos si no somos capaces de llenar de contenidos esas redes que demandan una inmensidad de información y de opinión.

«Quién está al otro lado del teléfono y qué me tiene que decir». Si ganamos esa batalla, poco importa que sea a través de palomas mensajeras o a través de la fibra óptica.

Gracias, Rebeca.

Rebeca Grynspan

Yo quiero provocar aquí un poco el debate, y enseña voy a dar la palabra a Martín para que se refiera a todo el tema internacional. Pero, con lo que has dicho —y yo estoy completamente de acuerdo con muchas de las cosas que has señalado—, ¿no estamos cometiendo nosotros el mismo error? Cuando pensamos que hay una crisis del orden liberal, ¿no se trata también de que nosotros hemos sido muy pedantes en no ver al otro en lo que el otro está pensando, está sintiendo? ¿No es cierto que los que votan por Trump o por Bolsonaro tal vez están sintiendo que nosotros los identificamos totalmente con aquello que están votando? ¿No los estamos también nosotros obligando a ellos a una reflectividad en su identidad, de la que no pueden salir? Porque los consideramos como parte de aquello que tenemos que combatir; es como combatirlos a ellos, contra nosotros, sin nosotros hacer el esfuerzo de ver qué es lo que está motivando esa reacción.

Aquí hemos hablado de temas muy importantes en términos del *New Normal*, de un crecimiento muy modesto de los perdedores y los ganadores de la globalización; del aumento de las desigualdades, etcétera. Todo eso está en la base, sin duda alguna. Pero hay estudios que muestran que el tema identitario, el tema cultural, ha sido muy importante en los resultados que hemos visto en las últimas elecciones.

En un estudio que acaba de salir de Pippa Norris, ella dice que para entender el *brexít* —y, si hubiéramos querido, predecirlo— hay que separar las poblaciones de menos de 50.000 habitantes, de las otras; que esa variable fue mucho más importante para entender el resultado, que tal vez otras que nosotros hemos visto.

Hillary perdió en Texas pero ganó en Houston. Es decir que hay aquí temas adicionales que nosotros he-

mos abandonado en términos de los valores de la gente, de lo que ella está sintiendo, o de los temores que tiene.

Un estudio de Brookings dice que los distritos que votaron por Trump son aquellos que tienen menos personas nacidas fuera de Estados Unidos; aquello de no poder tener espacios de interacción, espacios de conocimiento mutuo. La segmentación de la sociedad, tanto geográfica como en esa polarización política, ¿no está reproduciendo aquello que nosotros queremos evitar?

¿Cómo hacemos para tender esos puentes? Los dos panelistas hablaron de eso. *El Economista* acaba de sacar un artículo con una reflexión sobre liberalismo que a mí me parece muy importante. Habla de la actitud de las élites que estamos con la Ilustración. ¿No tenemos una reflexión que hacer sobre nosotros mismos en términos de los fenómenos que estamos viendo y que tal vez no entendemos en toda su magnitud?

Albert Rivera

Yo terminaba precisamente mi intervención hablando de ese aspecto de la razón y de la emoción; es decir, cómo conectar con muchos ciudadanos, sin juzgar si ha votado un 46% por un señor de extrema derecha en unas elecciones en primera vuelta en Brasil, o si Trump ha ganado en un país de inmigrantes como es Estados Unidos, o si Le Pen sacó más del 30%, o si en mi país Podemos sacó el 21%, o si Syriza ganó en Grecia.

Hay dos formas de abordar esta cuestión: despreciarla, despreciar a la gente que vota eso, o pensar qué ha pasado, qué ofertas no ha tenido, o qué relación no ha tenido con otras formaciones u otras ofertas para llegar a emitir ese voto.

Un día en que estábamos en una reunión de los liberal-demócratas en Europa, celebrada antes de un Consejo Europeo, a la que se invitó a partidos que no somos miembros pero estamos ahí —fue el día después del *brexít*—, vino un miembro de los Lib Dems ingleses, que son proeuropeos. Imagínense a ese hombre que va a una reunión de sus colegas europeos después de dejar



de ser miembro de la Unión Europea por la decisión del pueblo británico. Hizo una reflexión que me pareció maravillosa. Tomó la palabra —era un momento como de entierro para todos los que creemos en Europa, y para él era un drama— y nos dijo: «Yo ya no formo parte de este club. Es lamentable. Mi partido ha sido el más proactivo; el voto más proeuropeo ha sido el de los Lib Dems en aquella elección, en aquel referéndum, pero les digo una cosa: por favor no le cedamos la autocritica a los que quieren destruir Europa. La autocritica la tenemos que hacer los que amamos Europa». Es decir, si a los que quieren liquidar algo les cedas la crítica y les dejas que tengan parte de razón y tú te pones a la defensiva diciendo que todo va bien y que estás equivocado, puedes acabar perdiendo la batalla. Es una reflexión que a mí me marcó mucho y, desde entonces, siempre lo he pensado: los que creemos en la Unión Europea, los que creemos en la colaboración en Iberoamérica, los que creemos en esos valores de la Ilustración, nos tenemos que preguntar también por qué nos quitan la merienda o por qué pueden llegar a ganar partidos con planteamientos o discursos como esos.

Entonces, el ser humano tiene que conectar más con esa parte humana y no juzgar al que está votando una cosa u otra, sino seducirle con razón y con emoción; seducirle con esperanza y no con miedo. La batalla que hay hoy es entre miedo y esperanza. La esperanza de pensar que podemos ganarles, o el miedo a la globalización, a la pérdida de identidad, a la pérdida del empleo, a la pérdida de la casa, a los extranjeros. Entonces, esa es la batalla, y el miedo es un motor muy potente, pero les digo una cosa: la esperanza, si la juegas bien, es aún más potente. Pero hay que tener una estrategia.

Y yo pongo encima de la mesa otro debate para los que gobiernan o para aquellos a los que nos toque gobernar un día, y es cómo gestionamos una batalla global sin instrumentos globales. Por ejemplo, en cuanto al empleo, van a desaparecer millones de puestos de trabajo —lo hablábamos antes con el presidente Lagos—, pero van a llegar otros nuevos. Entonces, en esa batalla, en esa transición, los países debemos ponernos —incluso entre varios— a hacer esa capacitación, a que la gente tenga nuevas oportunidades, a decirle a un

taxista, a la cara, que seguramente va a desaparecer su puesto de trabajo. La obligación de un líder político, a mi juicio, no es mentirle, no es decirle al taxista que no se preocupe, que va a haber taxis siempre. Sería como decirle a un mecanógrafo que no se preocupara porque siempre va a haber máquinas de escribir. No; la obligación de un líder político es decirles la verdad. Mi obligación es tener un sistema de educación y de capacitación para que la persona pueda buscar otro empleo y se sienta protegida.

Esos son los debates que tenemos que abordar desde la política; y es verdad: haciendo autocritica desde dentro de la política. Y para los que sí estamos en activo, debemos decir que nos dedicamos a batallas muy pequeñas, cuando estas son las grandes batallas.

Cuando escuchaba al presidente Sanguinetti hablar de inteligencia artificial, me quito el sombrero ante una persona como él, que ha sido presidente de un país y que ya tiene alguna cana, pero que se está preocupando del futuro. Está hablando aquí de inteligencia artificial y no lo estamos haciendo en el Parlamento en el que soy diputado. Bueno, pues esa es una reflexión, una autocritica que debemos hacer. Los grandes desafíos por venir son apasionantes. Creo que tienen solución, pero necesitan coraje, valentía e incluso una voluntad de acuerdo con quien piensa distinto.

Ese es el reto, y entiendo lo que dice Alberto en cuanto a que es muy difícil. Tiene razón, pero la pregunta es: ¿nos queda otra? ¿O nos vamos a tapar para que nos pase el tsunami populista por encima, o el nacionalismo, o este tipo de políticas?

Yo creo que hay que dar la batalla. No sé si la ganaremos, pero que seamos conscientes de que hay que darla —que es lo que estamos haciendo aquí—, creo que ya es un paso.

Alberto Ruiz Gallardón

Esta mañana —contestando a tu pregunta— se ha hecho una distinción a mi juicio absolutamente necesaria entre liderazgo y caudillismo. Pero hay que decir una cosa aunque nos duela: si admitimos que hay líderes y caudillos, tenemos que reconocer que los líderes

no están ejerciendo liderazgo, pero sin embargo, los caudillos, sí. Además de ser caudillos están ejerciendo el liderazgo.

¿Por qué ocurre todo eso que ha descrito Rebeca? Porque nos falta liderazgo democrático. Porque quien ejerce liderazgo en la sociedad ahora mismo son los populistas, los que se atreven a salir a decir sus cosas, sus pensamientos, sus perversiones. Son directamente ellos. Y el liderazgo democrático —y tengo que decir que me ha encantado oírte, Albert, hablar con esa convicción— no sé si nosotros lo estamos ejerciendo con la misma contundencia y con la misma convicción.

Andrea Rizzi dice que si miras las ideas socialdemócratas, las ideas liberales y las ideas conservadoras, verás lo que más se puede parecer a un tanatorio. No llego a ese extremo, pero sí quiero preguntar dónde están los líderes. Por ejemplo, dentro de la izquierda, ¿dónde están hoy los González, los Schröder, los Blair, los Prodi? Y dentro de la derecha, hago un elogio encendido al liderazgo que en momentos muy difíciles ha demostrado una persona como Angela Merkel. Es admirable sabiendo el coste político que iba a tener para ella. Pero lo hizo porque sabía que tenía que hacerlo.

Ahora, yo me pregunto: ¿de verdad veis vosotros, dentro de la Alemania actual, una sucesión no digo de Angela Merkel sino de ese discurso de esa derecha democrática?

En el centro político del mundo liberal han surgido, sin duda alguna, voces nuevas y voces muy atractivas, como la de Macron. Vamos a ver, en el caso de Macron, qué coste político tiene, como siempre ocurre en estas cosas. O lo que le pasa a Macri en Argentina, al enfrentarse con la realidad y decir la verdad y hacer aquello que hay que hacer para deshacer la mentira que ha construido el populismo; es decir, el coste político que está teniendo por desmentir la mentira del populismo, de que no se pueden tener determinados precios y que cubran el 90% del coste. Al final le tienes que decir al ciudadano lo que le cuesta cada cosa. Ahora, ¿que eso tiene un coste político? Indudablemente que sí, que lo tiene.

Yo te contesto que creo que nuestros líderes políticos democráticos tienen que tener carisma, tienen que tener ideas, tienen que tener energía, tienen que tener valentía, tienen que ejercer ese liderazgo. Y ese liderazgo jamás puede sustituir a las ideas, pero la democracia nos ha demostrado que sin grandes líderes las mejores ideas se quedan ahogadas en el charco. Hacen falta líderes que las defiendan con convicción y que las lleven con ese entusiasmo al que tú hacías referencia. Eso es lo que creo que necesitamos, porque los que están en los extremos populistas —me da igual que sean de un color o de otro—, esos no tienen ningún reparo a manifestar. Y esos son los que salen a la calle, y eso —Albert Rivera lo sabe mejor que yo— lo hemos vivido en España. Aquellos que en nombre de la democracia han querido acabar con la libertad, rompiendo nuestros derechos y libertades, es decir, rompiendo nuestra Constitución, rompiendo nuestro país, sin embargo se pronuncian ante la opinión pública reclamando una legitimidad que no solamente no tienen sino que además no pueden justificar. Y muchos de nosotros —no este señor que tengo a mi izquierda, y tampoco el presidente González— no hemos respondido ni con esa fuerza ni con esa energía ante lo que era, desde la ruptura de España, una absoluta ruptura del sistema democrático en Cataluña, y desde Cataluña para toda España.

Rebeca Grynspan

Definitivamente, la convicción, ¿no? Pero la convicción de los principios, porque tenemos que buscar también nuevas respuestas.

Martín: ¿y el sistema internacional? Estuvimos ahora en la Asamblea de las Naciones Unidas, y desde ella oímos —más que nunca, probablemente— discursos de crítica, de escepticismo y de ataque, en algún sentido, al sistema y a la arquitectura internacional. ¿Qué podemos hacer nosotros desde las instituciones internacionales?

Martín Santiago

Muy buenas tardes.

Es una alegría integrar este panel. Es verdaderamente un privilegio, Alberto, el reencuentro. Asimismo



mo, es un gusto compartirlo contigo, Albert y, por supuesto, con Rebeca, con quien trabajamos juntos durante tantos años. Extiendo un saludo, cargado de admiración, a todos los miembros de Círculo, y cargado de reconocimiento al presidente Sanguinetti y al presidente Slim por la invitación que me han hecho.

Posiblemente voy a entrar en la dimensión internacional tratando de calificar lo que vengo escuchando durante toda la mañana, y simplemente lo que tengo son algunas observaciones desde la modestia y la humildad –porque se ha dicho casi todo–, pero procurando cambiar el curso de la construcción de la idea.

Creo que estamos discutiendo sobre una de las cuestiones más profundas de nuestro tiempo, y volveré luego al panorama de lo internacional, pero fundamentalmente porque considero que efectivamente estamos limitados de instrumentos. Pero si aplicamos la inteligencia a tratar de entender los nuevos tiempos, deberíamos seguramente increpar las consecuencias, y desde allí voy a tratar de partir con algunas reflexiones. Eso es lo que voy a intentar ahora, Rebeca, en esta invitación que se nos hace a traer hacia nosotros el arte de pensar.

Tal vez la conexión muy sencilla, el lugar común –yo hablo desde lo internacional, porque sería terrible hablar desde mi parcela, aunque posiblemente lo haré después– es que vivimos en un mundo que es interdependiente y que es globalizado. Aquí se ha manifestado de manera repetida, pero yo creo que eso significa que tenemos una dependencia mutua y que estamos compartidos. Y cuando empezamos a aplicar la tasa de aceleración sobre el cambio y la transformación de la que esta mañana nos han estado hablando –y efectivamente está sucediendo así–, vemos que estamos en un cambio de era. Usando entonces la lógica de las relaciones internacionales que se traslada también a lo individual, tendríamos que tratar de entender cuáles son las asimetrías, cuáles son realmente las complejidades de este nuevo fenómeno y, sobre todo, tratar de entender, si lo vemos desde el punto de vista de la política, cómo se gobierna esta nueva era. Esta, para mí, es una pregunta esencial.

Y, obviamente, si esto es así –y voy a lo que Rebeca decía al comienzo–, pues estamos en una sociedad líquida, es decir, en una sociedad que ha perdido la precisión sobre ciertas configuraciones, sobre ciertas formas, y donde esa tasa de aceleración que tiene el cambio nos lleva inevitablemente a la pérdida del reino de la certeza y a la realidad de esta incertidumbre que estamos enfrentando, que para mí tiene claramente tres traducciones o tres consecuencias muy sencillas, que se definen con palabras que también se han mencionado esta mañana: individualismo, miedo y desconfianza.

Estoy hablando ya de la estructura de valores, de esos hábitos y costumbres que determinan nuestro comportamiento, y ojalá que tengamos esa capacidad, presidentes, desde lo aristotélico, de pensarlo en la virtud, para que rijan verdaderamente el bien común. Se trata de esos valores que todos queremos construir.

Hablaba del individualismo, del miedo y de la desconfianza. Ahora los califico para luego ver algunas pistas que nos den tal vez perspectivas de solución.

¿Por qué menciono el individualismo? Porque estamos en una época marcada por el yo. Y esta retracción hacia uno mismo nos lleva –y lo estamos viendo en todas nuestras sociedades, y también Bauman lo ha expresado de manera muy clara– al egoísmo, al narcisismo, es decir, a la ruptura del vínculo con todo lo que compartimos. Pero esa es una situación en la que tal vez los parámetros del consumo nos llevan a entender filosóficamente qué es lo que está pasando en nuestras sociedades.

Lo segundo que he mencionado es el miedo. Y aquí voy a hacer una abstracción con alguna de las cosas que nos pasan. Los riesgos y las amenazas han sido mutualizados. Si estamos en esa sociedad de dependencia mutua y de todo lo compartido, lo que verdaderamente nos está pasando es que vemos que hay un mundo nuestro que se siente amenazado, y un mundo externo que es amenazante. Hemos desarrollado entonces estas identidades nacionales extremas. La existencia de la xenofobia, de la intolerancia y del odio hacia el otro radican en que nos sentimos amenazados por esas realidades que no entendemos.

Y ¿por qué hablaba de la simplificación? Porque este ámbito del temor nos lleva a la reconstrucción de los muros. No hace falta decirlo. En un país donde se están enfrentando con esa realidad, la metáfora del muro verdaderamente nos describe esa sociedad en la que nos sentimos amenazados por algo que no entendemos en su propia dimensión.

Y en tercer lugar yo hablaba —y esto es Rosanvallon— del tema de la desilusión, del desencanto que tenemos en relación a los ideales que nos prometieron de esa vida compartida, de esos regímenes democráticos en los que todos aspirábamos a la libertad y a la igualdad. Efectivamente tenemos malestar en la democracia, pero creo, Rebeca, que todavía no lo tenemos con la democracia. Hay un reclamo, y cuanto más podamos corregirla, mejor será nuestra democracia. Es bueno que la cuestionemos.

Pero vuelvo al tema de la desconfianza. Para mí hay un hecho absolutamente fundamental que creo que no se ha considerado suficientemente, y luego, cuando veamos las pistas, podremos entenderlo. Estas democracias asediadas por la desigualdad, para nosotros tienen un problema muy serio y muy grave, que es la ruptura del vínculo. Siempre habíamos pensado que teníamos esa triangulación —llamémosle así— entre Estado, mercado y sociedad, pero, tristemente, lo que estamos viendo en el día de hoy es que ese pacto fundante que tenían nuestras sociedades, que es el contrato social, está claramente erosionado, dañado. Y creo que es importante que lo repensemos desde el punto de vista de cuáles serían las búsquedas necesarias para la creación de estos escenarios de futuro que a todos nos gustaría, fundamentados en unos valores que nos ayuden a pensar en eso compartido que realmente persiga el interés general.

Concluyo con dos parámetros completamente distintos desde el punto de vista de lo que serían los regímenes y las categorías inmanentes, que yo creo que no deberían ser discutibles. Deberíamos pensar en perfeccionarlas.

Aquí se ha hablado mucho de la recuperación de la política. La política, Felipe, ¿se ha ido? Lo que está es vacía de contenido. Lo hemos estado recordando

durante muchos de estos encuentros del Círculo de Montevideo. Es una política que ya no representa ni da respuestas a las demandas de los ciudadanos. Es una política que está asediada por la corrupción y el clientelismo; y es una política, además, que ha perdido el nexo, la ligazón de la representatividad entre aquellos que pensábamos que eran los elegidos, y que nos representaban, y aquellos que sentíamos en la democracia esa aspiración de ciudadanía.

Pero, de nuevo, la política para mí es un parámetro que habría que recuperar, pero necesita un correlato —y no hemos hablado suficientemente de eso—, que es el Estado. Aquí se ha hablado sobre la institucionalidad, pero yo considero que pensar en una institucionalidad, en un Estado inteligente para el siglo XXI, es un hecho absolutamente esencial.

Yo no voy a entrar en detalles, porque estamos escasos de tiempo, pero esto me lleva de nuevo al vínculo entre estas tres cosas que he mencionado y que hay que tener en cuenta para recuperar esa noción de aspiración democrática, de construcción de ciudadanía que todos tenemos, y no solamente de régimen electoral.

Es necesario recuperar la política con un Estado verdaderamente efectivo, que permita tener una institucionalidad; pero sobre todo que ese Estado reconstruya ese nexo absolutamente fundamental con el mercado. Y lo que tenemos es una economía que, de la misma manera —y tal como lo hemos estado viendo—, no responde a mi juicio a la cuestión máxima, que es la de ser una economía para las personas, es decir, una economía en la que el bien público, en la que esa reconstrucción del vínculo —hablábamos del contrato social— nos dé ciertas garantías de protección, oportunidades razonables —aquí se ha hablado de la destrucción del empleo y hay que buscar soluciones al respecto—, y mecanismos adecuados de redistribución. Pero, para mí, lo más trascendental de todo es que verdaderamente responda a los intereses de las personas.

Para terminar, dejo cuatro titulares con respecto a los valores, y luego voy al tema internacional.

Quiero ocuparme, aunque solo sea un minuto, del tema de la recuperación del humanismo. Ojalá que ese



humanismo esté basado en unas categorías que para mí son esenciales, pero que tienen que ser repensadas no solamente desde el punto de vista de la libertad y de la igualdad, sino también desde la solidaridad. Que tiene que estar fundamentada en la singularidad, la reciprocidad y el sentido de comunidad, así como en el hecho –para mí esencial, Rebeca, y con esto termino– de la responsabilidad colectiva. Solo hay que ver la Asamblea General de Naciones Unidas. Hemos sido incapaces de generar un discurso que represente que estos problemas, que son globales, necesitan acciones concertadas.

Pero vuelvo al tema de la responsabilidad colectiva. Y voy a referirme al sentido de los límites. Hemos perdido el sentido de los límites: el límite armonioso con el planeta, el límite armonioso con los demás –aquí se ha expresado de muchas formas–, y lo más importante: el límite claro que tenemos que tener con respecto a las aspiraciones y a los derechos de las futuras generaciones. La solidaridad intergeneracional me parece que es el elemento esencial de esta agenda de sostenibilidad que queremos para el siglo XXI.

Rebeca Grynspan

Alberto: ¿querías decir algo?

Alberto Ruiz Gallardón

Brevemente, desde la más absoluta conformidad con tu discurso, quería introducir un elemento de complejidad con una anécdota referida a algo que ocurrió ayer, Albert, en el Parlamento.

Ayer se reunió una comisión conjunta de Congreso y Senado –y a pesar de que me he ido del Congreso lo sigo con mucho interés–, para hablar de ciberterrorismo, y compareció un coronel de la Guardia Civil, muy serio, del que tengo referencias extraordinarias, y dijo cosas muy, muy preocupantes. Esa reunión era a puertas abiertas, por lo que se puede contar. Dijo que había un riesgo crítico de un ataque ciberterrorista en España y en Europa; que se esperaban acciones de gran impacto y que los efectos podrían ser impredecibles. Eso es muy alarmante para la población.

En ese momento los diputados, no sé de qué partido, le señalaron que entendían que el Estado les garantizaría una defensa efectiva frente a los ataques ciberterroristas. Y esta fue la respuesta del coronel: «Señor diputado: el Estado solamente controla el 20% de las infraestructuras. El 80% de las infraestructuras está en manos del sector privado».

¿Por qué introduzco yo esta cuestión? No estoy pidiendo, de ninguna manera, que dejen de estar en manos del sector privado, entre otras cosas porque perderíamos toda la eficiencia. Lo que estoy diciendo es que ese sector privado que controla el 80% de las infraestructuras que son susceptibles de ataques cibernéticos tiene ya responsabilidades de Estado. Aun siendo empresas privadas, tienen responsabilidades de Estado. Tienen la responsabilidad de compartir su información, de compartir su prevención, de hacerlo conjuntamente con las instituciones públicas, para que los ciudadanos estemos tranquilos.

¿Por qué digo todo esto? Porque todo se ha complicado mucho. Lo que a lo mejor hace quince años el Estado nos podía dar y nos podía resolver, hoy no nos lo puede dar. Y no podemos volver, de ninguna de las formas, a una idea de que todo tenga que estar en manos del Estado. Pero esto que decimos de la seguridad, lo podríamos decir también de la educación, de la sanidad, de las políticas asistenciales. Es decir que hoy el Estado es un actor determinante y probablemente tiene que ejercer el liderazgo, pero un Estado que le dé la espalda a la sociedad civil, que no entienda que el sector privado es determinante del éxito del funcionamiento de la propia sociedad, será un Estado necesariamente destinado al fracaso.

Albert Rivera

Yo creo que el Estado es un invento magnífico del hombre, pero es un invento básicamente para dos funciones: para garantizar derechos y libertades y, en ese contrato social, para recaudar dinero a cambio de servicios.

Y otro de los temas que debemos abordar –lo decía Iván Duque antes y estoy muy de acuerdo– es que las

nuevas tecnologías también pueden revolucionar ese Estado inteligente.

Vino hace poco, a una escuela de verano que hicimos en Ciudadanos, un hombre magnífico; una persona joven, de 34 o 35 años, neurólogo, español, y nos dio una lección de cómo, por ejemplo, *Big Data* puede salvar vidas con la información agregada que puede tener un sistema sanitario anónimo, protegiendo libertades, protegiendo anonimato.

Hoy quiero un Estado inteligente que sepa qué posibilidades tengo de sufrir un infarto, qué posibilidades tiene una mujer de tener o no un hijo, qué probabilidades tiene una persona de morir de determinada enfermedad, si es alérgica, etcétera.

Las nuevas tecnologías pueden verse como amenaza, pero si las gestionamos bien, son poderosísimas. Tener un servidor único en un Estado, en vez de tenerlos repartidos, ¡la de dinero que puede ahorrar! Son muchas las utilidades de las nuevas tecnologías en la sanidad, en la educación, etcétera.

Entonces, cuando yo decía que era optimista, no me refería a que no fuera consciente de todos los riesgos que tenemos; pero digo que si me ponen delante todos los instrumentos que tenemos para transformar el Estado, para mejorar las políticas de capacitación y educación, para conectarme en el mundo, para poder tener oportunidades con un tratado de libre comercio y vender mis productos en la otra punta del mundo, ¡eso es maravilloso! Vivimos en un mundo maravilloso. Solo hace falta que quienes defendemos esos valores tengamos el coraje, la capacidad y la inteligencia de ir por el camino adecuado, y de convencer y seducir a la población. Claro: el despotismo ilustrado estaba muy bien, ¡pero no te tenían que votar! Me refiero a que está muy bien tener grandes ideas ilustradas, pero luego tienes que ganar elecciones para poder gobernar y llevarlas a cabo.

Entonces, es un debate muy interesante. Los que somos o hemos sido candidatos sabemos que eso también condiciona. ¡Claro que condiciona! Porque tienes que convencer al ciudadano, y está bien que le tengas que convencer, pero por eso digo que utilicemos todos

los instrumentos de comunicación también, igual o mejor que los populistas, para lograr eso.

Alberto hace una reflexión muy interesante. Para decirle la verdad a un ciudadano, tienes que tener mucho coraje. Imaginemos que se trata de alguien que va a perder su empleo. Hablo de un minero, por ejemplo, en España. El presidente González sabe lo que es la reconversión en nuestro país. Gobernó, y lo hizo con coraje. Y ahora seguramente lo de los mineros nos pasará con el transporte o con otros ámbitos. Pues habrá que decir la verdad y señalar: «Mi obligación es protegerle a usted y ofrecerle una oportunidad de trabajar en su país». Creo que ese es un debate muy interesante para los que somos o hemos sido candidatos. Porque una cosa es la teoría, pero luego hay que convencer al ciudadano, lo que, como decía Iván Duque, es democracia diaria. Como tengas un resbalón, estás fuera. Y no es que estés fuera de tu carrera política, que es lo de menos; es que no puedes transformar tu país. Por tanto, tienes una responsabilidad, si quieres transformar tu país, de no resbalarte y de atender cada día a los ciudadanos. Entonces, hay que combinar esa teoría de la transformación con el día a día de la gestión de un político que tiene que llegar a gobernar. Y gobernar bien, y hacerlo por un tiempo para poder transformar la sociedad. Me parece que es una reflexión que también hay que introducir, porque si no, nos quedaremos en la teoría de preguntarnos por qué hacen determinadas cosas algunos políticos y por qué algunos ciudadanos votan a esos políticos.

Bueno, quizás hay que adentrarse un poquito en las causas o tener el coraje de cambiar las reglas de juego para poder hacer las cosas de otra manera.

Rebeca Grynspan

Esto me da la oportunidad de entrar en este otro tema.

El próximo año se cumplen 100 años de la OIT y, por lo tanto, hay un montón de comisiones que están hablando sobre el futuro del trabajo o el trabajo del futuro, o como queramos verlo. Yo estoy en una comisión que formó la OIT, precisamente para pensar sobre cómo va a ser ese mundo que viene.



Una de las cosas interesantes es que se ha puesto mucho énfasis en que va a haber una pérdida de empleos, y hay muchos que han hecho números sobre cuántos puestos de trabajo se van a perder, o cuántos van a ser sustituidos por la automatización, etcétera, etcétera. Y estoy de acuerdo con Carlos Slim en cuanto a que todo se ha exagerado en el lado negativo de esta nueva transformación.

Yo no creo –todavía nadie me ha convencido de ello– que esta cuarta revolución industrial sea totalmente distinta a las otras, en el sentido de que si hay disrupción en el largo plazo no necesariamente tenemos que ir a un desempleo estructural excepcional; el querido presidente Lagos se refirió también a esa cuestión. Yo no estoy convencida entonces de eso. Más aún: los países donde hay más robotización no son aquellos en los que hay más desempleo. Lo que sí parecería es que todos los estudios apuntan –porque en los números no hay acuerdo– a que la desigualdad ha aumentado y tiende a aumentar. O sea que tenemos un problema con la desigualdad, y con la posibilidad de que nuestros sistemas democráticos efectivamente puedan soportar unas desigualdades que crecen sin que hagamos nada para evitarlas.

Ahora, en ese escenario hay también un problema de la organización de los trabajadores, o de la voz de los trabajadores para poder tener una conversación social distinta con el sector privado y con los distintos sectores de la sociedad. ¿Por qué? Porque obviamente no estamos frente a un mundo donde lo que va a haber es aglomeración en un mismo lugar de trabajo. Va a crecer muchísimo más lo que es el trabajo desde la casa, o los trabajadores desde plataformas digitales o desde la cuenta propia, y eso requiere otro tipo de organización para la participación democrática en las decisiones de esos sectores de trabajadores.

Entonces, tenemos varios problemas en términos de la representación institucional. Y yo me pregunto: ¿tenemos en la democracia incentivos suficientes para pensar en el largo plazo? Porque yo también soy optimista. Efectivamente creo que podemos hacer cosas para que el resultado de esta nueva revolución industrial no sea la condena de que terminemos en un lugar peor. Creo que sí podemos hacer cosas para bajar

las desigualdades, para tener organizaciones distintas, pero también entiendo que eso requiere de visiones de largo plazo en la sociedad. Y mi pregunta es cuáles son las instituciones democráticas que nos permiten los incentivos suficientes para pensar en el largo plazo.

Tenemos ese problema también en las empresas. Muchas veces pensamos que los accionistas de las empresas iban a ser el factor que balanceara el corto plazo con el largo plazo; que iban a tener una visión de largo plazo. Pero con la compra y venta de acciones en el muy corto plazo, no necesariamente tenemos en las empresas abiertas la posibilidad de decir que contamos con un sistema institucional de incentivos para el largo plazo.

¿Cómo hacemos para resolver este dilema? ¿Cómo hacemos para que las decisiones que hoy tenemos que tomar y que tienen efecto en el largo plazo se las cobren al Gobierno que no las tomó hace diez años y no al gobierno que tiene que sufrir esas consecuencias dentro de cuatro? En mi país decimos que el problema con los Gobiernos para el largo plazo es que alguien se come la piña pero es al otro al que le duele la panza.

Bueno, ¿cómo hacemos para poner esos incentivos de largo plazo y poder tener esa conversación? Porque claro que tenemos que pensar en nuevas respuestas. ¡Y claro que hay soluciones para que ese no sea el resultado! Pero para ello tenemos que cambiar la conversación en la sociedad, con todos los actores, pero con vistas a largo plazo. La debilidad de los partidos debilita también el diálogo, la conversación, la propuesta de largo plazo.

¿Cuáles son las alternativas que tenemos?

Alberto Ruiz Gallardón

Tres apuntes muy rápidos.

En primer lugar, estoy convencido de que –como siempre ha ocurrido– la cuarta revolución industrial será una nueva oportunidad. Estoy absolutamente convencido de que sin duda traerá riesgos y algunas consecuencias difíciles; pero que será una nueva oportunidad. ¿Que algunos paradigmas van a cambiar? Pues

es evidente. La robotización va a cambiar muchas de las grandes realidades económicas en estos momentos. ¿Por qué? Porque lo que va a hacer es acercar la producción al consumidor. En estos momentos lo que se transporta son materias primas o materia manufacturada, o personas, o información. Son los cuatro grupos en los que podemos dividir el transporte. Es evidente que cuando los costes laborales no sean un elemento competitivo para desplazar la producción, porque esa producción ya no va a tener un coste en salarios sino un coste exclusivamente en tecnología, lo que se hará será acercar los centros de producción allí donde esté el consumo. Y entonces los transportes serán fundamentalmente de materias primas, y mucho menos de materias manufacturadas. Eso es obvio que va a ocurrir; y probablemente va a ocurrir muy pronto, porque la robotización es algo que está ahí. Pero ¡jojo! Estoy convencido de que eso nos va a dar nuevas oportunidades.

El tema de la desigualdad por supuesto que tiene que ser una bandera que todos tenemos que asumir, pero no solamente por razones electorales sino por razones éticas. Pero cuidado también de no caer en la demagogia. Porque si me dicen que una sociedad es igualitaria porque en la escala de 1 a 10, los ciudadanos están todos muy cerquita, entre el 2 y el 3, y que es terrible una sociedad desigualitaria porque los mínimos están en el 5 y los máximos en el 10, yo prefiero la segunda. Es decir, no caigamos en el igualitarismo, porque si nos van a igualar a todos hacia la baja, para empobrecer a toda la población, no es ese el camino adecuado.

Y una tercera reflexión que me gustaría trasladar, sobre la que algo se ha apuntado aquí.

Por supuesto que organismos internacionales y que la globalización obligan a pensar de una forma distinta y superada. Dicho eso, creo que si los partidos políticos estamos en crisis –milito pero ya no hago vida política–, y es verdad, hay una institución que está infinitamente más en crisis y que sin embargo no tiene los focos mediáticos puestos para amplificarlo de esa manera. Me refiero a los sindicatos. Estos se han quedado como estructuras absolutamente obsoletas dentro de lo que es la economía y la sociedad del siglo XXI, y siguen haciendo lo mismo que hacían en el siglo XX y, muchas veces, lo que hacían en el siglo XIX.

Uno de los muchos fracasos que he tenido en política es que cuando estaba en la Comunidad de Madrid intenté convencer a las centrales sindicales, no de que dejaran de hacer reivindicaciones, que por supuesto ese es su papel y lo tienen que hacer, sino de que extendiesen su actividad; de que la verdadera forma de ser útil a los trabajadores era convertirse en entidades de prestación de servicios: asistenciales, legales, e incluso materiales, como pueden ser los que tienen que ver con cooperativas de vivienda, actividades de ocio, etcétera. Ahí es donde tenían los sindicatos un recorrido de encuentro con muchas de las necesidades de los trabajadores, mientras seguían haciendo el papel que nunca deben de dejar de hacer; jamás les pediría eso. Pero si solamente se dedican a la reivindicación frente a los poderes públicos o frente al sector empresarial, riámonos de las crisis de los partidos políticos, porque dentro de unos cuantos Círculos de Montevideo estaremos hablando de dónde están los sindicatos.

Rebeca Grynspan

Solo quiero señalar que ninguno de nosotros, cuando habla del crecimiento de las desigualdades, por lo menos en este recinto, está pensando en el igualitarismo, ni tampoco en que seamos iguales en esfuerzo. El trabajo, la disciplina personal, tienen que ser elementos fundamentales.

Alberto Ruiz Gallardón

Yo me refiero, Rebeca, a lo que te puede engañar una estadística, porque cuando se dice, por ejemplo, que el país ha crecido determinada cantidad de puntos en cierto tiempo, pero ha aumentado su desigualdad, lo que tienes que hacer es ver dónde están ahora los de abajo. Porque si los de abajo han subido de 2 a 5, yo no voy a ser quien proteste porque los de arriba hayan subido de 6 a 10.

Rebeca Grynspan

Pero, perdón, Alberto –y aquí estaría muy bien que todos entráramos en la discusión–, sin duda alguna hay un tema de la pobreza extrema y de la pobreza, que es una primera tarea. Yo no tengo ninguna duda de eso; pero la sociedad está siendo más intolerante a las



desigualdades injustas. Y hay desigualdades injustas. Las hay. No todas las desigualdades son producto de diferencias de lo que cada uno de nosotros quiere. Respecto de las desigualdades injustas, yo les puedo asegurar que parte de lo que estamos viendo es esa idea o esa emoción que tiene la gente –veámoslo de ese lado, como lo decía Albert– en el sentido de que no las quiere, no las tolera, y cree que están reproducidas por la élite política.

Albert Rivera

Creo que parte del fenómeno del populismo, del que hablábamos, y de los riesgos de la democracia liberal, tienen que ver con esta transición, con esta revolución en este caso tecnológica, pero sobre todo con una clase media venida a menos. Donde hay una clase media fuerte, donde hay instituciones fuertes, difícilmente va a haber un Gobierno populista. Por tanto, cuando se debilitan las instituciones o las expectativas o las oportunidades de la clase media es cuando tienes el caldo de cultivo para que crezca el populismo. Quiero decir que la batalla preventiva de una sociedad debe ser considerar y no olvidar nunca a esa clase media, que es la que sustenta al Estado, la que paga impuestos, la que tiene el pacto fiscal con el Estado. Y yo creo que ahí es donde está el problema en lo que estamos viviendo.

En las sociedades acomodadas, en las sociedades avanzadas, la clase media ha perdido poder adquisitivo. España es un ejemplo. Somos un país próspero, pero es verdad que en la clase media se ha perdido poder adquisitivo. En España debatimos ahora las pensiones, y la realidad es que quien más ha perdido no es el pensionista sino el trabajador, que ha precarizado su empleo; que trabaja por menos dinero diez años después, y con temporalidad y precariedad laboral. Ese es el problema y la causa del populismo.

Que un joven acabe con 25 años sus estudios y haga una carrera, un máster, dos, y trabaje por menos dinero y contratos de seis meses y luego otra vez a la calle y, quizá, no encuentre empleo, eso es carne del populismo: gente desencantada porque su país no le da oportunidades. Gente que ha hecho los deberes, ¡jojo! Que se ha formado, que se ha preparado, que ha hecho

lo que le decían que había que hacer; que no ha hecho nada mal. O un empresario que ha tenido que cerrar por la crisis y que no ha hecho nada mal; simplemente la realidad le ha pasado por encima.

Entonces, creo que hay que atender más a esas clases medias, que a veces son la gallina de los huevos de oro, y eso se olvida. Y ahí está el caldo del populismo. Los votantes de Trump no dejan de ser clase media venida a menos. Y eso lo vemos en cualquier país. En Francia ha pasado, y en España de alguna manera ha pasado. Quiero recordar, por ejemplo, que un millón de votantes que votaron a Rajoy en 2012, en 2015 votaron a Podemos. Fijaos hasta qué punto hablamos de ideologías. Votaron a Rajoy, y luego un millón se pasaron a Podemos. ¿Se han vuelto locos? ¿Se han pasado a la extrema izquierda? No; no es un problema de extrema izquierda, ni de derecha ni de conservadores. Es que a lo mejor han perdido su empleo; a lo mejor trabajan por menos dinero; a lo mejor los ha mosqueado la corrupción; a lo mejor han perdido su casa o han tenido que cerrar su negocio. Por eso digo que el tema es más complejo que el análisis ideológico de izquierdas o derechas, que no tiene nada que ver en todo esto.

Y finalmente una reflexión también desde la inmediatez. El profesor Marina, que es un pedagogo español reflexionaba sobre la inmediatez en la educación. Decía que antes estudiábamos –y yo me puedo incluir todavía entre ellos– para encontrar un trabajo a veinte años; eso es lo que nos decían. Estabas estudiando con cinco o seis añitos, y la motivación era que tenías que estudiar y hacer los deberes para tener un porvenir y encontrar un trabajo. Bueno, nos lo tragamos bastante, ¿no? Pero, claro, con las nuevas tecnologías –decía– los chavales de hoy –lo veo en mi hija, que tiene 7 años– piensan en un instante, piensan en un click. Entonces, decirle a alguien que piensa en un instante, a una sociedad de instantes, instantánea, que piense de aquí a veinte años, es complejo. Tenemos que hacer un trabajo en valores desde la educación, para pensar que el esfuerzo que haces hoy quizá reciba su compensación de aquí a veinte años. Nos parecía normal antes, y ahora, con la inmediatez, no. Y en política, igual. Estamos ahora dando el debate sobre los coches autónomos, los taxis, los Uber, los Cabify, pues aún no hay una mesa de debate de conversión de un sector, el del

transporte, en el que nadie tiene la solución absoluta y habrá que hacer concesiones, negociaciones. Pues no se está abordando ese debate, por ejemplo, en España, como en otros países, por el miedo a cuántos votos va a perder quien apoye esto o lo otro, quien castigue esto o lo otro, o a si va a haber una huelga o no.

Entonces, creo que el coraje político en este caso tiene que ser –incluso jugándote perder; sobre todo quien gobierna, porque el que no gobierna tiene más complicado el transformar– el de decir: bueno, voy a gobernar cuatro años, y si me echan, pues me han echado; y si no, pues habré intentado hacer lo que yo creía que había que hacer. Yo no he gobernado nunca; por lo tanto, no tengo la experiencia que tienen todos estos señores aquí delante. Pero veo algunos señores aquí delante que sí tuvieron el coraje de hacer algunas reconversiones, que sí tuvieron el coraje de transformar algunas cosas, y algunos repitieron mandatos. Entonces, aprendamos también de cosas buenas. A veces tenemos ese miedo de la inmediatez, y a lo mejor hay que hacer más pedagogía, hay que comunicar mejor y seducir también a los ciudadanos en esa lógica.

Martín Santiago

Voy a tratar de ser muy sintético respecto de los dos temas; en primer lugar, respecto del tema de la desigualdad, porque me parece un camino demasiado transitado. Efectivamente es un fenómeno global indiscutible; en primer lugar, por los niveles de concentración y de disparidad de distribución que estamos viendo, y en segundo término, porque verdaderamente es una de las fuentes –no voy a entrar en lo que ya he dicho– de la erosión básica de ese pacto fundacional que tenemos en nuestras sociedades, que es el contrato social, y pone en riesgo muchas de las cosas que hemos dicho.

¿Qué se puede hacer? Es obvio. Yo, Albert, discrepo un poco porque desde nuestra opinión –y ahora sí también saco un poco la mirada de lo internacional– lo que fundamentalmente tratamos nosotros de ver es dónde están esas disfuncionalidades que tienen nuestros Estados, o esas barreras que tenemos visibles en nuestras sociedades, que niegan derechos y generan dinámicas de exclusión y de discriminación.

Para nosotros es fundamental, y lo que hacemos es tratar de mirar a quienes están más atrás; es decir, tratar de focalizarnos en esa gente que efectivamente se está quedando atrás. Yo no voy a entrar en los temas macro, pero efectivamente vemos también que hay una pérdida notoria, histórica, de las rentas de trabajo con respecto a las rentas de capital. Pero esas son otras cuestiones que nos llevarían a lo macro. Yo hablo desde el punto de vista del instrumental de la política pública, que además requiere un ejercicio claro de que esto se coloque como uno de los elementos prioritarios de la agenda de Estado de nuestros países.

Evidentemente –y también lo he dicho antes–, es el tema de entrar en esos matices de nuestros mecanismos de protección social, que yo creo que son fundamentales, donde veamos no solamente las oportunidades relativas hacia el empleo, sino también los mecanismos del Estado para proveer en equidad y con calidad servicios sociales básicos.

Es el tema de las políticas redistributivas, respecto del cual no hay absolutamente ninguna discusión en el sentido de que tenemos que avanzar de manera distinta, incluso desde el ámbito de lo global.

Es el tema de la educación y, fundamentalmente –y esto lo he dejado porque lo vínculo con el segundo tema–, es la gran revolución que vamos a tener en el mundo del trabajo. Quiere decir que tenemos que pensar en una sociedad postrabajo, y lo vínculo con el tema de lo que decías de esa incapacidad, de esa cobardía que estamos teniendo con respecto –lo diría Machado– no al futuro, sino a lo que está por venir. Y lo que está por venir son oportunidades, pero en el corto y mediano plazo la transición no va a ser fácil. La inteligencia emocional, la robotización, la automatización van a generar unas dinámicas completamente distintas.

Y concluyo con tres ideas, tratando de ponerme del lado del optimismo respecto de cómo podríamos mirar este ámbito.

En primer lugar, creo que lo más importante en el corto plazo –y lo estamos viendo en nuestras sociedades– es que hay un tema de regulación. Realmente tenemos ahora algunos conglomerados que están en



plataformas digitales, que están reconfigurando o invisibilizando lo que son las oportunidades de trabajo. Amazon vende libros sin tener libros. Uber provee servicios de taxi sin tener taxis. Es decir, hay una reconfiguración de esas relaciones laborales sobre la que nosotros tenemos que pensar en este ámbito. Y el tema de las regulaciones es para mí absolutamente claro.

En segundo lugar, tenemos que empezar a pensar en el tema del liderazgo. En las escuelas de negocios en las que he estado, te enseñaban que hay tres cuestiones claves cuando te enfrentas a un problema.

La primera es anticipar el futuro. Al respecto, creo que tenemos que tener claridad sobre la complejidad del problema y tratar de entender todos sus matices.

La segunda es tratar de promover el cambio, y necesitamos un cambio en el ámbito de las nuevas relaciones laborales que vienen.

Y la tercera, y esencial, es tratar de generar un diálogo para que las respuestas sean –ojalá, en la medida de lo posible– construidas por las distintas personas que tienen diferentes responsabilidades. Es decir, creer en las personas para buscar soluciones colectivas ante problemas que son complejos en nuestras sociedades.

Agrego finalmente el tema de las políticas de empleo. Tenemos que repensarlas completamente. Y todo esto podría creerse que es en el ámbito de las relaciones laborales, pero yo concluyo con un tema que para mí es el esencial: el tema del impacto; es decir, cuál va a ser el impacto de todo esto.

Me ha gustado mucho que el presidente González nos haya hecho ese esbozo, que se ha quedado como una conversación inacabada. Reitero: cuál es el impacto. Porque, inevitablemente, este mundo de nuevas relaciones laborales al que vamos tiene un impacto social, tiene un impacto político y va a socavar algunos de los cimientos de la capacidad de administrar nuestras sociedades, que es, en definitiva, la gobernabilidad. Y va a tener serias consecuencias en el corto plazo.

Rebeca Grynspan

Retomando lo que se dijo sobre los sindicatos, sobre la sociedad, y en relación también con lo que se acaba de señalar, voy a contar algo.

He llegado hace muy poco de India, concretamente de visitar una organización de mujeres del sector informal: las mujeres más pobres que uno pueda imaginar. Vengo de Ahmedabat, donde está la sede del sindicato de mujeres informales de la India: vendedoras ambulantes, empleadas rurales. Y vi dos cosas que me parece que llaman a la reflexión, pero también al optimismo.

Ellas lograron hacer una organización de dos millones de mujeres, y se dan a sí mismas, con el ingreso que obtienen, salud, pensión y capacidad tecnológica. ¡Había que ver las historias de las mujeres que tenían organizaciones en las cuales habían conseguido introducir la tecnología a través del teléfono digital y lo que habían logrado hacer! ¡Lo que eso había mejorado sus vidas! ¡Lo que eso había mejorado las vidas de sus familias! En definitiva, la posibilidad de, en asociatividad, haber logrado todo ello. No son *stricto sensu* un sindicato. Se trata de una organización distinta. Es transversal.

Su relación con los sindicatos ha sido bastante tensa, para decirlo de alguna manera, porque ellas sienten que no las representan. Respecto de su organización, digamos que ninguna de ellas trabaja en el mismo lugar. Son mujeres que se han unido transversalmente a través de una organización que les permite, por tanto –al ser muchas, aunque cada una de ellas sea todavía pobre–, proveerse de medios tecnológicos, de asociatividad, de mejoras enormes en su productividad, de la capacidad de aumentar sus ingresos y de tener una seguridad social que no les da el Estado. Porque el Estado no les da salud y no les da pensión. Y ellas, con el poco ingreso que tienen, logran, en conjunto, ahorrar para dar una mejor vida a los hijos que vienen.

Creo que es un ejemplo muy inspirador de las nuevas organizaciones que vienen, que no van a ser las que conocemos hoy, sino que serán más transversales.

Y eso me lleva también a que las desigualdades no son solo socioeconómicas. Muchas de estas desigualdades son horizontales; son desigualdades entre grupos: por raza, por etnia, por religión, por lugar donde viven. En este momento, esas desigualdades tienen en la sociedad dinámicas mucho más poderosas tal vez, en algunos casos, que las desigualdades verticales.

Termino dando a cada uno de ustedes –porque ya estamos a quince minutos del cierre– una última intervención para cerrar los temas que hemos tocado.

Alberto Ruiz Gallardón

Gracias, Rebeca.

Yo voy a terminar rectificándome y corrigiendo lo que dije en mi primera intervención. Lo digo completamente en serio. Y si entré más pesimista, pues salgo más optimista. Y ello por el propio desarrollo del debate. Lo digo en serio. La inteligencia de Rebeca, los conocimientos de Martín y el entusiasmo proactivo de Albert, creo que nos tienen que hacer pensar que tenemos esperanza en la reflexión, así como celebrar que aquellos que tendrán que implementar estas políticas en el futuro –que obviamente no somos nosotros, o sí, porque algún rumor he oído por ahí de algún compañero del Círculo, pero no hablemos de eso ahora– tienen interés por escuchar, y eso creo que es extremadamente positivo.

Quiero también referirme –y con esto termino– a una reflexión que estuvo sobrevolando sobre nosotros, querido presidente Lagos, cuando se hablaba de la transición chilena, y que yo hago extensiva también a la transición española.

Hay un artículo fantástico hoy en el *El País* de Madrid, de Ariel Dorfman, con motivo de que la semana pasada se conmemoró el treinta aniversario del referéndum que devolvió la libertad a los chilenos. Me imagino que conoceréis a Ariel Dorfman. Él es famoso sobre todo por una magnífica novela que escribió, que se llama *La muerte y la doncella*, que como bien sabe Enrique Iglesias le robó el título al cuarteto en re menor de Schubert, y que luego se llevó al cine. Se trata de

una persona profunda, y la reflexión es que a lo mejor a algunos les gustaría reescribir la historia y pensar que hubiese sido mejor una revolución contra aquella dictadura. Yo creo que los que pasaréis a la historia sois los que tuvisteis la inteligencia y la generosidad de, en lugar de poneros medallas de héroe, conseguir lo que habéis conseguido: una democracia para Chile. Y lo mismo se lo digo al presidente González.

Nosotros somos una generación –la tuya y la mía, Albert– que tiene que ser agradecida, porque como decía también al principio, nos lo dieron hecho. Y no se quisieron poner medallas, porque –claro– las medallas te las pones cuando saltas el Palacio de Invierno. Pero cuando lo que haces es llegar a las instituciones de gobierno habiendo conseguido que el 99% de la ciudadanía se sienta satisfecha con el método realizado y que encima haya sido bueno para el país, como nos ha pasado en España, presidente, pues yo creo que hay motivos para el optimismo.

Creo que los que tendréis que asumir esas responsabilidades en el futuro lo tenéis difícil, que hay muchos riesgos, que hay ciertamente mucha inteligencia, voluntad y dinero detrás de aquellos que no es que quieran sustituir en el poder a quienes lo detentan ahora mismo, sino que lo que quieren es acabar con el mecanismo democrático de acceso al poder, y que eso es un riesgo importante. Pero viendo lo que hicieron personas como Lagos y González; viendo el resultado, con todos sus problemas, de países como Chile y como España, creo que tenemos motivos para estar optimistas.

Así que rectifico mi pesimismo inicial y me sumo al optimismo de esta mesa.

Muchas gracias.

Albert Rivera

Me alegro de que seamos más los optimistas, pero también me he impregnado un poco de tus cautelas, y soy más cauteloso que en mi primera intervención.

Hablando en serio, creo que ese equilibrio entre optimismo y ganas de transformar y de cambiar y de



aprovechar las oportunidades, con el realismo, es absolutamente necesario. Yo no creo que el optimismo y el realismo tengan que ser opuestos. Creo que son parte del éxito de poder gestionar una situación.

Dicho eso –y recogiendo lo que decía Alberto Ruiz Gallardón–, para darle sentido a la lucha por los valores democráticos, por nuestras Constituciones, por nuestras democracias liberales, que habéis hecho algunos de los presidentes que estáis aquí –y precisamente por eso–, creo que en este momento tenemos la obligación de evolucionar.

En España celebramos 40 años de la Constitución este año. Yo soy un constitucionalista, y creo que es la mejor Constitución; no es por chauvinismo, pero realmente considero que si no es la mejor, es de las mejores constituciones del mundo, en lo jurídico, en lo político, en los derechos y libertades, en los derechos sociales. Es una gran Constitución pero, a pesar de eso, tenemos que estar abiertos a evolucionar y a mejorar las cosas.

Por tanto, como reformista convencido, creo que todo se puede mejorar. Entonces, está bien mirar al pasado para aprender de él; está bien mirar el trabajo que hemos recogido, heredado de líderes políticos como los que están aquí, pero la obligación nuestra, con toda humildad, es evolucionar, entender nuevas formas de gestionar la política, de llegar a los ciudadanos, y comprender los problemas del siglo XXI, que no son los mismos que tenían nuestros abuelos cuando iban a buscar trabajo o a montar una empresa.

Entonces, creo que lo que necesitamos es evolucionar, no revolucionar; aprovechar la globalización como una ola. La globalización puede ser un tsunami que te pasa por encima o una ola que surfeas y aprovechas la oportunidad.

En la globalización no se puede empatar –es una mala noticia para los conformistas–: o pierdes o ganas. O aprovechas las oportunidades y creces o te quedas dormido y te pasan por encima.

Entonces, creo que tenemos la obligación de evolucionar –y es duro para el ser humano pensarlo, puesto que las certidumbres nos llevan también a cierto acomodamiento–, porque antes la gente, si entraba a trabajar en una fábrica o montaba un negocio, pensaba que eso iba a durar toda la vida. Yo he visto desaparecer un comercio –soy hijo de comerciantes– por una crisis y por un cambio de consumo. Y mi padre pensaba que, como su abuelo y su padre eran comerciantes, él lo sería toda la vida, pero ya no lo es. Y eso es la vida. Entonces, creo que adaptarse a esos cambios, entender esos cambios, es fundamental. Así que la obligación que tenemos, creo, aquellos a los que nos toque alguna responsabilidad en un futuro, es explicar a los ciudadanos esos cambios y protegerles, y darles certidumbre en esas transformaciones.

Estoy muy orgulloso de compartir esta mesa y de que me hayan invitado a un lugar tan ilustre como este. Tomaré nota y aprenderé, porque hay que aprender en la vida hasta el último día en que nos toque vivir.

Muchas gracias

Martin Santiago

Muy brevemente, yo también termino con palabras de inmensa gratitud y de satisfacción por todo lo que he aprendido en este ratito que hemos estado y, por supuesto, en los paneles anteriores que hemos tenido.

Termino básicamente con algunas ideas muy sucintas.

Una de ellas es la de recuperar el pensamiento que usted, presidente, nos regaló esta mañana, y claramente me pongo en la tarea –ojalá que podamos hacerlo– de cuidar ese jardín imperfecto que nos espera, que es el humanismo. ¡Qué belleza terminar una cosa así! Simplemente le agrego, si se me permite, alguna caracterización. Este arte de pensar para recuperar ese jardín imperfecto es simplemente tratar de reconquistar la palabra, porque lo que tenemos que hacer es

transitar hacia el diálogo, como nos decía el presidente González, a través de la pluralidad de las ideas, de la diversidad de las identidades y, fundamentalmente, de la aceptación de los intereses del otro.

De manera que también —qué regalo tan bonito, y termino con usted, presidente Belisario; termino con sus infinitivos—, lo que saco del día de hoy es que ojalá que aprendamos a ser y no a tener.

De manera que ese es el espíritu con el que me voy y muchísimas gracias.

Rebeca Grnspan

Yo termino con dos cosas.

En primer lugar con lo que dijiste, Alberto, en el sentido de que la conversación nos puede hacer cambiar lo que pensábamos antes. Creo que ese es un principio básico de lo que se tiene que hacer hacia adelante.

Y, en segundo término, respecto de esta discusión entre el optimismo y el pesimismo, quiero recordar a Simon Peres. Él decía que los pesimistas y los optimistas tenemos la misma razón de ser. Morimos igual. La única diferencia entre nosotros es que vivimos distinto.

Bueno: yo creo que hay que vivir distinto, con mucho más optimismo sobre el futuro y sobre la gente que tiene nuevas ideas para cambiar la realidad.

Muchas gracias a todos.

7 - Formación para la empleabilidad.

José Antonio Ocampo
Enrique Iglesias
Enrique Manhard
Carlos Slim

José Antonio Ocampo

Buenos días.

Como miembro del Círculo de Montevideo quiero, en primer lugar, agradecer a la Cámara de Comercio de Bogotá, y, en segundo término, decir que nos complace mucho la asistencia de todos los aquí presentes.

Voy a comenzar con algunas ideas para discutir, más que posiciones formadas, para luego escuchar a los panelistas del día de hoy con mucha atención.

Cuando hablamos del tema al que refiere este panel, que es la *Formación para la empleabilidad*, lo primero que uno debe tener en cuenta, obviamente, es el sistema educativo, y sin duda en todos sus niveles, casi desde el preescolar, dado que ahorita los niños aprenden ya a manejar todos los aparatos electrónicos desde muy temprana edad; además, las formas de aprender, investigar y buscar información que involucran nuevas tecnologías ya han afectado muchísimo a todo el sistema educativo y lo continuarán afectando, y especialmente en dos temas: la formación profesional –o sea, la formación para el trabajo– y la formación universitaria, dada la altísima proporción de jóvenes que hoy en día llegan a la universidad en América Latina. Se trata de un crecimiento exponencial que hemos observado, eventualmente, todos los países. Por lo tanto, la empleabilidad de estudiantes que han terminado la universitaria es un desafío enorme, como lo ha sido, también, en los países desarrollados que tienen niveles de escolaridad universitaria más avanzados. El presidente de Lagos nos decía ayer que siete de cada diez estudiantes universitarios en Chile eran primera generación y eso es, más o menos, lo que ocurre en todos los países latinoamericanos. Es una explosión –digamos– que significa oportunidades, pero también posibilidad de frustración para todos esos jóvenes que llegan al sistema universitario.

Un tema muy importante que tiene que ver con el cambio tecnológico es el desarrollo de uno de los sistemas de reentrenamiento de los trabajadores de todos los niveles, particularmente cuando pierden su trabajo debido, precisamente, al cambio tecnológico.



Entonces, como un primer grupo de temas tenemos la relación con el sistema educativo; y el segundo grupo me parece que es la relación con el sistema de ciencia y tecnología y, por lo tanto, con las revoluciones tecnológicas en curso.

Utilizo la palabra «revoluciones» porque yo creo que la llamada cuarta revolución industrial involucra, en realidad, tres revoluciones diferentes. Ayer hablamos mucho de la primera, que digamos que es la que afecta más directamente la vida educativa. Pero, además, tenemos dos revoluciones adicionales: la revolución biotecnológica —esencial en la medicina, pero también en las técnicas agropecuarias, por ejemplo—, y la revolución energética, esencial para combatir el cambio climático, que es otro gran desafío de estos tiempos. Esta semana tuvimos conocimiento del último informe del Panel Intergubernamental del Cambio Climático —órgano de la ONU y autoridad técnica más importante del mundo—, que resulta bastante escalofriante en lo que respecta a lo retrasado que está el mundo en este campo para cumplir la meta más estricta del Acuerdo de París. El informe habla de un calentamiento de 1,5° C por encima de los niveles anteriores a la Revolución Industrial, que se considera como el máximo admisible, que era de 2° C y es el rango de los compromisos del Acuerdo de París.

Estas revoluciones tecnológicas tienen impactos diferentes sobre los temas de formación profesional, de formación universitaria, y también sobre el empleo. Algunas de esas tecnologías van a destruir empleos, pero otras pueden generarlos —ciertamente, todas las que tienen que ver con el uso de nuevas tecnologías van a generar nuevos empleos—, y conocer cuál es el balance entre unas y otras es absolutamente esencial. Por ejemplo, en materia energética las nuevas tecnologías son mucho más generadoras de empleos que los hidrocarburos. Por lo tanto hay allí una oportunidad neta, y los países que ya están embarcados en desarrollar en gran escala esas nuevas tecnologías lo han mostrado.

Un tercer tema del que se habló ayer —al respecto fue muy importante la presentación que hizo el presidente de la república— es el de la informalidad laboral y el de cuáles son los retos que en materia de formación para la empleabilidad implica la formalización. Se tra-

ta de algo absolutamente esencial para la mejora de la equidad, que es otro tema ampliamente pendiente en todos los países latinoamericanos.

Luego de estos comentarios introductorios, voy a dar la palabra en el orden en que están sentados los panelistas, por lo que comienzo con Enrique Iglesias, de quien ya se dijo que es expresidente del BID, pero también exsecretario ejecutivo de la CEPAL y exsecretario general iberoamericano de Naciones Unidas; como ayer se decía, es el gran latinoamericano en materia económica, o «míster Latinoamérica» como se le llamó en alguna época.

Enrique Iglesias

Muchas gracias por permitirnos estar aquí, en esta hermosa ciudad de Bogotá; muchas gracias a los amigos de la Cámara por esta gran acogida y la estupenda organización que hemos tenido y estamos teniendo y, por supuesto, por la oportunidad de encontrarnos con buenos amigos, con quienes desde hace más de veinte años nos juntamos en este Círculo de Montevideo, y también con quienes se han incorporado últimamente. Es un placer muy grande para mí, a través de tantos años, beneficiarme de estos debates que, como ustedes han visto en el día de ayer, son muy ricos, muy constructivos y, sobre todo, muy balanceados en cuanto a su aproximación.

Yo quisiera ligar un poco lo de ayer con lo del día de hoy. Me parece que el gran debate de ayer fue, básicamente, el momento que estamos viviendo en el mundo: los grandes temas que se derivan de las crisis de los sistemas políticos y de las crisis de las sociedades, y los grandes temas que enfrentan los desajustes que crea la globalización; en fin, toda la panorámica que tenemos hoy arriba de la mesa, sobre la que ayer se hicieron excelentes presentaciones.

Creo que en el punto de partida hay que conciliar todo eso con lo que se dijo al inicio de la conferencia, que es que estamos en un cambio de época. Yo quisiera destacar que este cambio de época es una de las cosas que, personalmente, más me seducen o provocan porque es, en realidad, el cambio de época que yo viví.

Los últimos 70 años de la vida del planeta han sido – así lo creo y considero que podría sustentarlo– lo más constructivo de la historia de la humanidad. Quizás sea un poco excesivo decir esto, pero creo que en términos de logros políticos, económicos y sociales ha sido una fantástica época.

Todo eso aparece dentro del entorno que discutimos ayer, siguiendo crisis profundas que implican reacciones igualmente profundas. Pero hay que prestar atención a un elemento que está arriba de la mesa, que es la gran transferencia de poder del occidente al oriente; transferencia de poder que, ciertamente, ya está en marcha. Ayer leía en los diarios que en la última estimación del Fondo Monetario sobre el producto de los países, medido en términos de paridad, China aparece como la primera potencia mundial y Estados Unidos la segunda. En poder de compra no es así, pero eso quiere decir que estamos en presencia de un cambio muy importante. Y ese cambio tiene, detrás de sí, enormes implicaciones, porque hoy es la transferencia económica, mañana va a ser la transferencia de tipo tecnológico –que se está produciendo actualmente– y en algún momento llegaremos a transferencias militares.

Se está abriendo un camino en el que todos esos factores tienen un papel muy importante. Pero hay una gran diferencia: mientras el mundo occidental –que nosotros integramos y al que pertenecemos– piensa todo esto buscando mejorar ciertos objetivos que están en el pasado de las últimas décadas, está viniendo de allá no solamente un nuevo poder económico, sino también un nuevo modelo y nuevos valores. Entonces, el gran desafío por delante es que el mundo del futuro va a tener que organizar el diálogo constructivo tratando de conciliar las visiones, que aunque en muchos aspectos puedan coincidir –especialmente en el campo económico–, en el tema de los valores creo que es muy importante tomar eso como reflexión: habrá que conciliar otros conceptos de valor para vivir en paz. Ese es uno de los temas en los que realmente entra a jugar esta visión de largo plazo. El único país en este mundo que realmente tiene una visión de largo plazo en todo esto es China; los demás nos movemos todavía en entornos mucho más referidos al pasado inmediato. Creo que China es el país que realmente tiene una visión de largo plazo respecto de estos problemas.

El mundo emergente ha tenido muchas ventajas. Una de ellas –quizás la más importante– es que la etapa que está por terminar ha formado a los líderes en materia tecnológica de la otra parte del mundo. Todo eso juega un papel importante y, en el futuro, creo que la revisión de muchos de los problemas que ayer discutimos habrá que ponerlos en la perspectiva de este gran cambio de época y recordar siempre lo que decía Gramsci con respecto a que cuando una época no acaba de terminar y la otra no acaba de comenzar, aparecen los monstruos. Yo creo que los monstruos de todo tipo que aparecen en el horizonte son, también, elementos fundamentales a incorporar dentro de esta reflexión.

Aquí aparece la tecnología, que en este momento está generando enormes desafíos al trabajo, que creo que es el tema central de la mañana de hoy. Con respecto al trabajo, creo que la tecnología está mostrando que se abren dos grandes visiones del futuro. La primera visión es optimista, porque se mira a un pasado en el que hubo grandes transformaciones tecnológicas y la idea es que el mundo supo convivir con ello. Así como a principios del siglo XIX los dueños de las carretas supieron aguantar su desaparición para que surgieran nuevos elementos, de alguna manera la visión optimista toma del pasado que las sociedades fueron absorbiendo el tema tecnológico y creando nuevas oportunidades para el empleo.

Pero yo tengo la impresión de que la diferencia en este momento es, por un lado, la complejidad de los fenómenos tecnológicos en la disrupción del empleo –que es un primer tema–, y por otro, el ritmo con que se producen los cambios. Entre la Primera Revolución Industrial y la segunda pasaron casi noventa años; entre la segunda y la tercera –de la electricidad a la computación–, cuarenta o cincuenta años; pero ahora el ritmo es un vendaval impresionante. Eso es lo que realmente genera preocupación: si será posible enfrentar las disrupciones respecto a la generación de empleos con los recursos humanos que tenemos. Ayer mencionaba muy bien Rebeca que en el grupo que integra en la OIT se cuestionan si realmente estamos preparados para encontrar recursos humanos suficientes que nos permitan aprovechar las ventajas que ofrece esta nueva revolución tecnológica. Confieso que a mí me tiene preocupado este tema. Vocacionalmente adopto



la visión optimista, pero cuando veo las implicaciones que tiene la nueva revolución industrial, me preocupa.

Estaba leyendo la prestigiosa revista que publica la Secretaría Iberoamericana, donde aparecen unos artículos sobre el tema del desempleo. Un informe de McKinsey menciona cien tipos de actividades que se van a ver perturbadas por la revolución tecnológica, de las cuales, en particular, hay doce que ponen las cejas de punta. El tema central, entonces, es ver si realmente somos capaces de enfrentar estas disrupciones a partir de la creación de nuevas oportunidades.

Esto aterriza en el tema de la formación de los recursos humanos, y no solamente en ello, sino también en otras formas que están apareciendo y que abren nuevas oportunidades. No se trata solamente del empleo tradicional, sino de las nuevas modalidades que este adopta; el tema no es el futuro del trabajo, sino el trabajo del futuro, es decir, qué tipo de trabajo va a impulsar la humanidad en las próximas décadas. Hay dos casos muy interesantes: el de Uber y el de Airbnb.

En el caso de Uber tenemos una generación de empleo que compite con el taxi, pero lo que importa destacar es la participación de la plataforma, que hace que se generen empleos vinculados con toda la administración de esos procesos. Entonces, por un lado tenemos la oportunidad de que se generen empleos muy flexibles –la gente trabaja las horas que quiere–, pero además, la creación de estas plataformas genera nuevas oportunidades de administración, de gestión, de implementación de las rutas.

Otro de los grandes ejemplos contemporáneos es el de Airbnb. En La Habana –por nombrar un lugar– hay 24.000 habitaciones de Airbnb y, en general, en el mundo actual las habitaciones creadas por este sistema superan largamente todas las posiciones de los grandes hoteles del mundo. ¿Qué significa esto? Que también aquí tenemos los impactos que suponen la creación y la administración de la plataforma.

Este tipo de plataformas abre las puertas a oportunidades que antes no teníamos.

Un tercer caso que también me parece muy impactante es el de la industria del entretenimiento. Cuando uno va al cine, al terminar la película uno ve pasar la lista de las decenas de personas que han trabajado. Ahí está la creatividad de las nuevas formas.

De manera que hay puntos para afirmar, en cierta manera, la idea de que es posible administrar estos desafíos.

Con todo –y quisiera ir terminando–, el tema de la formación de recursos humanos es central; prácticamente en todos los países de América Latina aparece como medular. En Uruguay hay un debate muy serio en torno a ello. Creo que el gran fondo de esta discusión es entender que se trata de un problema global y político; no es algo que puedan resolver solo los educadores, sino que tiene que resolverlo la sociedad, porque estamos tocando el punto más central del futuro, que es cómo aprovechamos y entendemos el futuro del trabajo en el mundo. El tema es difícil –como todos sabemos–, y es fundamental que actualicemos un poco nuestra capacidad de meternos en las nuevas formas del trabajo, que no solo involucran el trabajo en sí, sino la calidad y el tipo de educación.

Ciertamente, hay más de una posición al respecto, pero yo creo que si no somos capaces de emprender esto como el gran desafío que tiene hoy la sociedad, particularmente la de América Latina, va a ser muy complicado que podamos insertarnos en la dinámica de ese mundo que se viene, con el cual tenemos que convivir.

Gracias.

José Antonio Ocampo

Muchas gracias, Enrique.

Vamos a dar ahora la palabra a los dos empresarios que tenemos en el panel, comenzando por Carlos Slim, que en este mundo de las llamadas «translatinas» –que es el nuevo nombre que se le ha venido a dar– es uno de los líderes indiscutibles.

Carlos Slim

Gracias.

Buenos días. Agradezco nuevamente la hospitalidad de la Cámara y el privilegio de estar participando de esta reunión.

Es claro que ha sido la tecnología, históricamente, la que ha cambiado a la humanidad. Primero aparece el fuego —hace 600.000 años—, luego el lenguaje —quién sabe cuándo—, la escritura, los números, hasta llegar al Neolítico con grandes avances de todo tipo en las civilizaciones de todos los lugares; después vino la Edad del Bronce, etcétera, etcétera; más tarde hay grandes avances científicos, filosóficos, de pensamiento y de obra con Grecia y el Renacimiento, en esos años de oro de la humanidad. Sin embargo —y quiero aprovechar para ser provocador, como dice Felipe—, en la sustancia no hay cambio de los paradigmas; estos siguen siendo los mismos durante diez mil años: poderes monolíticos, esclavitud, no derechos humanos, no movilidad social, no cuidado del medioambiente, etcétera. Esos paradigmas no cambian hasta que viene una primera revolución.

Aquí quiero decir que se me hace raro y extraño —no sé quién inventó ese nombre— hablar de «cuarta revolución industrial». ¡No es la cuarta ni es industrial!

—Es como si a la Revolución Industrial la hubieran llamado «segunda revolución agrícola». La verdad es que esta no es una revolución industrial y tampoco es la cuarta. Al menos eso creo yo.

Esa es la primera provocación.

¿Cuándo viene el cambio, ese cambio disruptivo radical? Con la aparición del motor, que hace el gran cambio de la sociedad agrícola o agraria a la sociedad industrial. Se empieza a usar el motor —en principio de vapor—, que trae el ferrocarril y el barco, pero también equipos de producción industrial. Por supuesto, lo más importante es la revolución brutal que sucede en el campo al entrar el tractor de vapor y el *ripper* a producir. Así es como la productividad cambia de manera brutal en la producción agrícola. Ese cambio lo comentaba ayer el presidente Sanguinetti al referirse a

la sustitución del arado por el tractor. Fue un cambio sustancial en el siglo XIX. Allá por 1830, el 70 % de la población americana trabajaba en el sector agropecuario; hoy solo el 2 % está ocupada en ese sector.

Eso, que fue un cambio brutal y representó el primer paso en la sociedad industrial, tiene una segunda etapa dentro de la misma Revolución Industrial, que es el pasaje del motor de vapor al motor de combustión interna. Ahí también aparece la electricidad. Son los dos cambios que aceleran la etapa moderna de la Revolución Industrial que prevalece en el siglo XX. Luego vienen los desarrollos químicos, petroquímicos, etcétera, etcétera. Esa Revolución Industrial fue muy acelerada durante el siglo XX, aunque no tanto como esta, que es exponencial.

La Revolución Industrial fue la aplicación de esos avances tecnológicos a las actividades de la sociedad: en el campo, en lugar del arado se pasa a utilizar el tractor; en la ciudad —como decía Enrique—, en lugar del carruaje aparecen el auto y otros medios de transporte. La sociedad empieza a moverse, pasando de la velocidad del caballo y del barco de vela, a la velocidad del vapor primero, y luego —pero dentro de la misma sociedad industrial— a la velocidad de la luz para comunicarse y del sonido para transportarse.

Esos fueron los grandes cambios: pasar de una etapa a otra, pero todo dentro de la Revolución Industrial.

El gran impacto de esa Revolución Industrial es lo que hace diferente a Occidente de todos los demás: de Medio Oriente y de Oriente, que se quedaron atrás en ese campo, al igual que muchos países de Latinoamérica, que llegaron tarde a ese desarrollo.

Otra cosa que hay que tener en cuenta son las magnitudes. La sociedad industrial llega cuando el mundo tenía 1.000:000.000 de habitantes; hoy somos 7.500:000.000 u 8.000:000.000. Antes había que darle empleo, probablemente, a 500.000 personas —o sea, a la mitad de la población— y hoy hay que dárselo a 3.500:000.000 o 4.000:000.000. Esa es la magnitud de las demandas que existen. Es decir que no se trata solamente de un problema de cambio tecnológico, sino también de magnitud de las sociedades.



Aunque Estados Unidos y Europa lo hicieron en el siglo XIX, nuestros países a principios del siglo XX, y China recién lo está haciendo desde finales del siglo XX, este país nos ofrece el mejor ejemplo de pasaje de una sociedad agrícola rural de autoconsumo a la sociedad industrial avanzada; y China lo está haciendo, además, con un gran desarrollo tecnológico. Es cierto que ha habido una transferencia de riqueza, pero la mayor transferencia de Occidente a Oriente –y aquí difiero con Enrique, pues considero que el cambio no viene desde Oriente hacia nosotros, sino a la inversa– es en lo que tiene que ver con la tecnología, que ha sido adoptada durante este siglo. Prácticamente todos los avances sustanciales de China, sobre todo en tecnología, son de este siglo. Inteligentemente, ellos establecían costos muy bajos de mano de obra, así como de retribuciones a profesionales, y hubo una gran cantidad de empresas occidentales que se instalaron en China para obtener ahorros. Me decían que algunas iban a pasar para allí su investigación y desarrollo porque se ahoraban el 80 % en sueldos de ingenieros, por ejemplo. Y ha sido una transferencia enorme de tecnología la que se ha dado.

Además, el proceso educativo iniciado por Corea, que había logrado un gran desarrollo y estaba a la cabeza en ese sentido, está siendo rebasado hoy por China, que tiene a cientos de miles de personas estudiando posgrados –sobre todo orientados a ingeniería, ciencia, desarrollo, innovación, etcétera– en las mejores universidades del mundo.

Esa fue la segunda etapa, es decir, la sociedad industrial.

Creo que la nueva civilización se origina con la electrónica: aparece el transistor, viene la miniaturización y surgen grandes desarrollos como Internet, etcétera, sustentados –muchos de ellos– en ciencias del siglo XIX, pero también en desarrollos de la sociedad anterior. Esto es lo que Alvin Toffler denominó «la tercera ola».

La primera ola fue el pasaje de la caza y la recolección a la agricultura, que creo que no fue propiamente un descubrimiento sino algo natural: cuando acaba la glaciación se forman paraísos naturales, en todos los

valles abunda el agua, la flora y la fauna, y la gente se vuelve sedentaria porque tiene abundancia de recursos; luego empieza a crecer y aprende cómo hacer lo que hasta ese momento hacía la naturaleza. Esa es, como decía, la primera ola, la de la agricultura. Luego empiezan a mirar al cielo, a pensar y a reorganizarse.

Seguramente, cuando encuentran esos valles fértiles nadie dice: «Oye: vamos a seguir cazando, porque si no, se van a quedar sin empleo todas esas personas». En este caso la economía era muy simple –de supervivencia y reproducción–, y al llegar a esos valles a nadie se le ocurre pensar que va a quedar sin empleo la mitad o el 80 % de las personas porque hay muchos animales. No; se vuelven sedentarios y empieza la civilización.

Actualmente pasa lo mismo; el asunto es conducir el cambio. Desgraciadamente, esa conducción del cambio no se ha dado y por ello se ha complicado; y se sigue complicando más porque el problema surge de varias fuentes. Una de ellas –obviamente la más importante– es que la tecnología va a desplazar muchos, muchos puestos de trabajo, al aplicarla a cosas que antes se hacían de otras maneras; me refiero a aplicar el Internet, así como otro tipo de desarrollos y plataformas, o sea, todo esto que está ocurriendo de manera acelerada, geométrica, creciendo cada vez más rápido, con cada vez más gente involucrada y aportando cada vez más cosas. Va a haber un desplazamiento enorme de empleo, que por un lado lo es, pero por otro está ofreciendo una gran facilidad para construir bienes y servicios.

Por cierto, esta sociedad es de servicios, por lo que creo que en pocos años el 90 % de la población se dedicará a los servicios y no a la industria. Veo a muchos países queriendo hacer desarrollos industriales y programas de empleo a través de la industria, cuando yo creo que más bien habría que volver a lo primario, que es lo que se va a reevaluar ahora. Además será mucho mayor la actividad porque habrá gran demanda mundial de 8.000.000.000 de personas que antes no tenían acceso a esos mercados porque no tenían capacidad de compra y vivían en el autoconsumo; conforme todos se involucren en la modernidad y en la sociedad actual con capacidad de compra, si los mercados se fortalecen

y amplían sus tamaños, todos van a poder acceder, y demandarán muchos bienes. El *boom* de materias primas que hubo en Latinoamérica seguramente va a volver, porque cada vez habrá más personas integradas a la economía moderna.

Volviendo al tema, quiero decir que existen dos problemas: uno es el cambio tecnológico y el otro es que ya son 8.000:000.000 —muchos más que antes— las personas que están demandando empleos que antes no demandaban porque vivían en el autoconsumo en áreas rurales. África tiene, quizás, 80 % de su población en las áreas rurales, y vamos a ver estas cosas.

Quiero hacer una acotación, aunque me salga del tema. Muchas personas en nuestros países son primera generación en estudiar una carrera —se habla del 70 %, yo creo que debe andar un poco por debajo del 60 %—, y es porque salían de una base muy baja, ya que antes no había carreras. Hace treinta, cuarenta o cincuenta años eran muy pocos los que hacían una carrera, y ahora son muchísimos los que las demandan.

Para no emplear más tiempo, quisiera concluir diciendo que se proyecte una lámina.

PARADIGMAS DE AMBAS CIVILIZACIONES

SOCIEDAD AGRÍCOLA

- Poder monolítico: político, militar, religioso y poder económico concentrado en una persona o grupo.
- Esclavitud.
- Inmovilidad social.
- Ignorancia.
- Guerras, saqueo expansión territorial.
- Sociedad insalubre.
- Hostilidad ambiental.
- Pobreza.
- Economía basada en la explotación humana.

SOCIEDAD SERVICIOS

- Democracia representativa y participativa.
- Libertad.
- Diversidad.
- Pluralidad.
- Derechos humanos.
- Movilidad social.
- Acceso universal a la salud.
- Acceso universal a la educación y capacitación media y superior de calidad.
- Desarrollo del capital humano.
- Competencia económica.
- Conservación del medio ambiente.
- Innovación.
- Competencia.
- Globalización.
- Tecnología.
- Nuevas actividades económicas.
- Economía basada en el bienestar social.

FUNDACIÓN
Carlos Slim



Creo que estos son los desafíos de este cambio civilizatorio, y obviamente hay más, pues son muchísimos.

Aquí también quiero decir que yo no veo claro eso de «la certeza de la incertidumbre», porque creo que nunca como ahora ha habido tanta certidumbre del cambio y de lo que está cambiando. Todas las actividades que tenemos actualmente están en entredicho; y aquellas que tienen cierta dimensión son de interés para trabajar en plataformas a fin de simplificarlas.

¿Qué es Amazon? ¿Qué es la venta o el comercio electrónico? Pues, es lo que se hacía a finales del siglo XIX con el catálogo. Hoy el catálogo está, quizás, en condiciones de cierre o en una situación financiera muy, muy mala, pero fue innovador y en algún momento la forma de mayor venta al menudeo de Estados Unidos, y probablemente del mundo.

En mi opinión, en la lámina observamos cómo surge la crisis de Occidente. Los países más desarrollados, aun con altas recaudaciones fiscales —como Francia, que creo que anda en el 55 %—, incurren en gastos ineficientes, tienen una deuda enorme, pero además, tienen insostenibles obligaciones de retiro, de salud y, por supuesto, de educación. También tienen una inversión pública ineficiente, al igual que en la salud. ¿Por qué estoy mencionando estos puntos? Porque son los desafíos que vamos a vivir, incluyendo la degradación urbana —porque las ciudades se hicieron con un fin industrial; son sociedades industriales que surgieron cuando se pasó del campo a la vida urbana y al desarrollo industrial, por lo que son enormes ciudades desordenadas en las que ha habido una degradación—, el desempleo de los jóvenes, etcétera, etcétera.

¿Cuál es la respuesta a esto? Estoy de acuerdo con que hay que seguir carreras universitarias, con que no solo hay que lograr una formación universitaria, sino también de posgrado o hacer estudios avanzados; pero creo, sobre todo, que hay que capacitarse para el empleo. No necesariamente la mayoría de la población tiene que ser profesional —no tienen que ser doctores ni poseer maestrías—, sino que tiene que ser gente preparada para las actividades nuevas que están surgiendo, sobre todo de tecnología de la información.

Para tratar de resumir voy a decir que no solo soy optimista sino que estoy convencido de que así van a ser las cosas, porque esta sociedad se sustenta en que estén bien los demás, en que los demás estén preparados y tengan un buen ingreso para que hagan un mercado más fuerte.

Desde otro punto de vista, luchar contra la pobreza será un problema de justicia social y ético, pero ahora es, además, una necesidad económica: si la gente no está preparada, si la gente no forma parte del mercado, de la economía y de la modernidad, el país, la sociedad se va a quedar atrás. La mejor inversión, lo que va a hacer fuertes a ese país o a esa sociedad será combatir la pobreza; que se vayan involucrando, que se vayan preparando y educando para entrar a la sociedad moderna, al mercado y a la economía.

Esto es lo que está haciendo China. En China, hace 12 o 15 años el salario era en centavos; hoy es de USD 4 la hora. ¡Claro!, ya están preparando a la gente para formar grandes clases medias educadas, que son las que van a prevalecer en el futuro. Esto lo está haciendo China hoy, pero antes lo hizo Corea y antes Japón —luego de la guerra—; también lo ha hecho Singapur —que es otro ejemplo extraordinario—, lo está haciendo Malasia, etcétera, etcétera.

¿Qué va a pasar? Pues, ¡que la gente va a trabajar menos! Entonces, lo que tenemos que hacer es organizarnos. Estoy convencido —no sé si lo vea yo, pero seguramente casi todos ustedes lo verán— de que la gente va a trabajar tres días, once horas primero, pero acabará trabajando ocho, y va a abrirle a otras tantas personas los tres días restantes. O sea: algunos van a trabajar lunes, martes y miércoles, y los otros jueves, viernes y sábados.

Creo que aquí somos un grupo grande que promediamos los 80 años, por lo que pensar que la gente se retire a los 60 o a los 65 años es criminal. En la sociedad agrícola el esfuerzo físico era muy grande; lo que las máquinas han sustituido en una sociedad industrial es, precisamente, ese esfuerzo físico. Lo que prevalece hoy es el conocimiento, la experiencia, etcétera. En la sociedad del conocimiento, pues, retirarse cuando se está en la plenitud de ese conocimiento resulta absur-

do; hay que retirarse, cuando más joven, a los 75 años. Ese cambio, el retiro a los 75 años de edad –¡que ojalá se pueda llevar adelante!–, va a sacar de la quiebra a los países que hoy tienen una insostenible responsabilidad de pensiones y de retiros.

Como decía, una de las formas de lograrlo es que se trabaje menos –yo hablaba de tres días– y que se llene otro turno, para que la gente tenga esa actividad, esa vida, ese bienestar, no cuando envejece y ya no puede viajar ni hacer cosas, sino desde joven. Que tenga cuatro días libres a la semana va a generar muchas actividades.

¿Cuáles son las actividades nuevas? El cuidado de la salud, por ejemplo. La gente ya no va a vivir 55, 65 o 75 años, como hoy, sino que ya se habla de 100 años como algo posible, y no tengo dudas de que una esperanza de vida de 85 o 90 años está muy próxima.

Otra nueva actividad es el entretenimiento, que está creciendo muchísimo; el entretenimiento y los deportes.

El turismo, sin duda, va a aumentar muchísimo; la gente va a querer conocer otros lugares, y se va a necesitar transporte. Es otra de las actividades que va a crear nuevas fuentes de trabajo.

La educación y la cultura también serán fuentes de trabajo muy importantes.

Vamos a tener sustituciones, además. La banca digital ya viene en marcha y seguramente los bancos van a tener que cerrar sucursales, pues los medios de pago ya van a ser mucho más eficientes que la tarjeta de crédito, inclusive. Allí, entonces, habrá desempleo.

Lo mismo ocurrirá cuando venga el coche que se maneja solo. ¿Por qué Uber no ha desplazado mucho el trabajo? Porque simplemente ha venido a modernizar lo que antes eran los sitios –que imagino que había en cada país, además de los taxis– a los que uno llamaba cuando necesitaba un auto para transportarse. Es lo mismo que Uber, con la diferencia de que usa una plataforma moderna para ello. Pero cuando los coches no tengan chofer, la situación será otra.

Por último, quiero comentar que hay un cambio total en la juventud, que ya no quiere la posesión –ya no le interesa tanto ser el dueño del coche, como antes, en que era una forma de dar una imagen– sino la eficiencia, el utilitarismo. En lugar de comprar un coche, mejor usa el Uber; en cuanto a la ropa, para las fiestas la está rentando en lugar de comprarla; los departamentos ya se ofrecen en renta por Airbnb y la gente viaja de manera más eficiente y económica.

Muchas gracias.

José Antonio Ocampo

Muchas gracias, Carlos.

Le doy la palabra ahora a un empresario uruguayo, muy amigo del Círculo de Montevideo, Enrique Manhard.

Enrique Manhard

En primer lugar, quiero agradecer al presidente Sanguinetti la invitación, así como felicitar al Círculo de Montevideo por la oportuna elección del tema.

De todos los asuntos que hoy integran la agenda de las obligaciones de la sociedad contemporánea, tomar conciencia de la necesidad de perfeccionar la situación del trabajo, en diálogo con el mercado, es uno de los más relevantes. ¿Por qué digo esto? Tenemos, por un lado, un extraordinario e incesante crecimiento de los flujos de las transacciones comerciales –hay un gran volumen de bienes y servicios que se vuelcan al mercado– y, por el otro lado, la amenaza real de una gran inquietud social respecto a la estabilidad y naturaleza de los empleos. Hay muchísimas más empresas que hace una década; sin embargo, no hay una mayor tranquilidad. La amenaza de la ocupación y el temor a las calamidades han generado legítimas ansiedades. En el pasado, la estabilidad de los empleos dependía exclusivamente de que la empresa fuera ordenada y supiera acompañar o estimular el mercado, y de que sus empleados conocieran su parte en el trabajo y ejercieran la función asignada. Era una situación clara y todos los actores sabíamos a qué atenernos.



No obstante, mientras flotábamos en esa ilusión de estabilidad, unos muchachos, en un garaje, se entretenían con cables y circuitos que apenas interesaban a quienes estábamos en el campo de la industria, el comercio y los servicios. De estos juegos de garaje surgió el mundo increíble de hoy, que nos plantea dilemas que tenemos el deber de entender y asimilar.

El tamaño y la velocidad de los cambios y las transformaciones nos llenan de dudas. Ya no hay nada seguro, ni lo que tenemos ni lo que sabemos; todo está en proceso, todo está por hacerse, todo está cambiando o a punto de cambiar. La globalización de la oferta y la incesante competencia han conferido al consumidor un poder muy importante. Las empresas deben enfrentar las nuevas realidades: el consumidor compra lo que necesita o lo que cree necesitar; lo compra como quiere, donde quiere y cuando quiere. Es el indiscutido amo del juego. Los empresarios lo sabemos bien; por eso invertimos de manera continua en innovación, calidad y productividad. Apuntamos a mejorar los instrumentos técnicos de gestión, a tener organizaciones más fluidas y livianas y, a la vez, invertimos en sistemas de información cada vez más veloces y más confiables. En mercados tan volátiles, cualquier descuido puede poner en severos apuros nuestros planes, y cuando esto sucede no es bueno para nadie, ya que todos los eslabones de la cadena productiva se afectan, del primero al último, sin excepción.

La entrada en escena de la empleabilidad, es decir, de la capacidad relativa que posee cada individuo para adaptarse, actualizarse o moverse en el mercado de trabajo, es uno de los temas centrales en este momento. En el pasado, tener un empleo sencillamente determinaba que la persona podía trabajar indefinidamente si la suerte de la empresa lo permitía. Hoy todo ha cambiado; uno debe ser empleable para tener un trabajo, pero también para mantenerlo.

Un informe del Foro Económico Mundial afirma que el 65 % de quienes hoy entran a la educación primaria tendrán empleos que todavía no existen. También, muchos empleos que hoy existen tienden a desaparecer. En el campo del trabajo debemos contemplar: formación inicial, formación continua y preparación para aceptar cambios. Hay que prepararse para cambiar

de trabajo o, incluso, de profesión. Tenemos que ser conscientes de que lo único permanente es el cambio.

Los desafíos de la competencia, las variaciones de precios y la fluctuación del mercado nos llevaron a los empresarios a innovar o aceptar el fracaso e irnos para nuestras casas. Siempre hemos tenido que estar un paso adelante para ponernos a tono con la actualidad; la alternativa de sucumbir siempre estuvo allí, al acecho. Nunca, ninguna empresa, en ningún lugar del mundo pudo dormir tranquila: siempre tuvo un problema que vencer, novedades que incorporar, detalles que acusar, modos que perfeccionar. La gestión empresarial es de vigilia permanente. Esa misma tensión, esa constante necesidad de formación continua es la que ha llegado al mercado laboral.

La empleabilidad es la expresión de un nuevo trato en el seno de la sociedad, una opción más eficiente y, también, de mayor diálogo. Hay que convencer a los empresarios de que la empleabilidad es parte del perfeccionamiento continuo de la empresa. También hay que convencer a los Estados de que el esfuerzo educativo debe incluir programas que vayan orientando a los jóvenes a un proceso de aprendizaje continuo. Mostrar a todos los niveles de la sociedad que las realidades del trabajo son dinámicas y reclaman, por tanto, que se estimulen en forma de educación y preparación continuas, porque así como los alumnos pierden interés en el estudio, las empresas pierden la oportunidad de tener personal calificado.

Sobre esta materia hay mucho para hacer y nadie puede desentenderse de su parte en este compromiso.

Si el trabajo funciona, el mundo funciona.

Muchas gracias.

José Antonio Ocampo

Muchas gracias, Enrique.

Lo que planteaba Carlos Slim en el sentido de que, de pronto, no es la cuarta revolución ni es industrial me hace pensar que, en realidad, la transformación

tecnológica ha sido continua; uno, a veces, olvida la importancia de ciertas cosas que han ocurrido en la historia.

Por ejemplo, cuando a mis estudiantes les hablo del telégrafo les digo que ese fue el Internet del siglo XIX, porque ya no había que comunicarse a través de cartas y por navegación a vela —como eran las comunicaciones entre Europa y América—, sino que se podía hacer instantáneamente. Lo cierto es que eso fue una revolución hasta para los negocios comerciales, ya que los comerciantes se podían comunicar de América a Inglaterra en línea; y ahora hasta las transacciones financieras se hacen en línea, de manera mucho más rápida que por otros medios.

En mi presentación inicial hice mucho énfasis en las tres revoluciones tecnológicas: en el transporte, el pasaje del caballo al vehículo se da en gran escala en las primeras décadas del siglo XX; pero tenemos, obviamente, el paso anterior, el del siglo XIX, cuando aparece el ferrocarril y la navegación a vapor; y también el cambio tecnológico del carbón al petróleo, que en treinta años cambió totalmente. Uno puede pensar que la revolución energética va a ser igualmente acelerada. De hecho, hay un artículo muy interesante del Fondo Monetario Internacional en el que un investigador, el año pasado, trataba de simular el cambio futuro en el mundo energético, basado en esas transformaciones de la primera mitad del siglo XX.

El segundo de los temas que se mencionaban aquí son los cambios estructurales, no solamente en el empleo, sino en las transacciones internacionales. Hay y habrá mucho más comercio de servicios de distinta naturaleza si miramos hacia adelante, pero también, obviamente, hay cambios en cuanto a quién produce y dónde, particularmente en el sector industrial. Las cadenas de valor, como se les denomina, serían impensables sin las nuevas tecnologías, dadas las comunicaciones que requieren.

Un tercer tema es lo que se hablaba sobre el cambio que se ha permitido en el ocio. Ahí se plantea algo interesante, que es la transformación de la jornada laboral. Históricamente, el cambio tecnológico ha permitido reducir la jornada laboral en forma significativa.

Ese fue uno de los temas históricos importantes. La pregunta es: ¿quién va a coordinar la reducción de la jornada laboral en el mundo, en las próximas décadas, en la medida en que ya no haya que trabajar cinco días a la semana, sino que sea viable trabajar tres? Y, ¿qué se va a hacer con el resto del tiempo?

Siempre digo que, en realidad, con el celular uno termina trabajando mucho más tiempo en lugar de menos. En algunas conferencias, cuando la gente expresa que gracias al gran avance de la tecnología uno va a trabajar menos, yo digo que termina trabajando más con el celular y el Internet, sobre todo porque ahora uno se comunica en línea con distintos países del mundo a distintas horas.

Pero volviendo al tema del ocio, deberíamos analizar cómo se va a manejar, cuál será la jornada laboral dentro de treinta años —o menos, como me acotan— y quién va a coordinar ese trabajo.

Quisiera, en esta última ronda, referirme a muchos desafíos de política pública que se están generando con las nuevas tecnologías, pero desde un tema que ha estado en el centro del debate, que es la confidencialidad de la información, la confidencialidad de los datos personales.

Europa ha sido líder en manejar el tema de las interferencias en los procesos electorales de los países y del manejo de todos estos sistemas de comunicaciones privadas. En cuanto a la biotecnología, ¿quién nos garantiza que los productos tratados biotecnológicamente son seguros para la alimentación —lo que ya es un tema central—, pero también para la salud? A veces se terminan haciendo tratamientos biotecnológicos que generan efectos secundarios que no conocemos.

En fin, menciono dos temas más en cuyo debate he estado participando.

Uno de ellos es el de la tributación internacional. ¿Cómo tributan las empresas digitales? ¿Dónde tributa Google? ¿Dónde hace su utilidad Google y, por lo tanto, dónde debe tributar? Pero lo mismo nos preguntamos con respecto a Amazon. ¿Dónde tributa Amazon? Es un tema que está en el centro del debate



internacional y la OCDE está trabajando profundamente sobre lo que tiene que ver con la tributación de las empresas digitales hoy día. Es un tema sumamente importante.

El otro tema en el que he estado participando ahora que estoy en un banco central es el de las transacciones digitales y los criptoactivos, que la gente llama «criptomonedas». ¿Quién va a regular todos esos nuevos activos? Los criptoactivos no tienen ningún respaldo —es una peculiaridad— y se están prestando a muchas formas de lavado de dinero y de transacciones ilícitas. Aquí, en Colombia, por ejemplo, es bastante claro que el narcotráfico se lava, en gran medida, a través de criptoactivos.

En fin; todos estos son temas regulatorios de fondo, nuevos —muchos de ellos totalmente nuevos—, como lo ha demostrado el debate sobre confidencialidad de la información entre Estados Unidos y Europa, donde Estados Unidos rechaza algunas de las medidas que se han adoptado en Europa para manejar la confidencialidad, y donde hay —como ayer se mencionaba— unos efectos sobre la democracia que son realmente profundos.

A partir de ahora tenemos unos veinte minutos para realizar una segunda ronda —unos cinco minutos cada uno— a fin de referirnos a estos y, quizás, a otros temas.

Enrique Iglesias

Gracias.

Quisiera hacer tres comentarios finales, más allá de que hay mucha coincidencia en todo lo que se ha dicho aquí; creo que hay conciencia de la magnitud del problema y también de sus grandes desafíos.

Ciertamente, asumo la visión optimista con respecto a la reducción del horario de trabajo.

—En 1960, en París; yo estaba en la conferencia. Se trabajaba sesenta horas en el pasado. En 1960 Leóntiev

dio una conferencia en París hablando de la reducción del horario.

También se resalta el tema de la educación y Enrique dice algo sobre incorporar elementos de la educación dual. Yo creo que sí debemos incorporar en el trabajo la educación dual, que va generando, además, el incentivo del emprendedurismo en el niño. Hay que entender que para innovar hay que tener conocimiento, y el conocimiento es lo que surge si realmente incorporamos desde temprana edad el emprendedurismo como un elemento que hay que comenzar a despertar en las generaciones jóvenes.

Pero yo creo que en el tema educativo importa mucho, además, que la educación es algo más que la escuela: también es la familia. Viendo las experiencias en Asia puedo decir que es la familia la que se compromete, no solamente la maestra. De alguna manera, esa visión integral de la educación debemos tomarla como ejemplo de por qué allí están logrando tanto progreso en ese campo.

Creo, también, que es muy importante comprometer a la empresa. La formación profesional es fundamental y es muy baja en América Latina, creo que ronda el 20 % o el 22 %. Dicho sea de paso, Uruguay ha sido muy inteligente en este sentido. La empresa tiene que tomar como un punto fundamental la formación profesional y la formación permanente; es una alternativa que hoy se está estudiando con mucho interés. Creo que ahí hay capacidad de hacer mucha cosa y yo celebro que Enrique haya planteado cómo participa la empresa.

Me parecen muy innovadores algunos sistemas que se están aplicando ahora para tratar de hacer frente a la desocupación juvenil —grueso problema en todas las dimensiones—, como que el Estado se haga cargo durante dos o tres años de un porcentaje del 60 % o 70 % del salario de la persona que sale de la enseñanza y entra en un empleo, para incorporarlo al trabajo. Generalmente estas personas permanecen luego en ese empleo, o pasan a tener ya una experiencia en el mercado.

Creo que hay que hincar el diente a todas esas formas. El tema de la educación sigue siendo central y la formación profesional está incluida.

Hablamos de la función del trabajo, y creo que hay que ver —ya lo he dicho— cuál es el trabajo del futuro. Ese trabajo del futuro se ve hoy desafiado por la enorme cantidad de oportunidades que mencionaba Carlos, fundamentales para mostrar que hay una nueva forma de trabajo. Sin tener ninguna especialidad en este campo, creo que el tema no es tanto ver cómo la inteligencia artificial asume responsabilidades impresionantes —y temibles en algún sentido—, sino cómo se vincula el trabajo con nuevas tecnologías como la robótica; es decir, cómo pueden interactuar el trabajo y las nuevas tecnologías que se incorporan. Este es un tema que muchos investigadores están empezando a analizar y creo que es muy importante. No debemos dejar a la inteligencia artificial por su lado, sino ver cómo el trabajo interactúa con ella y la potencia, potenciando por tanto la productividad.

La tercera reflexión es, quizás, aquella con la que comencé mis palabras: todo esto es un enorme desafío al sistema político y al sistema de organizaciones sociales, porque de alguna manera se están desafiando las bases mismas del sistema social.

Digo esto porque nosotros somos hijos de la civilización greco-judeo-cristiana, que fundó los grandes valores que hoy prevalecen en el mundo occidental y que se han desplazado al mundo oriental con toda la transferencia de tecnología, las oportunidades que se dieron en materia de comercio, la apertura a la inversión, etcétera. Pero creo que es importante reconocer que en el mundo asiático, en competencia con el mundo occidental, vino un paquete político. Cuando hablamos con los representantes chinos vemos que ellos tienen un modelo político que denominan «democracia autoritaria», aunque a nosotros nos dé un poco de preocupación. No cabe duda de que todas estas transformaciones se van a ir resolviendo, pero hay un desafío al sistema político. Importa analizar qué significa esto para nuestro sistema democrático.

Hoy, Asia tiene el 60 % de la población mundial y el occidente —que básicamente es el Atlántico— tiene el 40 %. En el año 2100 esa proporción cambiará y el liderazgo demográfico lo va a tener el Atlántico, sobre todo por la presencia masiva de África. Asia va a tener 44 %. Esto es muy importante, porque hablamos mucho del Pacífico pero creo que también hay que hablar del Atlántico. En ese contexto, me parece que comenzar a imaginar los grandes desafíos políticos, la gran responsabilidad del Estado y del sector privado en todo esto, forma parte del paquete.

Este no es un fenómeno que se pueda aislar técnicamente, sino que es un tema político. Los asiáticos lo saben muy bien y lo están encarando de esa manera cuando explican por qué estos fenómenos no los puede resolver la democracia que tenemos nosotros, sino ciertas élites que se han ido formando en la vida práctica; ellas son las que van a resolver. Nos cuesta aceptar esto, pero creo que si el mundo occidental quiere defender sus principios tiene que entender que toda esta problemática es un desafío fenomenal al sistema de hacer política, al sistema de las relaciones sociales, al sistema educativo. ¡Está todo en juego! Por eso este era uno de los temas que no quería dejar pasar.

Carlos Slim

Yo les recomiendo no meter al asunto tantas variables.

Lo de la confidencialidad ha sido un problema histórico. En la época de las palomas mensajeras se usaban halcones para tomar la información; los teletipos, las telecomunicaciones han estado siempre bajo intervenciones; los sobres o los correos son abiertos para ver qué dicen; etcétera, etcétera. O sea que espantarse ya de cada variable porque viene el monstruo... pues yo digo que lo único que hace es lograr que tengamos más miedo al cambio y que estemos menos preparados para él.

Yo creo que hay certidumbre —no incertidumbre— de que el cambio va a venir; va a cambiar todo lo que se pueda cambiar. Ya Watson, la inteligencia artificial,



es más certero para diagnosticar el cáncer que los doctores. Ocurre lo mismo con los abogados: las máquinas van a determinar, cada vez con mayor facilidad que las personas, qué decisiones o qué acciones tomar. ¡La inteligencia artificial y todo esto ya está empezando! Seguramente lo que venga va a ser mucho mejor y será más eficiente aplicar la tecnología en lo que ya existe.

Creo que no hay que espantarse porque esto vaya a pasar. Cuando uno no conoce algo y le mete más variables, pasa del desconocimiento a la confusión y al temor, que es producto de no saber qué va a pasar, producto de la ignorancia. Cuando uno ve volar un avión y no sabe en qué se sustenta y cómo funciona puede pensar: «Yo no me subo; eso se va a caer».

Considero que esto es muy importante para todos, pero en especial para los gobernantes y los políticos. Estoy de acuerdo con que es un gran desafío por la rapidez con la que está ocurriendo, pero hay que hacer esos cambios.

Aquí difiero un poco de lo que dicen José Antonio y Enrique: la empresa capacita más a su gente; aquella que no invierte, que no capacita y prepara a su gente se queda atrás, se rezaga. Entonces, no es cierto que la empresa no haga trabajo de capacitación y de preparación; creo que es al contrario. Creo que en lugar de capacitarse en los Conalep y otros institutos, deberían capacitarse en la propia empresa para aprender en el terreno, en el lugar, como ocurría históricamente. Recuerdo cuando mi papá nos llevaba a trabajar para enseñarnos. Eso de que no trabajen los menores de edad, de que tienen que tener 18 años para poder trabajar, se me hace otro absurdo.

Quiero comentar, por ejemplo, que en el caso de Telmex el nivel de educación era de menos de seis grados y ahora es de catorce grados. Se han recibido 3.000 personas de profesionistas, en tanto están trabajando y estudiando por acuerdos que hemos hecho con las universidades.

Estoy de acuerdo con que hay que buscar que las universidades funcionen, con que la educación supe-

rior es fundamental. ¡Ojalá se orientaran más a las ciencias y a la ingeniería, como lo está haciendo China! Comentaba que ya a principios del siglo XVII Riche-lieu recomendaba preparar a la gente para todo, pero especialmente capacitarla para el trabajo. No todo el mundo tiene que ser abogado o ingeniero; hay que desarrollar subprofesionales y capacitarlos para el empleo y para técnicas como las de salud en lo que tiene que ver con el cuidado de enfermos o de jubilados.

Es un hecho que esta es una revolución completa, como fue la industrial. Todas las otras cosas son accesorias o apéndices. El cambio de la sociedad agrícola demoró diez mil años y no cambiaron los paradigmas hasta que se inventó el motor —que primero fue de vapor y luego de combustión—, que cambió al caballo y la vela por el avión, que se mueve a la velocidad del sonido, y hasta que surgieron las telecomunicaciones que funcionan a la velocidad de la luz.

¡Seguirá habiendo cambios y van a ser para bien!

Lo que se señalaba de Leóntiev creo que es bien interesante. Antes se trabajan sesenta horas, luego cuarenta y ocho; cuando nos referíamos a la semana inglesa —era su nombre— hablábamos de cuarenta horas, ocho horas diarias y no se trabajaba los sábados; hoy no es cierto que la gente trabaje cuarenta horas: trabaja de 09:00 a 17:00, sí, pero tiene su *coffee break* y su *lunch*, además de su platicadita, por lo que creo que no llega a treinta horas. Entonces, hay que ordenar eso y cambiarlo. No es fácil y estoy de acuerdo con Enrique en que representa un verdadero desafío al sistema político de gobierno, al que le da miedo hacer cambios porque no piensa a largo plazo.

¿Qué está pasando con China? China tiene un sistema en el que podemos decir que no hay libertades, no hay democracia, etcétera, pero no conozco una sociedad agrícola —como venía siendo China— que tuviera democracia y libertad.

El intento del gobierno americano de que todos los países del mundo funcionen con las mismas reglas que ellos es fatal —es la crisis de África del norte, la Prima-

vera Árabe—; ¡no pueden imponer su sistema a países en los que el Estado y la religión todavía están juntos y viven en un modelo agrícola!

Lo que hará China, seguramente, es quedarse así otros quince años; yo creo que todavía tiene 400:000.000 o 500:000.000 personas en el autoconsumo en las áreas rurales, y mientras no logre incorporarlos —dentro de unos quince o veinte años— va a seguir teniendo un sistema como el que tiene, en el que tuvo la inteligencia de aflojar las decisiones de los gobiernos con acciones de mercado. Esa fue una gran medida, que también había adoptado Singapur, así como el PRI cuando el milagro mexicano de 1933, en que crecimos al 6,2 % durante cincuenta años y pasamos de ser agrícolas y rurales a ser urbanos e industriales.

Ya por último, nada más quiero decir que entre las cosas que se me pasaron está la reconversión urbana. Hay que cambiar las ciudades y hacer que sean como barrios o miniciudades en las que la misma gente viva, se divierta, etcétera, a fin de eliminar tanto transporte de horas que hoy lleva llegar a las fábricas. Eso va a generar, además, una gran actividad económica, que va a crear mucho empleo. Los empleos están en todas esas áreas que se van a generar, aunque seguramente nunca van a llegar a sustituir todo lo que va a aumentar la productividad con el uso de la tecnología.

Gracias.

Enrique Manhard

Cuando hablamos de trabajo y de empleabilidad, hablamos de gente; y, ¿qué es lo que quiere la gente para transitar por esta vida? Seguridad y tranquilidad. Para tener seguridad y tranquilidad tiene que tener trabajo, y para ello tiene que tener la formación pertinente, tal como se dijo acá.

Hay lugares —que yo conozco de cerca— en los que ciertos dirigentes políticos degradan el trabajo, tanto como el consumo y la profesionalidad de la gente.

Contra eso tenemos que luchar para tratar de revertir esa tendencia.

Eso es lo que puedo decir en relación con lo que ya se dijo acá y con lo que esboqué yo en lo que leí anteriormente.

José Antonio Ocampo

En este panel ha quedado suficientemente claro que hay que poner como subtítulo: «La certidumbre del cambio».

Felipe González

Lo único incierto es cómo se conduce para llegar acá. Es decir, lo incierto es cómo llegar; lo cierto es que vamos a llegar o ya estamos ahí.

Carlos Slim

Como dijo Enrique, lo único permanente es el cambio, pero así ha sido toda la historia.

José Antonio Ocampo

Yo quiero resaltar nuevamente —tal vez por pertenecer al sector público— los temas regulatorios inmensos que están surgiendo, donde hay un rezago enorme en el mundo. Por lo tanto, es un tema de fondo en el que hay que trabajar.

Quiero terminar agradeciendo al presidente Sanguinetti, nuestro gran líder, por organizar esta reunión, así como a los tres panelistas presentes.

Enrique Manhard

Quisiera agregar algo más.

Tengo entendido que en Japón, cuando los sindicatos quieren protestar, aumentan la productividad



al doble para ahogar a la empresa. En nuestro país, los sindicatos tienen más poder que el gobierno y no apuntan al trabajo. Yo no hablo contra los sindicatos, sino todo lo contrario; estoy a favor de los sindicatos y de los trabajadores, pero eso es lo que estamos viviendo. No me quejo, pero reitero que es lo que estamos viviendo.

Carlos Slim

Como se hablaba ayer, yo creo que en la modernidad debe existir una buena relación obrero-sindical, porque el sindicato moderno forma parte de la empresa y es una pieza de su éxito. Eso es lo que se debe lograr en la actividad económica moderna.

José Antonio Ocampo

Muchas gracias.

8 - Ética y competitividad empresarial.

Julio M. Sanguinetti
Hernán Rincón
Mónica de Greiff
Carlos E. Moreno

Julio María Sanguinetti

Comenzamos este panel sobre el tema de la competitividad: qué es la competitividad de las empresas y la competitividad de las naciones. Porque esta última es, en definitiva, la resultancia de la competitividad de las empresas, y de la sumatoria de esa capacidad va a surgir, o no, la riqueza de las naciones.

Por eso empiezo con una lectura de Adam Smith, justamente el gran maestro de la economía liberal, normalmente muy caricaturizado, porque se le hacen decir cosas que no dijo y, en cambio, se ocultan muchas otras que sí dijo. Por ejemplo, él dice: «El soberano solo tiene tres deberes de importancia: primero, proteger a la sociedad de la violencia e invasión de otras sociedades; segundo, proteger en cuanto sea posible a cada miembro de la sociedad frente a la injusticia y opresión de cualquier otro miembro de la misma; tercero, el deber de edificar y mantener ciertas obras públicas y ciertas instituciones públicas que jamás serán del interés de ningún particular porque nunca repondrían su costo, pero frecuentemente lo reponen con creces para la sociedad».

Y luego de otras consideraciones sobre los bienes de la competencia entre las naciones y las empresas, dice: «El incremento de los ingresos y del capital es el incremento de la riqueza nacional. La demanda de los que viven de su salario, en consecuencia, aumenta naturalmente con la expansión de la riqueza nacional y no puede aumentar sin ella. Lo que ocasiona una subida de los salarios no es el tamaño efectivo de la riqueza nacional, sino su permanente crecimiento. La retribución generosa del trabajo, entonces, así como es la consecuencia de una riqueza reciente, también es la causa de una población creciente. Lamentarse por ella es lamentarse del efecto y de la causa indispensable de la máxima prosperidad pública».

Esto se decía en 1759 y no está mal recordarlo.

Y ahora vamos a recordar, también, a otro que habla de la competitividad pero desde el lado opuesto. El hombre se equivocó mucho en la construcción utópica, como todos los utópicos. Desde Platón y Tomás Moro en adelante, los utópicos siempre terminaron en construcciones totalitarias. Pero este, en la descripción fue



muy bueno y bastante premonitorio cuando dijo: «Con su explotación del mercado mundial, la burguesía ha impreso un sesgo cosmopolita a la producción y el consumo de todos los países. Para chasco y desazón de los reaccionarios, ha retirado de debajo de nuestros pies el mismísimo suelo nacional. Las viejas industrias nacionales se han ido y se siguen yendo a pique, presionadas por nuevas industrias cuya entrada en escena constituye un serio riesgo para todas las naciones civilizadas.

La vieja autosuficiencia y cerrazón a nivel local y a nivel nacional han dado paso a un movimiento y a una dependencia universal de las naciones. Y esto no solo en la producción industrial, sino también en la producción espiritual». Esto es muy importante para nuestro mundo de hoy: «Así, los productos del espíritu, del intelecto de cada nación se van convirtiendo en un bien común. La unilateralidad y cerrazón nacionales tienen los días contados, mientras vemos cómo, a partir de numerosas literaturas nacionales y locales se va formando una sola literatura mundial».

Quienes decían esto eran Carlos Marx y Federico Engels en 1848; no era un neoliberal contemporáneo.

Creo que esto da un marco teórico interesante, digamos, para ver lo constante que es el cambio. Las revoluciones siempre han producido esto, pero hay quienes, en definitiva, siguen viendo los objetivos básicos, que son los de competir para producir más, para poder desafiar los desafíos de los tiempos en un tiempo global, que es lo que ya se veía a mediados del siglo XIX.

De esta forma, le pedimos a Mónica que comience.

Mónica de Greiff

Bueno, pues, muchísimas gracias.

Creo que el marco que usted nos da hace muy interesante ver lo que pasa hoy en Bogotá y en Colombia. En Bogotá tenemos una producción de muchísimas empresas formales, pero también la informalidad llega, aproximadamente, al 50 %, si no más. Producimos una diversidad enorme de bienes y de servicios, y el gran reto es empezar a lograr la calidad y certificarse para poder crecer y competir en un mundo globaliza-

do, no solamente dentro del territorio, sino abrir nuevas fronteras.

La producción de la pequeña y de la microempresa es compleja, porque todavía tenemos ciertos sueños de los que no hemos logrado cambiar el chip. Cuando les preguntamos a nuestros empresarios si quieren crecer, cómo quieren hacerlo, cuál es su sueño, el 80 % dice: «Exportar. Y quiero exportar a Miami». Cuando uno ve que ese es el sueño pero se les olvida, muchas veces, la posibilidad de perfeccionarse y crecer en su territorio, de entender cuál es su competencia, de dar valor agregado a sus productos, comprende que hay una larga tarea por hacer, y es la que todos los días tratamos de llevar adelante desde aquí, desde la Cámara de Comercio de Bogotá.

Pero también tenemos amenazas muy grandes, que no son solamente las propias de una economía abierta, sino las de temas como la corrupción, la no fortaleza de instituciones, la sobrerreglamentación. Entonces, el trabajo de las empresas no es aislado, sino que tiene que ser conociendo su entorno. Y, por supuesto, es preciso generar las políticas públicas para que ese entorno pueda crecer y mejorar cada vez más.

El ingeniero Slim hablaba en el panel anterior de la educación y la preparación. No todo el mundo tiene que ser abogado o ingeniero; con los nuevos oficios que existen hoy, preparar a la gente para que pueda desempeñarlos, para que pueda acometer esas nuevas tareas, se convierte en un gran reto, desde lo público y desde lo privado.

Tengo el privilegio de haber compartido varias discusiones sobre el tema con el doctor Carlos Enrique, que conoce muchísimo de la materia, por lo que no quiero meterme en eso; ni siquiera me atrevería. Pero sí es importante, de verdad, que entidades como las cámaras de comercio también puedan ayudar y poner su granito de arena para poder cumplir con esto y tener gente calificada para hacerlo.

¿Cómo nos estamos moviendo en el mundo de hoy? Como dije, no hay una empresa que subsista si no evalúa su entorno, si no sabe, se une y conoce muy bien su competencia. Ahí aparecen los clústeres. Estamos en

un mundo en el que tenemos que trabajar juntos, y no siempre se trata de asociarme con alguien para ver qué gano, sino cómo aportamos todos y mejoramos nuestro entorno. Creo que eso es importantísimo y los empresarios tienen que empezar a cambiar el chip. Si yo hoy quiero hacer parte con la Academia, con mi competencia, con sociedades civiles, no es para ver qué saco yo, sino también qué apporto y cómo nos volvemos mejores para competir mejor y conocer mejor nuestro entorno. Para formar cadenas productivas, alianzas —como la Alianza del Pacífico, por ejemplo—, primero tenemos que relacionarnos con nuestros países, con nuestros semejantes, para lograr el conocimiento y poder llegar a mercados como el de Asia.

Pero todo lo que digo, que suena muy bonito y no parece tan difícil, sino más bien un tema de disciplina y organización, se enfrenta a amenazas como la corrupción o instituciones débiles. Se trata de una amenaza real que hace que se desconfíe de nosotros, que no lleguen inversiones extranjeras directas, y que el sector público se vea muy lejos y no tan amigo o aliado de los empresarios, sino más bien como un controlador y un lejano regulador. Tenemos que lograr, de verdad —es una de las propuestas sobre la que creo que tenemos que trabajar muy fuerte—, una cultura de la legalidad y una conciencia completa de trabajar junto con el sector público para mejorar esas políticas públicas que hacen un entorno saludable.

Por aquí dejo, y creo que luego podremos seguir avanzando.

Julio María Sanguinetti

Creo que es muy importante lo que has señalado en ese aspecto: la competitividad es un fenómeno del mundo, de los países y de los agentes económicos; pero el Estado tiene que proveer la seguridad jurídica, tiene que proveer el orden público, tiene que proveer la apertura de los mercados. Tú hablas de la Alianza del Pacífico; esas son las carreteras que tiene que abrir el Estado y por ellas, luego, tendrán que transitar las empresas. Allí sí, entonces, tenemos los temas innovación y educación.

El doctor Moreno nos va a dar una visión sobre la microempresa, fundamentalmente.

Carlos Enrique Moreno

Presidente, mil gracias.

Cuando me hablaron de ética y desarrollo económico, yo dije «De esto sí les hablo». Yo soy malito para las presentaciones, pero me parece un tema muy importante.

¿Cómo lo interpreto yo? Es la búsqueda del bien común. ¿Cómo hacer para que el desarrollo sea para las mayorías? En este sentido, uno puede entender que es la situación que maximiza la suma del beneficio o utilidad de todos y de cada individuo. Entonces, miremos cómo podemos hacer eso en desarrollo económico y cómo mejorar la competitividad.

El desarrollo productivo equivale a crecimiento, que uno lo puede estructurar de muchas formas. ¿Qué hay que hacer para transformar empresas existentes, traer nuevas empresas, desarrollar sectores claves y expandir las diferentes regiones? Hay una serie de instituciones que apoyan el desarrollo, así como políticas relevantes —la arancelaria, la tributaria, etcétera—, además del entorno costo-país. Yo solo me voy a enfocar en qué hacer para transformar las empresas existentes y desarrollar la diferentes regiones, a nivel país, sector, empresa, etcétera.

El desarrollo se puede resumir en lo que hay que hacer para diversificar, para que tengamos nuevos productos, para que aumentemos el valor agregado y para lograr la modernización tecnológica de lo que se produce. Para eso, uno tiene que trabajar en dos cosas: aumentar la capacidad productiva a través de equipos más modernos, pero sobre todo, incentivar las competencias productivas de la gente, o sea, ver qué es lo que hay que hacer para transformar el talento.

Esas competencias productivas son por industria. No son las mismas las competencias productivas de la avicultura, que las de la tecnología de la información o las de la metalmecánica. Entonces, reitero, son por industria. Y eso se da a través de procesos individuales y colectivos.



Miremos un poquitico más ese par de temas.

Los procesos individuales ocurren en dos capítulos: primero, en la educación universitaria, que es el conocimiento conceptual; pero luego, la parte tecnológica, el conocimiento procedimental, se da en los politécnicos o en el aprender haciendo en las empresas.

Pero tenemos un elemento adicional que son los procesos colectivos, cuando uno le cambia a una sociedad los sistemas de creencias: pensamiento creativo, imaginación, apertura al cambio, curiosidad, etcétera. O sea, cómo le cambia uno el chip a la sociedad.

Miremos ahora el caso colombiano y observemos las cifras, que son impresionantes. En Colombia hay 2:550.000 empresas, de las cuales 1:570.000 son personas naturales, es decir, empresas pero de personas naturales. Existen 980.000 sociedades, de las cuales 850.000 son microempresas, 100.000 son pequeñas y solamente 30.000 son medianas. Si uno quisiera tener una visión ética del tema y deseara realmente enfocarse en el bien común, uno debiera estar pensando qué es lo que hay que hacer para transformar el 98 % de las Mipymes de Colombia, o sea, qué hacer para transformar esas 2:500.000 empresas.

Todo el mundo habla de que hay que mejorar el nivel de vida. ¿Qué es lo que hay que hacer? Cuando uno mira tecnológicamente y observa el mapa de la complejidad económica de Ricardo Hausmann, se encuentra con que el 98 % son empresas poco sofisticadas, empresas básicas en los diferentes sectores, como construcción, etcétera. ¿Qué es desarrollo? Es cómo lograr la transformación productiva de esas empresas de comercio, de las pequeñas industrias, de las pequeñas agriculturas, en fin, de los diferentes sectores. Vamos a ver cómo las transformamos.

Como lo dijimos, uno tiene que trabajar en las competencias productivas en lo que tiene que ver con la educación, en el tema de transferencia de tecnología y, sobre todo, en modernización industrial; pero en todo al mismo tiempo. Si no, preguntémosle a Cuba, que hizo una revolución en la parte educativa pero destruyó el aparato productivo. Puede uno mejorar el nivel de vida con un talento muy bien formado, pero sin

aparato productivo no sirve. Entonces, todo tiene que trabajar al mismo tiempo.

Empecemos rápidamente con lo primero, que es el tema de la educación. Esto requiere una estrategia integrada de aprendizaje para cada una de las industrias. La industria de tecnologías de información requiere una estrategia de aprendizaje; la metalmecánica, otra; la agroindustria, otra. Esas industrias tienen, cada una, su parte conceptual y procedimental, y la idea es orientar a generar alto desempeño en cada industria. ¿Cómo transformamos la formación en cada una de esas industrias para lograr alto desempeño? En educación universitaria especializada hay que trabajar en la parte del pensar –en el caso colombiano, por ejemplo, está totalmente desarticulada con el desarrollo productivo–, y la parte tecnológica se hará en politécnicos; luego se aprenderá haciendo. Cada industria requiere un set específico de competencias. Los milagros económicos van de la mano de milagros educativos, y estos últimos tienen que ir articulados con el sector productivo.

¿Qué ha hecho Alemania? Tiene su formación escolar, tiene su mercado laboral, tiene una parte universitaria, y la palabra «APLICADA» la escriben con mayúsculas. Hay una formación dual gigantesca –del tamaño relativo de la gráfica que estamos viendo–, aplicada, también, además de formaciones tecnológicas especializadas, aplicadas. Entonces, la palabra nueva que aparece en el diccionario –en Colombia habría que buscarla en la historia para ver si aparece– es «aplicada». Esa palabra no existe en Colombia.

Ese conocimiento procedimental –no voy a referirme ahora al conceptual– se da en la formación terciaria: aprender haciendo. En Colombia esa formación la da, principalmente, el SENA, que en 2016, cuando yo escribí esta presentación, tenía 5.200 cursos cortos –de menos de 440 horas– y unas pocas carreras tecnológicas. Miremos la relevancia: esos cursos y carreras están enfocados al sector productivo, pero no forman competencias técnicas suficientes. ¿Están realmente orientadas a cada una de esas actividades económicas que dijimos?

¿Cómo debería ser, entonces, el tipo de formación? Si un señor tiene un taller en su barrio, un pequeño

supermercado, un pequeño hotel, una pequeña empresa transportadora o es un pequeño agroindustrial, ¿se puede ir dos años a estudiar al SENA? ¡No lo puede hacer! Entonces, esa formación tiene que ser semipresencial, porque la persona tiene que estar trabajando en su negocio y, al mismo tiempo, aprender. Es más: el Estado le debería pagar ese día o dos días de trabajo a la semana para que pueda asistir y no se le venga a pique su negocio. Además, tiene que ser por módulos relevantes. Si yo soy comerciante, el módulo tiene que ser de comercialización; tiene que haber uno de contabilidad básica; tiene que haber uno básico de contratos; uno de manufacturas para quien tiene, por ejemplo, una fábrica de muebles. Y tiene que ser en un aprender haciendo que entienda mejores procesos, mejores prácticas, etcétera. De alguna forma tenemos que generar un supermodelo de formación terciaria que sea totalmente relevante al sector productivo que queremos cambiar.

En Colombia, entonces, ¿qué mira uno? Hay una educación secundaria, universitaria, pero la terciaria dual es realmente incipiente. Debiera ser 80 % práctica y 20 % teoría.

Si miráramos el segundo capítulo, que es la transformación tecnológica, veremos que no estamos hablando de ciencias ocultas, sino de adaptar nuevas tecnologías, de procesos de producción, de aprender y ayudar a desarrollar nuevos productos, de formas de mercader, de nuevas materias primas, de nuevas formas de administrar, de innovación en procesos; todo eso acompañado con equipos de alta tecnología, automatizaciones e integraciones. ¿Para qué? Para poder cerrar la brecha y pasar del tercer mundo al primer mundo, actuando todo al mismo tiempo.

Si esas empresas están agrupadas en clústeres, pues, ¡todavía mejor!, porque será mucho más eficiente la intervención.

¿Cómo hace esto el mundo desarrollado? Con los servicios de extensión tecnológica. El «extensionismo tecnológico» es la forma como uno puede llegar masivamente al sector productivo básico, para cambiarlo y mejorar su productividad. ¿Qué nos dice esto? Los servicios que tienen mejoramiento continuo, crecimiento, enseñan que hay que reflexionar para crecer

en un negocio, desarrollar proveedores, sostenibilidad, etcétera.

Reitero, entonces, que no estamos hablando de ciencias ocultas. Si uno, realmente comprometido y de manera ética, quiere transformar el sector productivo y que mejore la productividad, no se trata simplemente de «Bla, bla, bla, mejoremos la productividad», sino que tiene que tener servicios de extensión tecnológica y formación verdaderamente relevante; no es solo decir «¡Ojalá mejoremos!»

Finalmente, pues, habría que tener bancos de desarrollo que apoyen la modernización industrial. ¿Eso qué es? ¡Hombre!, una cosa muy básica. Yo trabajé manejando un grupo colombiano muy grande y teníamos créditos a ocho y diez años, a las tasas más bajas; siendo usted microempresario se encuentra con que lo máximo que le prestan, si le prestan, es a tres años, con tasas muy altas.

En la empresa donde trabajaba me tocó hacer más de mil proyectos de reconversión tecnológica –hornos, inyectoras, equipos digitales, robotización y todo lo que usted quiera–, y el *payback* normal eran cinco años. Si a usted, como pequeño industrial le prestan a tres años cuando el *payback* es de cinco, lo están matando. Entonces, se necesitan bancos de desarrollo que lo único que deberán hacer es aplanar las tasas y alargar los plazos; y en eso es fundamental el papel del Estado.

En resumen: ¿qué se necesita para articular un cambio verdaderamente productivo y ético? Aclaro que con «ético» me refiero a llegar a esas 2:500.000 de empresas. Se necesita contar con politécnicos, esquemas de aprender haciendo, organismos de certificación en competencias, servicios de extensionismo tecnológico y bancos de desarrollo.

Para cerrar quiero decir que buscar el bien común es lograr algo que le llegue a la mayoría de las mayorías, es extensionismo tecnológico masivo y formación pertinente enfocada en Mipymes.

Esa es mi interpretación ética de cómo maximizar la suma del beneficio o utilidad de todos y de cada individuo.



Esta sería mi presentación.

Julio María Sanguinetti

Es una visión ética y social.

Yo le haría una pregunta, antes de darle la palabra al amigo Rincón. ¿Qué grado de comprensión —digamos— tiene el sistema educativo sobre la necesidad de adaptarse a estos cambios? Como todos sabemos, en nuestra América Latina, desde Alaska hasta Tierra del Fuego —o, al menos, desde México hasta Tierra del Fuero, para no extendernos tanto—, hay una enorme resistencia al cambio en los sectores de la educación, especialmente por parte de las gremiales que, lejos de ser la vanguardia del pensamiento que debiera arrastrar a los políticos —superficiales y vanidosos como somos— y a los empresarios —ávidos de ganancias—, por el contrario, representan un factor conservador. Si uno les habla de evaluar rendimientos, responden: «Eso es neoliberalismo; usted quiere cuantificar el saber». Entonces, uno dice: «Mire: cuando yo iba a la escuela, la maestra me ponía una nota. Lo que quiero es eso, porque si no evaluamos no podemos avanzar. Y eso reza tanto para el alumno como para el profesor».

Ni hablemos de lo que es inversión o educación dual. Alemania tiene una tradición histórica, que viene de la Edad Media; en nuestros países, en cambio, ha sido un debate histórico.

Puedo contar que en mi país, en 1912, durante la segunda presidencia de don Pepe Batlle, se estaban abriendo liceos de secundaria en todas las zonas en las que no los había a fin de alcanzar un nivel de equidad, porque los jóvenes del interior no podían llegar a la universidad; en ese entonces hubo un debate entre él, como presidente, y alguien que luego terminó siendo un gran artista, un gran pintor, Pedro Figari, que decía: «hay que trabajar pensando y pensar trabajando». Eso requiere incorporar la variante tecnológica, que es parte de la cultura, porque cultura es un libro y cultura es una mesa; arte es tanto un cuadro como una escenografía o un ropero.

Se trata de viejos debates, pero la pregunta es cuánta comprensión de esto hay en esos ambientes.

Carlos Enrique Moreno

Pues, usted me toca una fibra fuerte con esa pregunta.

En el periódico de la Universidad Nacional, que me parece exquisito —es realmente bueno—, hace dos años salió un artículo que había escrito un profesor, que hablaba de qué había pasado en América Latina con la educación. Decía que en la década de los sesenta alguien —no recuerdo el nombre— había dicho que la universidad debía dedicarse, básicamente, a la investigación en la docencia, y que, de alguna forma, eso había marcado una ruptura con el sector productivo.

En este transitar y pensar sobre todo este cuento, me dio por mirar —con una persona que me ayudó mucho en Corona— qué estaban enseñando las universidades colombianas, y me encontré con que la mayoría de la formación era social, que es absoluta, total y completamente necesaria en un país que ha tenido los conflictos de Colombia. Pero la reflexión no es esa, sino si la formación STEM —*science, technology, engineering and mathematics*— es suficientemente importante; y lo que se encuentra uno es que no hay una gran formación STEM. Tenemos una universidad que no tiene suficiente relación con el sector productivo y, al mismo tiempo, tiene una escasa formación STEM.

Ese es uno de los primeros problemas que yo creo que tenemos.

El segundo es que no hay suficiente conciencia sobre la necesidad de la formación tecnológica porque, de alguna forma, esta ha sido malinterpretada y se ha visto como una competencia de la educación superior.

Releyendo sobre esto, en Alemania dicen que la formación tecnológica no es un *the end*, o sea, un camino que termina; puede ser un paso, puede ser el final de la formación o puede ser un camino o una formación universitaria. Creo que en la medida en que uno conciba de una manera distinta la formación tecnológica y la masifique completamente, debería realmente cambiar la productividad del país.

Voy un poquito más lejos: uno de los programas del presidente Duque es la doble titulación. La doble titulación es uno de los *game challenge* del país, uno de los temas que realmente puede cambiar el juego porque le da oportunidades a la gente, sobre todo en las regiones, de tener ese camino tecnológico, mejorar su nivel de vida y, si después quiere ir a la universidad, puede hacerlo.

Entonces, sí hay que repensar bastante cómo articular más la educación con el sector productivo y cómo apuntar todos hacia el desarrollo económico en el país. Es justo, es ético, aumenta la clase media y creo que es lo que hay que hacer.

Julio María Sanguinetti

Señor Rincón, tiene la palabra.

Hernán Rincón

Gracias, presidente.

Quiero tomar el ángulo que me corresponde en este panel, que es el del sector privado, el de la empresa privada.

Me voy a referir al primer punto que tocó el presidente, que es la competitividad, y a la importancia que ella tiene para nosotros, como empresarios privados, y en particular para Avianca.

En primer lugar, creemos en los mercados abiertos, creemos en los mercados competitivos, creemos en la libertad de empresa, creemos en las teorías de Milton Friedman. Cuando yo expreso esto algunas personas me dicen: «¡Un momento! Explíqueme eso un poco más, porque Avianca es muy fuerte y tiene un porcentaje muy grande del mercado. ¿Cómo es que a usted le gusta la competencia?» Hay que mirar a Avianca en su totalidad, y voy a repasar varias cosas.

En todos los países en los que estamos sirviendo directamente al mercado doméstico, como en Argentina, Brasil, Perú, Ecuador y toda Centroamérica, somos de las empresas más pequeñas; no somos la empresa

dominante. Solamente en Colombia es donde tradicionalmente se ha dado una fortaleza de Avianca comparada con su sector. Pero hay una ironía que pocos han observado y es la siguiente. El desarrollo acelerado y el éxito de hoy de Avianca se dieron cuando se abrió el mercado a la inversión de las demás aerolíneas. Cuando éramos los únicos no crecimos; empezamos a crecer cuando llegó la competencia. Para nosotros eso es fundamental. ¿Qué buscamos del gobierno para esa competencia? Normas claras y que se cumplan, así como leyes que se cumplan.

El año pasado hicimos una apuesta gigantesca —lamento los impactos negativos que pudo haber tenido para todos ustedes la larga huelga de pilotos que tuvimos en Colombia— a la institucionalidad de Colombia: fuimos hasta la Corte Suprema de Justicia tres veces, y ganamos esa desafortunada batalla. Nadie quiere pelear con sus propios empleados, pero a nosotros nos tocó enfrentar a nuestros pilotos en las cortes. Esa apuesta fue gigantesca; literalmente apostamos la compañía a que la Corte Suprema y las leyes interpretaran de manera correcta lo que nosotros sabíamos que estábamos haciendo, y afortunadamente así ocurrió.

Pero la competitividad para Avianca no para allí. La siguiente etapa, y la más importante para nosotros, es trabajar de la mano del gobierno, de la mano de nuestros socios y de nuestra cadena de valor, para competir internacionalmente con las otras aerolíneas. No nos interesa solamente competir en Colombia, en Perú o en Ecuador; eso se puede hacer relativamente bien. Pero para competir con las grandes aerolíneas del mundo —American, Lufthansa— se requiere de una alianza y de un trabajo conjunto entre toda la cadena de valor que sostiene a Avianca, los gobiernos de los países en los que trabajamos y nosotros mismos. Eso es lo que estamos haciendo, y estamos tratando de convertir a Colombia en un centro aeronáutico para servir a toda América Latina.

Tenemos varios proyectos que, si nos diera el tiempo, más adelante los comparto aquí con gusto.

Esa es la forma en la que Avianca ve la competitividad: la ve como empresa y la ve como país. Las dos son necesarias para poder progresar.



Julio María Sanguinetti

La aeronáutica es, necesariamente, internacional; por tanto, ahí la competencia es inevitable. Ahora, ¿cuánto subsiste de artificialidad en ese mercado?

Las grandes empresas europeas, en su tiempo, eran muy subsidiadas; no sé cómo es la realidad actual y cómo se compete con las empresas asiáticas, que son muy particulares también.

Hernán Rincón

Desde la apertura del mercado de Estados Unidos – que fue el precursor hace treinta años– quedan hoy pocas empresas en el mundo que tengan un apoyo directo del Estado; en particular, quedan tres o cuatro grandes: Turkish Airlines –que tiene el apoyo del Gobierno de Turquía que pensó, correctamente, que era una manera de extender la presencia de Turquía en el mundo, y lo ha hecho bien– y las empresas del Golfo, que son las grandes internacionales. Por supuesto hay excepciones, pero el resto de las empresas grandes de hoy día –Lufthansa, Iberia, KLM, British, o en el caso de Colombia Avianca, LATAM, Copa, que son las más grandes– son privadas, todas compiten ferozmente entre ellas, y no tienen subsidios ni apoyo del Estado en nada.

Julio María Sanguinetti

Mónica, retornamos un poco al tema del trabajo que ustedes están haciendo.

Es interesante que la gente modesta crea que el destino es exportar. Naturalmente, aquí la geografía es muy importante: miran al mercado norteamericano porque están muy cerca; yo vengo de un lugar lejano, del profundo sur, por lo que para nosotros esas referencias son sumamente lejanas. Pero es importante eso: que miren hacia afuera. Ahora, ¿cuánto hay de informalidad y cuánto de formalidad en esas pequeñas empresas que ustedes están analizando?

Mónica de Greiff

Tenemos dos tipos de empresas en la Cámara de Comercio.

A veces viene alguien con una idea y se convierte en un emprendedor; esa persona inicia con nosotros una etapa que dura dieciocho meses, que va desde la creación de la empresa con todo su tema de marco legal, luego incluye la ayuda en generación de valores, en análisis de competencia, en su programa de desarrollo e innovación y por último ingresa al programa Bogotá Exporta, que es ya al final, si tiene las capacidades y las competencias.

¿Qué es importante entender? De diez microempresas que se crean, a los tres años solamente subsisten cinco. Se trata de una mortalidad del 50 %. ¿Cuál es el reto económico importante de Bogotá y su región? Pasar esa etapa y lograr que tengan una duración mayor, y que cuando generen un empleo sea formal y de calidad. Ese tiene que ser un compromiso de todos los empresarios de Bogotá. El 90 % de esas microempresas son familiares, lo que quiere decir que trabajan sus hijos, sus sobrinos, su señora o su marido; generalmente ese empleo no es de calidad. Aquí también hay un reto enorme para la seguridad social: que ese empleo y esa ayuda familiar que se brinda a la modesta se considere como un empleo formal y se aporte a la seguridad social.

Ayer el presidente Duque hablaba de cuántas personas en Colombia contribuyen a la seguridad social y decía que eran, más o menos, 8:000.000; en España lo hacen 22:000.000, con una población similar. O sea que la brecha es enorme y el reto es hacer algo.

Lo segundo que debemos decir es que la gente puede vivir de su talento; es la economía naranja. La Cámara de Comercio, desde hace más de catorce años, ha sido una impulsora de la economía naranja. Tenemos plataformas especiales para música, para diseño –diseño industrial y diseño textil–, para literatura, para arte; tenemos muchísimo que ofrecer. Generalmente, las personas que viven de su talento no saben hacer empresa, o ponen su talento a servicio pero no saben cobrar, o no saben registrar los derechos de autor, de propiedad intelectual, etcétera. Se puede vivir de un talento y nosotros les ayudamos con toda la parte empresarial.

Pero, como dije, el reto es enorme para esas microempresas. ¿De qué nos sirve que subsistan si no tienen capacidad de crecer, de mejorar y de alcanzar mayores mercados? Ese es un reto que tenemos que enfrentar, y debemos hacerlo con educación, pero también con estrategias inteligentes. Y eso fue lo que logramos en Bogotá cuando nos unimos cantidad de entidades y dijimos: «Hagamos un plan de estrategia inteligente. ¿Cuáles son los productos y en qué sectores vale la pena que se establezcan empresas en Bogotá?» Encontramos sectores industriales, sectores de servicio, toda la parte de economía naranja –corte, confección, textiles, zapatería y marroquinería se da muy bien acá–, el turismo y los negocios –estamos convirtiendo a Bogotá en una ciudad de turismo y de negocios– y, además, biofarma. Teniendo en cuenta la localización de Bogotá, la falta de acceso, la falta de carreteras de calidad y los costos de transporte a los puertos, pues, deben ser productos que se puedan exportar en avión. Esto tiene que ver con el biopolo, las farmacéuticas, continuar con las flores y algunos temas de valor agregado en la cadena agrícola.

Reitero que el reto es enorme: es cómo tratar de que esas microempresas crezcan, conozcan su potencial y que, las que quieran y puedan, cada vez tengan acceso a mayor tecnología, a innovación y logren exportar.

Julio María Sanguinetti

Doctor Moreno: en la descripción que usted ha hecho resulta evidente que la estabilidad social del país se está defendiendo, básicamente, por esas pequeñas empresas. Más allá de lo económico, lo social está allí; ahí lo ético y ahí lo social. Mi pregunta ahora sería qué porcentaje de esas empresas tienen capacidad exportadora, y si pueden salir del mercado de Colombia.

Carlos Enrique Moreno

Me voy a referir primero a la estabilidad del país.

Evidentemente eso es parte de la estabilidad, pero la otra parte la tenemos que garantizar en el territorio; y en el territorio la garantizamos en la medida en que tengamos una masiva prediación, o sea, logrando que el tema catastral, que parece menor, se vuelva absoluta y completamente masivo, para que la gente pueda

tener títulos de propiedad, no solamente a nivel rural, sino también a nivel urbano en los barrios marginados. Entonces, si pensamos en estabilidad, yo le diría que no solo es el apoyo a la pequeña y a la mediana empresa, sino además, que masivamente podamos garantizar derechos de propiedad para la gente; y para eso, el tema de la prediación es absolutamente fundamental.

Ese es un capítulo.

Ahora: ¿cuántos exportan? Unos pocos miles. Pero cuando uno ve la fuerza que tiene este país, la fuerza que tiene la gente, la imaginación, la inventiva, el capital humano que hay aquí, es absolutamente emocionante e impresionante. Lo que hay que hacer es soltar amarras. Yo le digo a la gente que eso es como elevar cometas: si usted no le da cuerda, la cometa no eleva; si usted se la suelta toda, tampoco eleva; si usted le suelta cuerda, le jala un poquito, le suelta cuerda, le jala otro poquito, eleva mucho. Es lo que yo creo que hay que hacer.

Y con respecto a lo que decía Mónica de la pequeña empresa, entiendo que el Estado tiene que pensar en políticas graduales en lo que tiene que ver con la normatividad. La igualdad es la desigualdad entre desiguales; la pequeña empresa no puede tener el mismo tratamiento que una gran empresa desde el punto de vista normativo, sino que tiene que tener algo completamente mínimo. Tenemos que bajar las barreras de entrada a la formalización, para que sea muy fácil pasar de lo informal a lo formal. Cuando uno permanentemente se regodea en los medios internacionales compitiendo para ver quién tiene más sofisticación en su regulación, lo que está haciendo es subir las barreras de entrada, diciéndole a la gente: «Tú nunca podrás ser formal». ¡Eso me parece una completa injusticia! Creo que hay que ir a la gradualidad.

Queremos desarrollo económico, queremos equidad; entonces, trabajemos en la pequeña empresa, trabajemos en la prediación, trabajemos en establecer normas graduales, bajemos todo lo que son los límites a la informalidad, masifiquemos la formalidad, hagámosla fácil y no difícil. Lo mismo para la parte impositiva como para todo.



Julio María Sanguinetti

¿Qué tiene para agregar usted, Rincón, que mira desde el aire?

Hernán Rincón

Hablaría del otro pilar de nuestro panel, referido a competitividad y ética. He hecho mención a la competitividad desde el punto de vista de la empresa privada; permítanme un minuto, entonces, para hablar de la ética desde el mismo punto de vista.

Para nosotros la ética, entendida como las reglas del buen comportamiento, también tiene dos componentes. En lo que tiene que ver con el interno tenemos unas políticas muy estructuradas y hemos aprendido mucho desde que fuimos listados en Nueva York. Estar listado en Nueva York implica estar sometido a los controles americanos, bajo una cantidad de normas que nos han exigido ser muchísimo más estrictos, cuidadosos y diligentes en la vigilancia y en la guía de comportamiento de nuestros empleados, y hemos adoptado todas las políticas de anticorrupción, de comportamiento con los entes políticos, con el sector privado y con nuestros socios. Se trata de normas muy claras, muy bien definidas, emanadas de la Junta Directiva para toda la organización, y eso rige el comportamiento de nuestros empleados.

Pero también creemos que como empresa debemos tener un comportamiento importante ante las sociedades y comunidades que servimos. No se trata solamente de ofrecer un pasaje, de ofrecer un transporte –y comunico a todos los que quieren exportar que estamos listos para ir a Miami a llevarles todo lo que quieran–, sino que tenemos que comportarnos de una manera muy especial: ser un ciudadano corporativo es, para nosotros, parte integrante de lo que hacemos.

Hay algunos ejemplos que son bien conocidos: Avianca siempre se ha distinguido por atender las ciudades o los pueblos en los que ocurren catástrofes naturales. Nosotros transportamos a los médicos y nos hacemos cargo de la infraestructura necesaria para llevar todo lo que requiera en ese momento el pueblo o la ciudad que ha enfrentado una catástrofe natural.

Pero vamos mucho más allá. Hace dos semanas regresé de Naciones Unidas, donde por primera vez tres empresas privadas –Mastercard, la empresa financiera; Unilever y Avianca– se han asociado con Unicef para llevar educación, entrenamiento y oportunidad de trabajo para jóvenes de entre 8 y 24 años. Esto es nuevo; es la primera vez que Unicef lo hace y nosotros lo hacemos con Unicef. Estamos aprendiendo, pero ya realizamos el primer proceso: tuvimos una junta, establecimos los mecanismos de trabajo y ahora vamos a recorrer. Obviamente, esto es para el mundo, pero nuestra especialidad, naturalmente, será América Latina.

Esos son los dos ángulos de la ética desde el punto de vista de una empresa privada.

Julio María Sanguinetti

El Estado es muy importante, porque es el que tiene que ofrecer las garantías básicas.

Cuando uno piensa en competitividad está pensando, primero, en seguridad jurídica. Se decía aquí: «¡Que se cumpla!», y lo dijo ya Don Quijote: «Pocas pragmáticas, Sancho, pero que se cumplan».

En segundo lugar tenemos lo que genéricamente podríamos llamar «estabilidad monetaria», pero digamos que son condiciones monetarias que hagan posible y no distorsionen la competencia. Este es un tema muy importante en nuestra América, que desgraciadamente afecta de manera directa la competitividad, aunque no sea un factor de la productividad.

Por ejemplo, como ustedes saben, los uruguayos vivimos entre dos gigantes que tienen tendencia a la ebriedad, por lo que nuestra vida no es cómoda: tenemos que dormir con un ojo abierto. En este momento nos encontramos con que Argentina devaluó 50 %. ¿Qué debemos hacer nosotros, como competidores directos que producimos lo mismo? Si uno corre con devaluaciones competitivas detrás, termina alterando su estabilidad inflacionaria o su estabilidad de precios; de lo contrario sufre un deterioro cambiario que resta competitividad a la actividad productiva. No es sencillamente

lla esa historia. Pero además tenemos a Brasil, que es un enigma, porque el casi nuevo presidente anuncia una serie de medidas que van en la línea de la liberalización, en un país que tiene una gran tendencia al mercado interno. El empresariado grande tiene una importante tendencia hacia su propio mercado por comodidad, porque es enorme. El sueño de Brasil fue el acero, pero su mayor exportación es la materia prima hierro, porque no pudo cumplir ese sueño de Getúlio Vargas en 1930 y de Kubitschek en los años cincuenta.

Entonces, los factores nacionales de competitividad son: el mercado, la seguridad jurídica y el crédito, que puede ser público o privado. Afortunadamente, en los últimos tiempos el mundo ha tenido mucho más crédito que nunca, quizás; eso ha sido muy bueno e, indudablemente, un gran dinamizador. Cuando yo llegué a la Presidencia la primera vez, el Bono del Tesoro norteamericano pagaba 11,9 % de interés —estoy hablando del año 1985—; en los últimos quince años ha pagado 2 %, 3 % o 1,5 % y hasta discutimos tres cuartos de punto. El tema es que eso no se traslada directamente a las pequeñas empresas.

Pero la formalidad es la condición necesaria del crédito, y las pequeñas empresas requieren de esos elementos jurídicos porque, si no, la capacidad de innovación tecnológica se vuelve mínima, cuando es imprescindible. La capacidad de productividad requiere entendimiento y capacidad de organización para lograr, realmente, rendimientos adecuados.

En fin, la competitividad es un factor muy complejo, que hace a los individuos, a la educación del país, a la capacidad empresarial, a la estabilidad jurídica, a la capacidad de las naciones, y luego al mercado mundial, que es un gran escenario. Hemos trabajado mucho por el mercado abierto —por un mercado lo más abierto posible dentro de las condiciones razonables que puede haber— y hoy nos encontramos con el absurdo de que la única potencia que se sigue llamando comunista o socialista es la campeona mundial del liberalismo, y el histórico líder del liberalismo defiende el proteccionismo. Estamos en esa situación paradójica que nos cuesta mucho, al menos en nuestra América Latina.

Eso es una consecuencia, también, de nuestros divorcios políticos. Por ejemplo, en cierto momento se construyó la Unasur, con respecto a la cual nosotros estuvimos muy en contra. Con Felipe tuvimos un debate tremendo en São José dos Campos, en San Pablo, cuando apareció este invento. Los brasileños nos querían matar porque les decíamos que eso era una cosa de cuadro chico. ¿Qué pasaba? Que su histórica competencia había sido con Argentina —aunque ya había terminado porque el tamaño de Brasil había superado claramente a Argentina—, pero le había aparecido un competidor nuevo en el barrio, que era México. En lugar de asumir esa competencia como un fenómeno que podía potenciar a toda América Latina, se decretó que México era Estados Unidos porque tenía con él un acuerdo de libre comercio, aunque también lo tenía Chile, que pertenece a nuestro profundo sur. Pero se inventó eso, mirando a México desde afuera. Ese fue un gravísimo error político, que luego tuvo su réplica en el Pacífico. A su vez, tuvimos luego una réplica política que mucho daño nos hizo, que fue el ALBA, cuando Venezuela, Ecuador y Bolivia generaron un espacio que se iniciaba como fenómeno político pero culminaba como fenómeno comercial.

Y nuestro Mercosur está intentando, desde hace más de veinte años, hacer un acuerdo con la Unión Europea. Firmamos un solemne tratado en el Palacio de Oriente, en el gran Salón de las Columnas, bajo la atenta mirada de la estatua del emperador Carlos V que nos observaba desde su espíritu bélico, ya que no era muy comerciante que digamos. Como decía, firmamos, lo intentamos, pero pasan los años y han pasado ya varios gobiernos, y seguimos hoy en una negociación que todos dicen que va bien pero que se ha vuelto a atascar. Y agrego, además, nuestra propia situación del Mercosur, que fue un emprendimiento muy ambicioso, que nació en los años ochenta con el espíritu abierto de las reconstrucciones democráticas que habían venido luego de aquella época de finales de los sesenta y los setenta, con los golpes de Estado.

Y aquí mi homenaje a Colombia, que resistió; el resto caímos un poco en la dialéctica de guerrillas auspiciadas y financiadas de un lado, y golpes de Estado



auspiciados y financiados del otro, ya que por un lado teníamos a La Habana, Cuba, y por el otro, al Pentágono. Fue ese el gran telón de fondo de una guerra fría, que fue fría entre ellos, pero que para nosotros no fue así, sino bien caliente, bien sangrienta y bien tremenda.

Así emergía nuestro Mercosur. El retorno democrático ocurría primero en República Dominicana y Perú, en 1978; en 1983 en Argentina; en 1985 en Brasil y Uruguay, y en 1989 en Chile y luego en Paraguay, que fue la gran sorpresa. Esto era absolutamente lógico, y anduvo bien desde 1981 hasta 1989. Esos primeros ocho años fueron magníficos, de gran libertad, gran expansión comercial, grandes tratados, alianzas aduaneras y normas de ese tipo. Pero hete aquí que se produce una devaluación en Brasil –y un resfrío en Brasil es una congestión en el resto; probablemente una gripe en Argentina, pero una pulmonía en Uruguay– y ahí tocamos la gran fragilidad que tenía el Mercosur, que era la asimetría espectacular de unos y el otro. Aun así, se siguió adelante hasta que vinieron los Gobiernos Kirchner, y ahí sí se despatarró todo porque no cumplían nada, sino que actuaban con un criterio totalmente desapegado. Ahora se está tratando de reconstruir.

Cuento todo esto porque los desencuentros latinoamericanos en lo político nos han costado mucho en lo social, como consecuencia de lo económico. Por ejemplo, Uruguay vende a Brasil los mismos productos que al mundo –arroz, etcétera–, pero no así a Argentina, que para nosotros es una prolongación del mercado interno; le vendemos setecientos productos, de los cuales el 80 % son de pymes, porque no le vamos a vender carne a Argentina, aunque alguna vez lo hemos hecho porque las cosas llegaron a tal punto que Argentina tuvo que importar carne. Entendámonos: hasta hace dos años, Paraguay y Uruguay, cada uno por separado, exportaban más carne que Argentina; a eso se había llegado. Ahora, Argentina ha empezado a recuperar rápidamente su mercado.

En esa visión, para nosotros es fundamental la apertura de mercados de la cosa chica, pequeña. ¡Es muy importante! Eso llenaba pequeños talleres. Bra-

sil es un gran productor de tejidos de algodón; allí se compraban camisetas, por ejemplo, que se bordaban en Uruguay y se vendían a Argentina. Ese tipo de cosas es, justamente, lo que uno mira y sueña cuando ve la capacidad de exportación.

Mónica de Greiff

Si me permiten, quisiera agregar algunas cosas a lo que refiere a la parte ética.

Yo creo que los tiempos han venido cambiando muchísimo, sobre todo para la juventud; aquellos a quienes hoy llamamos *millennials* no tienen ese apego a simplemente conseguir un trabajo, sino que prefieren trabajar en una empresa socialmente responsable, amigable con el medioambiente. Si uno le da a un joven la oportunidad de escoger entre dos empresas, busca ese tipo de comportamientos en ellas. Creo que es muy importante, desde el nacimiento de la empresa, que esos valores y compromisos con la sociedad y su entorno estén apegados a lo que está pasando y también a la legalidad anticorrupción. Dado que el tema de la corrupción ha causado un daño enorme en América Latina –y, por supuesto, en Colombia– el comportamiento ético y el comportamiento socialmente responsable de las empresas se vuelve cada día más importante.

Una cosa importante, también, es el estudio de mercado. Para información del señor Rincón, solamente, voy a decir que en la Cámara de Comercio hemos hecho un estudio que arrojó que, en diez años, más del 50 % de las decisiones de compra en Bogotá serán tomadas por mujeres. ¡Eso tiene que cambiar a las empresas!

–Es que la mujer se ha ido capacitando, se ha profesionalizado y está, por primera vez, ocupando cada vez más cargos de responsabilidad. Las mujeres cabeza de familia crecen en una ciudad como Bogotá y, en diez años, más del 50 % de las decisiones de compra las tomarán mujeres. Eso quiere decir que toda la industria, así como quienes ofrecen servicios, deben cambiar su comportamiento y pensar en las mujeres.

Me parece sustancial contarles esto para que aprecien la importancia de que sus empresas contraten mujeres.

Gracias.

Carlos Enrique Moreno

Presidente: aprovechando esta audiencia tan exquisita que tenemos aquí, quisiera hacer un comercial, que es el siguiente.

Tomando lo primero que usted mencionó sobre la estabilidad macroeconómica, quiero decir que en Colombia hemos tenido la fortuna de contar con unos espectaculares macroeconomistas que han permitido que el país tenga una inflación estable, una tasa de cambio razonable, unas tasas de interés adecuadas, en fin, políticas macroeconómicas correctas, diría uno. Pero en Colombia también ha habido un desprecio por la microeconomía, y ese desprecio ha hecho que no tengamos claridad sobre cuáles son las políticas públicas que realmente habilitan el desarrollo económico. Y eso se teje, es complicado y hay que pedalearlo; en resumen, es mucho más difícil. Resulta más fácil ser macroeconomista que microeconomista; para este último es mucho más difícil tejer la política pública.

Simplemente, quisiera hacer un llamado a que rescatemos un poquito la política pública, la *public policy*. Tengo una lista de varios de los países que yo admiro por eso. Estuve 17 años viajando a Chile por la compañía en la que trabajaba –porque nuestros socios chilenos eran gigantes y espectaculares– y me tocó ver lo que hicieron allá al respecto, y confieso que se me chorreaba la baba. También en México y en otros países han hecho un trabajo espectacular.

Creo que hemos sido muy buenos para el contagio ideológico, pero muy malos para pedalear la política pública, que es la que verdaderamente produce el desarrollo.

Ese era el comercial que quería hacer.

Hernán Rincón

Yo no voy a hacer comercial, pero sí voy a referirme a dos temas que se mencionaron aquí: los *millennials* y las mujeres en lo que respecta a Avianca.

Primero diré que entendemos y vivimos lo que representan estas dos fuerzas sociales. Tengo el gran orgullo de decir que entre los vicepresidentes que reportan a mí y a mi oficina, de un Comité Ejecutivo integrado por quince personas, siete son mujeres. Por lo tanto, tenemos una representación bastante equilibrada.

–Una cosa que me sorprendió cuando llegué a Avianca, hace relativamente poco, fue que la empresa lleva 99 años funcionando sin interrupción –se trata de la aerolínea más antigua del mundo que nunca ha suspendido sus funciones; KLM fue fundada dos meses antes, pero en dos oportunidades dejó de volar–, por lo que es la más antigua del mundo como aerolínea, pero la paradoja es que el 65 % de los empleados son *millennials*, y ellos han cambiado totalmente la cultura de Avianca: nos han modernizado y nos han obligado, no solamente a la responsabilidad social, sino a tomar la tecnología como una parte integrante del día a día, lo que nos hace mucho más ágiles, aun siendo una empresa de 99 años.

Muchas gracias a todos por escucharnos.

Julio María Sanguinetti

Muchas gracias a todos.

9 - Medios, valores y contenidos.

José M. Acevedo
Cristina de la Vega
Marisol Cana
Cayetana Aljovín

José M. Acevedo

Un agradecimiento especial a los organizadores por la invitación a moderar este panel, muy importante sin duda, sobre los medios, los contenidos y los valores.

Un saludo particular a los señores expresidentes de América Latina que son, finalmente, los artífices de este encuentro y nos tienen aquí discutiendo y debatiendo sobre estos temas de gran importancia.

Me tocó ser, como decimos aquí en Colombia, «bendito entre las mujeres», con tres mujeres excepcionales, además, que seguramente van a poder aportarnos mucho en un tema que es de vital importancia cuando se habla de sociedad y de democracia, como es el de recuperar los valores de los medios de comunicación y de la comunicación que, en general, mantenemos los ciudadanos en cada una de nuestras naciones en América Latina.

Pero como se trata, precisamente, de discutir sobre el asunto de los valores, de los contenidos y de los medios, quisiera comenzar por tratar de definir, si es que tenemos algún acuerdo, cuáles son los valores que hoy necesita la comunicación en nuestros países, en nuestras sociedades y en nuestras democracias, y llegar a la pregunta de si esos valores se han perdido como consecuencia, por ejemplo, de la entrada de las nuevas tecnologías o de las nuevas dinámicas que enfrentamos quienes estamos en los medios de comunicación, quienes nos dedicamos a este oficio.

Por eso, si les parece, Marisol, Cristina y Cayetana, la primera pregunta es cuáles son esos valores y si, según ustedes, se han perdido algunos de ellos.

Quisiera empezar por ti, Marisol.

Marisol Cana

Buenas tardes a todos.

Muchísimas gracias por esta invitación.

La pregunta es muy sugerente. Yo diría que esos valores esenciales, sobre todo del periodismo, están



más vigentes que nunca; podemos sentir que se han perdido porque son muchísimos más los actores que están contando, expresándose, pero eso es muy bueno.

Creo que vale la pena recordar cuáles son esos valores esenciales del ejercicio del periodismo.

El principal, diría, es el compromiso con la sociedad, con la democracia, y ese compromiso le impone al periodista y a los medios de comunicación ciertos parámetros de comportamiento ético, de privilegiar el sentido del interés público.

Pero también hay otro valor esencial del periodismo que es la independencia. La independencia incomoda porque es respecto de todos los poderes: políticos, económicos, sociales. Es un valor esencial del periodismo que incomoda en la sociedad, pero cuya repercusión e impacto positivo en la construcción de democracia —y de democracia plural, además— es fundamental.

Hay otro valor esencial, que se conjuga con la responsabilidad social, y es el vínculo tan claro con el comportamiento ético y la autorregulación, que quizás es uno de los valores que más en cuestión está cuando tenemos tantas voces expresándose públicamente. Quizás lo que tenemos que ir pensando paulatinamente es cómo lograr que el ciudadano común, que hoy tiene tantas posibilidades de expresarse públicamente, aprenda de esos valores esenciales que nos ha mostrado la riquísima historia del periodismo en el mundo.

Detrás de eso hay una serie de habilidades que van muy ligadas con los valores del periodismo cuando este se hace de manera responsable. Me refiero a ese sentido de la inmediatez, al que además se le tiene que incluir otro elemento fundamental que es la disciplina de la verificación, la precisión, el evitar generalizaciones, el preguntarse cuándo es oportuno decir lo que uno sabe, lo que ha investigado.

Ese compromiso con la verdad, que es otro de los valores fundamentales del periodismo, nos lleva a pensar qué es la verdad en el periodismo, que no es la misma que la de las religiones, por ejemplo. La verdad en el periodismo es algo que se construye cada día, cuando uno va incluyendo un elemento adicional al trabajo de

investigación que hace como periodista; de esa forma va aportando a una construcción de la verdad.

Finalmente, el otro valor esencial del periodismo es el compromiso que tiene con los ciudadanos. Puede ser una entelequia eso de qué son los ciudadanos, pero es tanto el ciudadano individual como el ciudadano plural y el ciudadano que construye sociedad.

Eso es lo que diría inicialmente.

José M. Acevedo

¡Muy interesante! Compromiso con la verdad, independencia, disciplina de la verificación, como ha dicho Marisol, ¿coincide usted, Cayetana, con algo de eso o con todo?

Cayetana Aljovín

Coincido con todo, pero me gustaría centrarme en el tema de la verdad, y voy a explicar por qué.

En este mundo tan cambiante, en el que la posverdad se vuelve verdad aun siendo mentira, creo que todos los medios de comunicación y los periodistas tenemos el compromiso de que eso no ocurra y de indignarnos frente a ello. Me parece importante releer a George Orwell, que decía que en un tiempo de engaño universal, decir la verdad es un acto revolucionario. Pienso que todos debemos volvernos revolucionarios, justamente para decir la verdad.

Uno ve —sobre todo con el ingreso de Internet— que muchas cosas que no son ciertas se convierten en verdades; y los líderes de opinión, los periodistas, los políticos, los empresarios no hacemos nada al respecto. Creo que ahí tenemos un compromiso, una lucha fundamental que dar, una tarea que hoy por hoy está pendiente: enfrentar el tema de la posverdad, esas mentiras, esos mitos que se van construyendo y divulgando y se convierten en verdad, cuando detrás de todo ello, generalmente, hay un interés no revelado porque hay una falta de transparencia. Por lo tanto, entiendo que eso es bastante importante.

Otro aspecto que mencionaba Marisol es el de la inmediatez. Los medios tradicionales compiten con el Internet; en esa competencia, el Internet, las noticias en la *web* le ganan al medio tradicional y lo que hace eso es atentar contra otro de los principios que es, justamente, el cuidado de la información, la investigación rigurosa, el contraste, la verificación de fuentes. También ahí creo que tenemos un gran reto que enfrentar.

En la mañana se decía que la única certeza que teníamos era que el mundo cambiaba y cambiaba, y creo que la segunda certeza es que los medios de comunicación ya cambiaron. Creo que esa es una conclusión de todos los foros de medios de comunicación: ya cambiaron, pero seguirán cambiando.

José M. Acevedo

Pero, ¿tú crees, Cayetana, que en ese cambio se perdieron los valores de los que hemos estado hablando? Dice Marisol que esos valores deberían estar hoy más vigentes que nunca; pero en ese camino, en esa transición, en ese cambio de los medios de comunicación, ¿se están perdiendo los valores?

Cayetana Aljovín

Me gustaría decirte que no, pero lo que estamos viendo es que hay valores que tenemos que volver a ponerlos en relieve. Por ejemplo, debido a la inmediatez, creo que el contraste de la información es algo que no estamos cumpliendo los periodistas. Ahí tenemos mucho trabajo que hacer, al igual que en el tema de la posverdad al seguir estas corrientes. A veces es fácil ser políticamente correcto; pero en la discordia o en la discrepancia, a veces los líderes de opinión y los periodistas deciden no intervenir. Creo, entonces, que ahí sí hay una tarea pendiente; no está perdida, pero es una tarea pendiente, en la que hay que trabajar.

José M. Acevedo

Cristina: además de estos valores que ya se han mencionado, ¿cuál agregarías tú? ¿Estás de acuerdo con la visión que han expuesto tus compañeras de panel?

Cristina de la Vega

Estoy de acuerdo con lo que han dicho las dos panelistas invitadas, pero hay un valor adicional que me gustaría profundizar y es la transparencia. Creo, sí, que estamos cada vez más involucrados en temas en los que los intereses no están revelados desde un principio, donde no hay verificación de lo que se está diciendo. Me parece que es en eso en lo que se tiene que trabajar con más profundidad.

Sí discrepo en cuanto a que solamente sean valores de los periodistas. Creo que es ahí donde nosotros podemos comenzar a ahogar un poquito la diferencia, porque hoy, con las redes, con los medios digitales, la comunicación ya no solo está en manos de los periodistas, sino que está en cabeza de todos; hoy vemos cada vez más interconectado el mundo, vemos que la información la generan los ciudadanos, la generamos y la creamos nosotros. Entonces, sí creo que los valores no son solamente para los periodistas, sino para todos aquellos que comunicamos en medios digitales, para todos aquellos que transmitimos información.

La información cumple una función pública, por lo que no podemos dejar de lado la labor de la información y tenemos que ser mucho más cuidadosos con lo que decimos nosotros en los medios digitales. A diferencia de años pasados en que la información estaba concentrada en periodistas educados, con profesionalismo, hoy está en cabeza de todos los ciudadanos; hoy todos somos generadores de información. Como sociedad, eso nos pone el reto de pensar que los valores no solamente deben estar en cabeza de aquellos que tiene formación periodística, sino de los ciudadanos en general.

José M. Acevedo

Creo que Cristina abre, además, un capítulo bien interesante de esta discusión, de este debate, y es que, finalmente, cada una de ustedes representa a un sector distinto, que de todas maneras, en últimas, tienen que ver con los medios de comunicación: por supuesto, Cristina desde la empresa privada; Marisol desde la Academia; y Cayetana, aunque periodista y abogada,



has pasado por el sector público muchos años de tu vida, y hasta por ministerios, nada menos que en Perú.

Desde ese punto de vista me gustaría resaltar lo que decía Marisol sobre la independencia de la comunicación y de los medios de comunicación. ¿Cómo están viendo, cada una de ustedes desde su sector, ese aspecto de la interrelación de todos los sectores –la Academia, la empresa privada y el gobierno– con los medios de comunicación y con la manera en que se está comunicando?

Marisol, vuelvo a ti.

Marisol Cana

Con respecto a lo que decía Cristina, estoy de acuerdo en la base: hay allí unos valores que nos configuran como ciudadanos, y ojalá como ciudadanos democráticos capaces de tolerar opiniones e informaciones muy diversas. Sin embargo a mí me gusta marcar unas fronteras que sé que son muy porosas. Creo que el ejercicio de la comunicación, sobre todo desde el periodismo, implica una relación diferente con la información y con la sociedad. Eso que los propios periodistas dicen acerca de que en su esencia, en su *ethos*, está el compromiso con toda una sociedad y tienen que mantener la mayor independencia posible, los lleva a que hagan un ejercicio de información sin servir a un interés diferente al de la labor periodística de la responsabilidad y el bien común.

Otro de los temas –y detrás de eso hay muchas preguntas por hacerse– es que una cosa es cómo el periodista considera, asume y hace su trabajo, el rol que cree que cumple en la sociedad, y otra, el rol y lo que esperan todos los sectores y poderes de la sociedad sobre el ejercicio del periodismo. Hay ahí grandísimas tensiones.

Pero a mí sí me gusta marcar una diferencia con respecto al ejercicio periodístico y a la independencia del periodismo: es distinto cuando yo hago comunicación para un ministerio, que cuando la hago para una empresa –sabiendo que igualmente tengo que hacerlo con responsabilidad, con ética, el ángulo en el que

estoy es diferente–, o dentro del marco en el que debería o está el periodista. Creo que ahí es importante que sea mucho más difícil traspasar la puerta giratoria. Prefiero el periodista que es tal, y no a aquel que va del periodismo a un cargo público, por ejemplo. Ahí, digamos, tu experiencia es muy valiosa, Cayetana, y la podemos considerar. Pero sí marcaría unas fronteras, que ojalá contribuyamos a que se sigan fortaleciendo.

José M. Acevedo

Pero dices que hoy sientes porosas esas fronteras.

Marisol Cana

Efectivamente; las siento totalmente porosas, y más cuando, por la apropiación –maravillosa, por un lado– de las tecnologías de información y comunicación, todos los ciudadanos tienen la posibilidad de participar en una esfera pública de debate en la que antes no podían porque los filtros de los medios eran muy difíciles. Entonces, tenemos la cara maravillosa de la apropiación de las tecnologías de la información y la comunicación, pero también tenemos la otra cara, la de un ejercicio de comunicación sin el conocimiento de la responsabilidad que hay que tener para ejercerla.

Cuando uno empieza a mirar una serie de estudios sobre comportamientos y tipo de información que circula en las redes, es clarísimo cómo cada vez están adquiriendo una mayor preponderancia los discursos del odio, la xenofobia, la agresión, el daño al otro. ¿Por qué? Pues, porque el periodista está formado en la responsabilidad, en el cuidado de la palabra; el ciudadano común, no. Ese es un gran debate hoy en día.

José M. Acevedo

Sin duda alguna, hay una carga mayor de responsabilidad en los periodistas frente a ese tema.

Cayetana, tú señalaste el asunto de la verdad y el cuidado de la verdad. ¿Cómo hacer cuando, cada día más, los gobiernos quieren vender su verdad como la real y se encuentran en esa tensión con los medios de comunicación que quieren explorar de verdad todos los

elementos para tratar de encontrar una historia lo más veraz posible? Tú has tenido esa doble condición de ser periodista de formación, pero estar en un gobierno.

Cayetana Aljovín

Sí, pero tuve la suerte de ser parte de un Gobierno que tenía un respeto irrestricto por la libertad de expresión y por la libertad de prensa. El presidente Kuczynski lo tenía muy, muy claro y, por tanto, esa tensión entre los medios de comunicación y el Gobierno no se dio. Más bien, lo que sucedió fue una tensión desde el Congreso de la República. Incluso, se llegó a aprobar una ley que evita la publicidad estatal en medios de comunicación, con la finalidad de que el gobierno no pueda informar a los ciudadanos sobre los quehaceres diarios que realiza. Eso sí ha creado una tensión muy fuerte entre la clase política y los medios de comunicación.

Creo que tenemos que distinguir cuál es una comunicación progobierno, de aquella que realmente le sirve al ciudadano. Si no tengo medios de comunicación, ¿cómo voy a informar dónde puede usted recibir una cédula, o dónde puede ver los requisitos para acceder a un programa social? Así, miles de ejemplos. Es un tema que, hoy por hoy, lo está revisando el Tribunal Constitucional, pero que da una señal de la tensión que existe, justamente, entre la clase política y los medios de comunicación. Yo espero que el Tribunal Constitucional revise esa norma y podamos volver al estado en el que nos encontrábamos. Pero la tensión es clara.

Marisol hablaba, también, del tema de puertas giratorias del periodismo a la política.

José M. Acevedo

Que hay que decir que se ve mucho en nuestros países.

Cayetana Aljovín

Creo que sí es importante, justamente porque un periodista que accede a un cargo político valora, conoce, sabe del tema y de la importancia que tiene la

libertad de expresión y la libertad de prensa para una democracia, y no va a estar dispuesto a ceder, sino que va a ser una voz de la libertad de expresión dentro de ese gabinete, dentro de ese contexto político, porque conoce cuáles son los riesgos y conoce, también, que hoy por hoy existen mecanismos para limitarla de alguna manera.

José M. Acevedo

¡Muy interesante!

Claro, pero como la puerta es giratoria, terminan esos funcionarios volviendo otra vez a los medios de comunicación. ¿Eso es deseable? ¿Te parece que eso está bien?

Cayetana Aljovín

No es mi caso pues no he regresado, aunque siempre es una tentación.

Yo creo que si lo hace después de un tiempo no habría problema. Es como cuando regresa un funcionario público luego de esos años en que no puede regresar a un sector en el que ha trabajado; tiene que pasar un tiempo, pero no se le puede prohibir regresar a lo que sabe hacer, porque estaríamos yendo contra la libertad de trabajo.

Acceder a un cargo público sí requiere una serie de conocimientos. Muchos empresarios acceden a cargos públicos, y los periodistas también deberían hacerlo, porque da mucha riqueza.

José M. Acevedo

El otro lado de la ecuación tiene que ver con la empresa privada, no solamente en su calidad de anunciante en los medios de comunicación, sino a veces —como nos pasa a muchos— como parte de conglomerados empresariales que, finalmente, tienen medios de comunicación. Lo digo por nuestro caso, RCN Radio y RCN Televisión, pero hay muchos más en América Latina. Cada día, además, la supervivencia de los medios de comunicación está dependiendo, justamente, de los anunciantes.



Esa relación, ¿cómo la analizas? ¿Cómo la ves desde tu propia experiencia, Cristina?

Cristina de la Vega

Antes de contestar esa pregunta, quisiera referirme a lo que dijeron Marisol y Cayetana.

Coincido con Marisol en que el periodismo tiene un rigor y un método que es distinto al de las personas que comunicamos en el día a día sin ningún tipo de formación o educación. Coincido en eso, pero creo que los principios sobre los cuales está basada la comunicación tienen que ser idénticos para unos y otros. Yo sí creo que el principio de transparencia, el principio de veracidad está en todos quienes estamos comunicando a través de medios digitales, a través de la informalidad, no de los medios tradicionales constituidos. Entonces, para mí es importante que el tema de los principios sociales sea reivindicado, no solamente en el periodismo, sino en todos aquellos que comunicamos.

En cuanto a lo que estaba diciendo Cayetana sobre la puerta giratoria, quisiera decir que, para mí, enriquece al periodismo, enriquece a la empresa, enriquece a la Academia y enriquece al sector público que uno pueda pasar de uno a otro; no necesariamente eso es negativo. Lo que sí es negativo es que haya conflictos de interés no revelados, pero no que se pueda pasar. No se trata de que el académico tenga que ser toda la vida académico, o el empresario tenga que ser toda la vida empresario. Creo que en un mundo interdisciplinario y cada vez más comunicado, enriquece tener una visión un poco más holística y no fragmentada y segmentada como de silo. Para mí es importante tener competencias en distintas funciones y considero que enriquece el pasar de un lado a otro. Lo que creo, reitero, es que uno tiene que ser muy cuidadoso con los conflictos de interés, revelarlos, ser transparente, declararse impedido cuando así lo tiene que hacer y dejar pasar tiempos prudenciales para estar de un lado y de otro, pero no dejar de hacerlo.

Ahora sí, frente a tu pregunta diré que creo que es igual, que cuando uno está informando tiene que saber que, desde donde esté, tiene una función que cumplir.

En nuestro caso, por lo que representamos, importa el consumidor; ahí la veracidad tiene que ser absoluta. Cuando se trata de una empresa de alimentos, pues, cada vez tienes que ser más estricto, más veraz con lo que estás comunicando.

Independientemente de que existan conglomerados que tengan cadenas radiales o televisivas, creo que lo que importa como empresa es ser transparente, ser veraz y saber cuál es su rol dentro de la sociedad. El nuestro, claramente, es alimentar a los colombianos; y como primero está el consumidor, hay que ser transparente desde el rol que uno juega.

José M. Acevedo

Casualmente, Cristina, dado que hemos hablado de la posverdad y de las *fake news* o noticias falsas, que es como el tema de moda, quisiera preguntarte si tú tienes —creo que así es y por eso comienzo por ti esta ronda— una experiencia particular para tratar de enfrentarte a esas *fake news*, que obviamente afectan a los ciudadanos en la medida en que no tienen información veraz, pero que también afectan muchísimo a las empresas cuando lo que está de por medio es el daño reputacional. ¿Cómo están haciendo ustedes, desde Alpina y desde la empresa privada colombiana, para tratar de hacerle frente a esas noticias falsas, a esa información mentirosa, que es de lo que se trata en realidad?

Cristina de la Vega

Yo creo que lo más grande que tiene hoy una empresa es su reputación, su marca. La marca habla por sí sola, al igual que las formas en que la empresa hace las cosas.

Nosotros nos hemos enfrentado a *fake news*; no somos ajenos a ello. No sé si ustedes lo vieron, pero hace unos meses circuló por WhatsApp una cadena que decía: «Por favor, deje de comprar productos Alpina porque todos están contaminados con salmonela». Ahí nos cuestionamos qué hacer: ¿salimos nosotros a hablar? ¿No salimos? ¿Tenemos credibilidad? ¿No tenemos credibilidad? Lo que hemos aprendido de eso es que cuando uno lleva una trayectoria haciendo las

cosas bien, los consumidores se encargan de defenderlo a uno. Entonces, lo que nosotros hicimos fue buscar que fueran nuestros aliados quienes hablaran. Eso es lo que hemos aprendido.

La empresa —me refiero a la empresa en general, no a nosotros en particular— ha sido muy cuestionada; siempre existe la duda de si solamente busca la riqueza o si hace las cosas bien. Lo que nosotros hemos logrado es que sean nuestros consumidores los que defiendan a la empresa. Eso se hace a través de setenta años —ahora sí me refiero a nuestro caso— de hacer las cosas bien y de construir una reputación.

Ese ha sido el mayor aprendizaje: no salir nosotros a defendernos, sino esperar a que lo hagan nuestros grupos de interés; por haber generado valor durante setenta años, son ellos nuestros principales aliados y nuestros principales defensores.

Tuvimos otra experiencia en las redes sociales, con mujeres —que han surgido en Colombia, particularmente, pero creo que también en otros países— que se creen conocedoras de la verdad; son las que más «saben» de absolutamente todo. Les comento este ejemplo porque también representó un aprendizaje para nosotros como empresa.

Estábamos lanzando una bebida de base vegetal, no láctea, y empezaron a decir que nosotros no la llamábamos leche —no lo era— porque no tenía suficiente base vegetal; que era un agua con azúcar. Esperamos a ver cómo se movía el tema en medios, y vimos que empezó a crecer. Una decía: «Sí, claro; yo soy la que más sé de etiquetas en el país y puedo decir con toda certeza que, como no tiene suficientes almendras, lo que tiene es agua con azúcar». También esperamos para ver si los propios consumidores nos defendían y observamos que los nutricionistas que formaban parte de esa red, la comunidad científica y los mismos consumidores fueron buscando las explicaciones y dijeron: «No. Miren: no se llama leche porque la leche es lo que viene de la glándula mamaria; esto se tiene que llamar bebida porque no es una leche». Comenzó así la discusión entre ellos, sin que nosotros tuviéramos que intervenir.

Entonces, yo creo que cuando los consumidores conocen la marca y saben que uno hace las cosas bien, pues empiezan a buscar explicación a lo que está saliendo en las redes. Lo que sale en las redes no es responsabilidad de los periodistas, sino de nosotros, los ciudadanos y los consumidores.

José M. Acevedo

Me parece un punto interesantísimo, porque has dicho que, obviamente, la mayor carga de la responsabilidad a la hora de transmitir información veraz, cuidadosa en su contenido, con la disciplina de la verificación de la que has hablado, pues es de los medios de comunicación y de quienes ejercemos el periodismo. Pero, ¿qué hay de las personas que reciben en estos aparatos —sus celulares— ese tipo de cadenas de información que de entrada deberían generar algún tipo de sospecha, por lo menos, y sin embargo, sin darse la oportunidad de la contrastación, terminan reenviándola, difundiendo mucho más ampliamente una mentira?

¿No crees, Marisol, que llegó el momento de sincerar el debate del combate contra las *fake news* y decir que no es solamente responsabilidad del periodismo, de los medios tradicionales, sino también —y sobre todo, como dice Cristina— de los ciudadanos?

Marisol Cana

Estoy absolutamente de acuerdo y creo que ahí puede haber una certeza en las incertidumbres, y es cómo nos planteamos —empresas, gobiernos y medios— qué es eso de formarnos como ciudadanos en la esfera pública digital. Esa formación ciudadana en el ámbito digital conlleva una serie de elementos muy puntuales, muy complejos, y debería iniciarse en la educación elemental.

En otros países hay experiencias muy interesantes de lo que algunos llaman educomunicación, que tiene que ver con cómo vamos configurando y llenando de elementos críticos y de estrategias a la gente, para que aprenda a moverse en ese mar de lo que algunos dicen que no son *fake news*, sino desinformación, porque se trata, precisamente, de poner a correr desinformación



para confundir y, básicamente, para apelar a las emociones y lograr determinados comportamientos en la gente.

Esto lo vimos, también, en las recientes elecciones en primera vuelta en Brasil.

Yo creo que hay un trabajo muy importante por hacer desde los colegios, como política pública también. Por ejemplo, en la universidad estamos trabajando —no únicamente con los estudiantes de comunicación que se forman en los distintos ámbitos, sino con todos los estudiantes— en qué hacer para cuidar que ese debate en la esfera digital sea con información de calidad y con comportamientos democráticos.

El reto es enorme, porque las ondas que quieren llevar hacia otros ámbitos y otros intereses son clarísimos.

José M. Acevedo

Cayetana, ¿existe un antídoto para las noticias falsas?

Cayetana Aljovín

Lo estuve pensando varios días a raíz de la integración de este panel, y creo que sí. Justamente, que las empresas den información y llenen de contenidos la red, como también los medios, son antídotos para hacer frente a las *fake news*. Si el consumidor puede entrar a la página y ver exactamente la composición del producto, seguramente dirá: «Ya no reenvío este material».

Ahí hay un tema de contenidos que ya es obligación de las empresas, y muchas de ellas lo hacen. Estoy segura de que Cristina, con quien he tenido el gusto de trabajar, lo hace. Me refiero a tener contenidos propios que ayudan, justamente, a evitar o controlar un poco las *fake news*.

Otro antídoto es la Academia. La Academia tiene un rol fundamental para hacer frente a todo el tema de las *fake news*, porque puede liderar la conversación.

Hay un tema de liderazgo de la conversación que se ha ido perdiendo. Entonces, creo que si la Academia interviene y dota de contenido a los medios —tanto a los tradicionales como a los digitales—, ayudará a crear una barrera de contención contra las *fake news*.

También los gobiernos pueden ayudar siendo transparentes, comunicando antes, porque lo que no se comunica no existe. Los gobiernos tienen que entender ese tema.

Volviendo a la empresa privada, creo que el tema del perfil bajo ya no existe. Ya no hay empresarios que piensen: «No; no voy a comunicar, no voy a decir las cosas que hago porque quiero tener un perfil bajo». Como decía ayer el presidente Sanguinetti, en este mundo de comunicación donde todo el mundo quiere comunicar y quiere que lo escuchen, creo que también es importante escuchar; la gente quiere escuchar a la empresa y saber lo que hace, conocer los compromisos que asume.

En mi país, Perú, los empresarios invierten muchísimo en temas de empoderamiento de la mujer, de responsabilidad social. Estas cosas están en el Pacto Global, pero lo conoce una élite, no el ciudadano común; el ciudadano común no sabe el esfuerzo que se dedica a ese tema, que no solamente es inversión en dinero, sino también en tiempo y en músculo de la empresa.

Entonces, creo que la reflexión en cuanto a hacer frente a las *fake news* es el compromiso de todos los actores de llenar de contenido veraz, tanto los medios tradicionales como los digitales.

José M. Acevedo

Fake news que se distribuyen, principalmente, a través de los nuevos mecanismos de comunicación, las famosas redes sociales, los medios digitales, que además llegaron para quedarse.

Marisol: ¿tú dirías que los medios digitales y esta dinámica de comunicarnos, no solamente a través de las formas tradicionales sino también de esas redes sociales, constituyen una amenaza, o una ventaja y una

oportunidad para comunicarnos en nuestros países? ¿O ambas cosas?

Marisol Cana

El tema es muy complejo. Realmente creo que ambas cosas, porque es espectacular que todos los ciudadanos puedan participar en el debate público —¡es maravilloso!—, pero se nos está yendo de las manos cómo se maneja la información en esa esfera pública.

Contaban unos profesores norteamericanos que hace un año están trabajando muchísimo en estrategias para controlar o aprender a identificar noticias falsas, o para rastrear en dónde y con qué intereses se inició esa noticia falsa, esa opinión, esa información o esa apelación a la emoción de las personas, y nos hacían ver que llega un momento en que es imposible identificar en dónde y quién, específicamente, está poniendo a rodar esas noticias falsas. Detrás de esto ya hay toda una serie de procesamiento tecnológico, de robots y de inteligencia artificial que van identificando algunos elementos según cómo se mueve una conversación en WhatsApp, por ejemplo, para saber qué avenida de la esfera digital se recorre, y aun desde esa perspectiva es muy complejo.

Entonces, no intentemos más identificar de dónde vienen las noticias falsas porque no lo vamos a poder hacer; lo que uno tendría que hacer es apelar al sentido constructivo y positivo de tratar de morderle espacio a eso con información, con debates de calidad, con creación de contenidos que nos lleven a lo mejor que tenemos como seres humanos. La primera conversación de este espacio, ayer, tenía que ver con eso: con volver a pensar, a conversar, a tener pausas, a reflexionar. Así lograremos morderle a esa avalancha que, de alguna manera, parece hecha para que no pensemos. Busquemos mecanismos, casi diría preventivos, para volver a lo que nos hace más ricos como seres humanos, que es la palabra, que es el pensamiento, que es soñar.

Ahí hay un reto enorme para todos.

José M. Acevedo

Pero, a la larga, eres más optimista que pesimista en la forma en que vamos a tramitar este reto o desafío, ¿o no?

Marisol Cana

En el fondo, soy más pesimista.

José M. Acevedo

Bueno, es importante saberlo.

¿Compartes ese pesimismo a la hora de enfrentar esas nuevas realidades que ya nos impusieron los medios digitales y las redes sociales, Cristina? Como dijo Cayetana, los medios de comunicación ya cambiamos, pero ¿hay oportunidad o amenaza? ¿Cómo lo estás viendo tú desde la empresa privada?

Cayetana de la Vega

Yo creo que hay oportunidad más que amenaza. Yo sí soy más bien optimista. Creo que la misma sociedad se empieza a autorregular sin necesidad de decálogos, leyes, normas; la misma sociedad empieza a aprender, a autorregularse y a sacar del sistema lo que no conviene. Las noticias falsas son una forma.

Recién les contaba mi experiencia con lo de la salmonela. ¡Fue maravilloso! Todos empezaron a hablar de nosotros; las autoridades, los consumidores empezaron a defendernos. Eso muestra que la sociedad se empieza a autorregular y empieza a rechazar aquello con lo que no está de acuerdo.

Por lo tanto, soy optimista. Lo único que me preocupa —o me genera dudas, más que preocupación— es el rol del periodismo. Ahí sí coincidí un poco con Marisol, porque veo que cuando el periodista escribe o comunica en los medios tradicionales lo hace de una forma, pero cuando escribe o comunica en medios modernos, digitales, lo hace de otra. Específicamente, para mí Twitter es un poquito agobiante, porque todo es negativo, todo es malo, todo es crítica, todo es des-



trucción; pero luego uno ve a la misma persona escribiendo en los medios tradicionales de forma positiva.

Siento como esa dualidad en cuanto a qué va a seguir: si es que nosotros simplemente estamos dividiendo para unas cosas y otras —como los medios—, o si es un tema de propósitos. Esa es la duda que me genera.

Pero yo sí soy positiva en creer que la sociedad va buscando su camino, va buscando cómo regularse y va volviendo a los principios y los va viviendo. Creo, al revés, que son instrumentos nuevos que estamos aprendiendo a manejar y que van a generar muchas oportunidades.

José M. Acevedo

El punto que mencionas es bien interesante y quisiera ver qué opinión tienen al respecto, por lo que se lo voy a preguntar a Cayetana, para comenzar.

De pronto, las redes sociales nos dejan a los periodistas en esa dualidad que tú mencionas, en que ya no estamos solamente produciendo informes periodísticos con pretensiones de objetividad o de apego a la absoluta verdad, sino que en el Twitter nos convertimos automáticamente en «opinadores» y podemos ser más ligeros que cuando estamos trabajando, en los medios de comunicación, en los contenidos que tenemos allí. Esa dualidad existe y se presenta.

Siempre han existido los columnistas de opinión y ese es su oficio: fijar subjetivamente sus posiciones. Pero cuando el periodista que estaba haciendo un trabajo con pretensión de objetividad, insisto, tiene la tentación de la red social y quiere opinar en lugar de solo informar, pueden presentarse los problemas que mencionaba Cristina.

¿Cómo lo ves tú, Cayetana?

Cayetana Aljovín

Creo que Twitter, más que una red de información, es una red de opinión; por lo tanto, si un periodista

decide participar allí es que decide dar opinión. Creo que el ciudadano va a poder —quizás no de manera inmediata, pero sí en un tiempo— darse cuenta de que ese periodista ya pasó de la investigación a una forma de opinión. Creo que el mercado lo va a ir filtrando. Eso es lo que va a ocurrir.

Lo que también ha pasado —por lo menos en mi país— es que muchos periodistas han decidido dejar Twitter. Han dicho: «No voy a opinar, justamente porque eso me quita la independencia que yo necesito para poder investigar o profundizar en un tema».

Volvemos así a lo que mencionaba Marisol: la autorregulación. Yo sí soy una creyente de la autorregulación; creo que el regular por regular nunca nos lleva a nada bueno, sino que, por el contrario, muchas veces el autoritarismo se disfraza de regulación para ciertos temas. Entonces, reitero que creo en la autorregulación, y también en aquella que viene de parte de los propios ciudadanos.

José M. Acevedo

Ahora que lo mencionas, Cayetana, ¿tú crees que en pleno siglo XXI, ya con periodistas que son *millennials*, es viable renunciar al uso de las redes sociales —como tú dices— en aras de mantener una cierta serenidad e independencia para construir la información?

Cayetana Aljovín

Es que va a depender de en qué red social intervienes y en cuál no. Puedes renunciar a Twitter porque allí se trata de emitir opinión, pero participar en otras conversaciones, si quieres. Yo creo que sí es posible.

José M. Acevedo

Acercándonos a las conclusiones, Marisol —porque el tiempo se nos está yendo—, tú decías que se están mezclando cada vez más la opinión y la información. Eso no es bueno, ¿o sí?

Marisol Cana

Creo que también ahí hay una pedagogía por hacer. Pienso que la opinión es tremendamente válida, pero uno trataría de que esté fundamentada y no se construya sobre falacias, y que luego no existan evidencias sobre la opinión que se emite.

En el caso colombiano hay unas sentencias de la Corte Constitucional que son muy interesantes, pues hacen un llamado a quien opina en los medios para que esa opinión sea fundamentada y con evidencias.

Creo que cualificar la opinión también es muy importante. Cuando vas a informar, debes hacerlo muy sólidamente.

José M. Acevedo

Quizás la clave de tus temores, Cristina —no sé si lo ves así—, es que de alguna manera se establezca una muralla muy clara, y que así como no puede haber conflictos de interés ocultos, también debería saberse cuándo se está opinando y cuándo informando. Tal vez eso corresponda a los medios de comunicación.

Me interesa saber si tú crees que esa podría ser una solución a la dualidad que te preocupa.

Cayetana de la Vega

Estoy de acuerdo y creo que eso sí resolvería el tema del título de uno de los paneles: la ética. La ética termina poniendo los límites a lo que nosotros hacemos desde los distintos sectores, bien sea comunicación, empresa o Academia. Entiendo que la ética comienza a poner el marco general de comportamiento, y nuestra labor, desde donde estemos, es educar en esos principios y en esos valores para que sean compartidos por la sociedad en general.

José M. Acevedo

Quisiera finalizar este panel pidiéndole a cada una de ustedes una especie de frase de conclusión sobre el desafío enorme que tenemos por delante, sobre la ta-

rea que debemos emprender de aquí en adelante, como sociedades democráticas latinoamericanas, para tratar de preservar la ética y los valores en los contenidos y en los medios.

Comienzo por ti, Cayetana.

Cayetana Aljovín

Insisto en que creo que tenemos que asumir un compromiso y hacer una cruzada contra la posverdad. La mentira es atroz, pero la media verdad es peor.

José M. Acevedo

Gracias.

¿Qué nos dirías tú, Marisol?

Marisol Cana

Yo diría que pensáramos en cómo constituirnos como ciudadanos en la esfera digital.

José M. Acevedo

¿Y tú, Cristina?

Cristina de la Vega

Debemos valorar la confianza en el otro, asumir siempre que el otro está actuando de buena fe, y que si está saliendo algo que no debería salir es porque quizás haya algo detrás que necesitamos entender más; debemos cambiar la percepción de nosotros como sociedad presumiendo siempre lo negativo. Creo que lo importante es asumir que cada uno, desde nuestro rol, estamos haciendo lo mejor.

José M. Acevedo

Cristina, Marisol, Cayetana, muchas gracias, y también a los presentes por la paciencia en estos minutos.

10 - Síntesis de las jornadas.

Julio María Sanguinetti
Carlos Slim
Belisario Betancur
Leonel Fernández Reyna
Felipe González
Ricardo Lagos
Enrique Manhard
José Antonio Ocampo
Alberto Ruiz Gallardón
Martín Santiago
Álvaro Uribe

Julio María Sanguinetti

Comenzamos nuestra reunión de clausura.

Damos la bienvenida al presidente Uribe, que nos hace el honor de acompañarnos.

Estas sesiones siempre son un poco difíciles porque somos muchos pero, en todo caso, lo que importa es la calidad, más que la cantidad. Así que voy a empezar dándole la palabra al presidente Lagos, porque él ayer hizo una exposición de conjunto del fenómeno democrático y de las amenazas y acechanzas que se viven en esta nueva globalidad digital, y creo que puede aportar conclusiones sobre cuáles son los caminos políticos para transitar en este nuevo tiempo.

Ricardo Lagos

Ayer nos planteábamos la certeza de la incertidumbre; teníamos certeza de que había un mundo de incertidumbres. Entonces, pensé: «¿Por qué no intentamos cambiar algo? De las incertidumbres a sus certezas».

¿Qué certezas emergieron ayer? Aunque algunas quedaron en el claroscuro, lo que intenté decir ayer fue que desde el punto de vista político tenemos una situación muy compleja o una cierta *malaise*—como dirían en francés—: ciudadanías que están molestas con aquellos que las dirigen; y el punto de vista económico es un poquito más conflictivo que el político-social.

¿Qué quiere decir esto? Desde el punto de vista político, ¿en qué sentido son las certezas? Hay desagrado porque: «Usted, señor presidente, no me escucha»; «Usted, señor parlamentario, no me escucha». «¡Quiero que me escuchen!» En consecuencia, se puede pensar en alguna institucionalidad política para escuchar, aprovechando las redes sociales. De igual manera, el gobernante puede consultar de vez en cuando a la ciudadanía: «Si está de acuerdo, marque 1; si está en desacuerdo, marque 2; si no quiere opinar, marque 3». Podemos pensar en algunas instituciones, pero que esto no sea vinculante, porque una cosa es fomentar un diálogo entre ciudadanos y autoridades, pero ese diálogo es para aprender un poco más el uno del otro,



no confundir, porque quienes están destinados a tomar decisiones son quienes las están tomando cotidianamente. Entonces, simplemente hay que generar un diálogo. Ahí tiene usted, primero, instituciones para escuchar; y segundo, instituciones para que el gobernante pueda tener una visión un poco mejor.

En lo económico hay un elemento que siempre es crucial: lo fundamental es crecer, económicamente hablando. Y para crecer tienen que existir las cosas que sabemos: equilibrio macroeconómico, reglas claras, Estado de derecho, libertad de emprendimiento. ¡Todo eso! Sin embargo, ahora sabemos que ese crecimiento debe cumplir dos requisitos, que son nuestras certezas ante ese crecimiento indispensable. La primera certeza es que queremos crecer, pero de tal manera que no continúe la emisión de gases con efecto invernadero, porque desde el punto de vista del cambio climático eso es indispensable. Entonces, ¿cómo hacemos para crecer con la certeza de cuidar este tema? La segunda certeza –y ambas apuntan a razones de política económica–, yo diría que es: ¿cómo somos capaces de crecer de una manera inclusiva, asegurando que ese crecimiento llegue a todos los sectores y no solo a algunos?

Estas dos condiciones dan origen a dos tipos de políticas económicas. Las certezas son las que he dicho. Es más fácil decirlo que hacerlo, pero es importante tener presente cómo queremos crecer. Tener un crecimiento inclusivo quiere decir que estamos creciendo para distribuir y estamos distribuyendo para seguir creciendo. Volvamos al viejo dicho de Ford, el creador de la fábrica: «Quiero que mis trabajadores ganen tanto, que pasen a ser consumidores de mis automóviles, con lo cual estoy obligado a pagar bien, pero también a vender automóviles más baratos». Entonces: crecer para distribuir y distribuir para crecer.

El tercer elemento que me parece significativo se vincula con lo social. Desde este ángulo, es cierto que tenemos aquellos temas propios de la economía del siglo XX, propios de la economía industrial, pero me pareció muy importante lo que se dijo ayer al hacer referencia a los cien años de la OIT: que lo que ahora debemos hacer es analizar cómo somos capaces, desde el punto de vista de nuestras políticas sociales, de tener trabajo decente; cómo somos capaces de entender

que probablemente va a haber una reducción de la jornada de trabajo, y cómo somos capaces de aumentar la productividad y, al mismo tiempo, los salarios, sin que se produzca la fractura a la que me yo me referí. Pero aquí estamos hablando de la economía que existió hasta ayer, no de la que habrá mañana. Entonces, una segunda línea en lo social es cómo somos capaces de saber cuáles son las derivadas de la revolución digital sobre el empleo y las plataformas, o sea, lo que debatimos hoy en la mañana. Y cuando hablamos de las nuevas posibilidades de empleo a partir de las plataformas parece obvio hacer referencia a Uber y a Airbnb. ¿Cuáles van a ser, entonces, las fuentes de empleo producto de aquello? Y, ¿cuáles van a ser las fuentes de empleo producto de la reducción de la jornada de trabajo que va a ocurrir?

Quienes ya tenemos mi edad –que es mucha–, estábamos acostumbrados a trabajar medio día del sábado; hace mucho tiempo ya que no se trabaja medio día el sábado, y hasta los bancos cierran. Muchos están apostando, entonces, a que habrá una segunda posibilidad de empleo. ¿Qué hará el ser humano con el mayor tiempo destinado al ocio, si en lugar de tener dos días libres a la semana va a pasar a tener tres o tres y medio? Y aquí le hablo a Felipe, que en la mañana me dijo: «¿Te das cuenta de que “negocio” es la negación del ocio porque voy a trabajar?»

–«Por tanto,» –me decía– «lo importante ahora es que va a haber un “negocio” porque habrá muchos que estarán en ocio; va a ser un “negocio” gracias al “ocio”». Esto me parece una culminación espléndida de hacia dónde apunta el ser humano del futuro.

Resumiendo: tenemos instituciones políticas –certeza que conocemos–, crecimiento económico –certeza que conocemos–, y en lo social, las certezas del mundo de ayer y del mundo de hoy.

Voy a concluir con un último punto que es la certeza de que hay temas globales que, por poderoso que sea cualquier país, ninguno los resuelve por sí solo. Esas certezas, que están más allá de la soberanía de cada uno de nuestros países, e incluso más allá de la soberanía de los países-continente –ayer se hablaba de lo que implica India, China o Estados Unidos–, ¿qué van a

significar desde el punto de vista del cambio climático, por ejemplo? Nadie puede resolverlo por sí solo, pero algunos son muy importantes para lograr esa solución, por lo que su concurso es indispensable. Sabemos lo que ustedes están pensando, ¡claro!

Segundo: ¿qué vamos a hacer con las migraciones, sean producto del cambio climático, de las situaciones que tenemos en países que están en guerra, o cualesquiera que fuere? En qué medida hemos aprendido que las migraciones no pueden ser problema de política doméstica. ¡El cambio climático no puede ser solo política doméstica! Claro: con política doméstica abordamos estos temas, como la política de drogas, o incluso, agregaría, la política de seguridad ciudadana, porque la seguridad ciudadana tiene mucho que ver con lo que hacemos nosotros en cada uno de nuestros países y ¡caramba, que es difícil abordarlo! ¡Pero hay tanto que aprender de otros! Y más importante aún es que mucho tenemos que aprender de otros para combatir nuestros problemas de seguridad ciudadana. Pensemos en el narcotráfico, por ejemplo.

Por tanto, creo que acá tenemos un conjunto de temas.

Y la última de las certezas sería: como ningún país puede resolver esto por sí solo, qué instituciones van a surgir, qué *modus operandi*, qué formas de poder hacer.

En suma, creo que tenemos cierta incertidumbre a futuro, pero ciertas certezas con las cuales podemos comenzar a construir hacia adelante. Y si eso es así, quedará decir que esta reunión ha sido bastante fructífera, en tanto de las incertidumbres podemos salir con algunas certezas que nos ayudan a resolver, precisamente, este mundo global tan incierto.

Julio María Sanguinetti

Muchas gracias.

Para seguir con el enfoque político, damos la palabra al presidente Fernández.

Leonel Fernández Reyna

Para comenzar, presidente Sanguinetti, quiero felicitarlo una vez más por habernos convocado a este foro de reflexión, que pienso que ha sido muy útil para todos y nos ha dejado grandes enseñanzas.

Como resumen de este encuentro, de este cónclave, en primer lugar mencionaría el reconocimiento de que vivimos en un mundo en permanente transformación; en segundo lugar, que ha habido una aceleración de ese proceso de cambios, que ha sido resultado, fundamentalmente, del fenómeno de la globalización, pero también de la gran revolución científico-tecnológico-digital que estamos viviendo en estos últimos tiempos.

En América Latina nos hemos beneficiado durante un tiempo de estas transformaciones que se han producido, sobre todo en el período que hemos llamado la «década de oro», entre 2003 y 2013. Sin embargo, ya en el último lustro, de 2013 a 2018, hemos estado en una situación llena de dificultades. Una América Latina que estuvo creciendo de forma continua, algo sin precedentes en la historia económica de la región, y que, sin embargo, llegó a caer a 0,5 %, una caída abrupta que ha generado fuertes tensiones sociales, turbulencia política e incertidumbre. Mirando el porqué de este último fenómeno vemos algo que acaba de decir el presidente Lagos: ya no somos autónomos de lo que acontece en el mundo; somos parte de la economía global, y esa economía global se vio estremecida con la crisis financiera del año 2008, de la cual, justamente, estamos en estos momentos reconociendo el décimo aniversario. Esa crisis financiera generó una recesión global en América Latina, sobre todo en América del Sur, muy vinculada con la exportación de *commodities* hacia China; China desacelera su crecimiento de un 12 % a un 6 %, disminuyen sus exportaciones hacia Europa, y entonces, en América Latina estamos viviendo esta etapa de incertidumbre.

Una demostración más de que los ciclos económicos y los ciclos político-electorales que tenemos en América Latina son cada vez más dependientes del ciclo económico global.



Creo que tener estas cosas pendientes nos permite ver con mayor certeza el futuro de la región y del mundo.

Julio María Sanguinetti

Continuamos con Felipe González.

Felipe González

Bueno, yo tengo problemas.

El primer problema es que me contaminan todos los debates, empezando por el último, referido a las *fake news*, a la posverdad. Me consuela que la condición humana –y por eso le hablaba a Ricardo del ocio que se convierte en negocio, que es la negación del ocio, y va a ser un gran negocio, una gran actividad, una gran ocupación– cambia menos que la revolución tecnológica. Pero cada vez nos alejamos más de conocer, de estudiar la condición humana, que al final va a ser la única guía que nos va a permitir orientarnos en esa certeza –como decía Slim; no incertezas– de que el cambio ya llegó, y un cambio a una velocidad extraordinaria.

Muchas veces digo –para mi propio país, para que nadie se ofenda– que con frecuencia veo a la política corriendo detrás del futuro que ya pasó; y no digo «del que se viene encima» porque en el debate político no está lo que hemos hablado.

La posverdad, ¡por favor! Goebbels –remontándome a los clásicos– ya lo repitió una y otra vez. No hay diferencia entre *fake news* y posverdad; es lo mismo que una media verdad. Goebbels lo formuló con toda claridad: «Una mentira repetida mil veces se convierte en verdad». No lo firma Trump, lo firma Goebbels.

¡Venimos de muy lejos! Por eso, de vez en cuando importa recuperar la condición humana. Importa, incluso, para el desafío más grande que tenemos frente al futuro, que es la educación. ¡No pierdan de vista las humanidades! Por muy importante que sea aprender nuevas tecnologías, también lo es especializarse, porque la guía central para comprender el cambio es la condición humana.

No sé si deslizarme a lo que ya decíamos. Veamos: parece un lujo tener tiempo para pensar. Esta era la primera propuesta en la que participé: «El arte de pensar». Pues, sí, parece un lujo pensar. Eso quiere decir que hacemos las cosas sin pensar, porque lo imponen las circunstancias a golpe de *tuit*, pero no solo no es un lujo, sino que es la necesidad número uno para comprender lo que nos pasa. Por tanto, hay que dedicar un tiempo a pensar, distanciarse de lo *inmediático* y no olvidar los clásicos, a los que Julio María recurre mucho.

¿Tenemos algunos problemas de gobernanza? Sí. Incluso tenemos la emergencia de machos alfa que se convierten en grandes caudillos y que tienen algunos problemillas. Recurramos nuevamente a los clásicos.

¿Recuerdan cómo se definía «necio» en latín? «El que no sabe». Entonces, uno abre un paréntesis y dice: «Pero no hay una sola clase de necio». Así es. Está el necio que no sabe y que normalmente suele ser inofensivo; a veces molesto, pero inofensivo. Está el necio que sabe que no sabe y acude al que sabe, para que le dé lo que no sabe; ese es el principio de la sabiduría. Pero hay un necio que no sabe que no sabe. ¡Ese es peligrosísimo!

–Es peligrosísimo porque cree que sabe y que sabe más que todos los demás, y todavía lo demuestra con *tuits*, definiendo al mundo y cómo hay que combatir a Corea del Norte o al otro del sur. Ese es el que no sabe que no sabe. Si a un necio de esa naturaleza, además, se le da poder, se convierte en un peligro para el mundo.

Por tanto, hay problemas de gobernanza que ya estaban en los clásicos. ¡Necesitamos tiempo para pensar!

Ayer, como siempre, me sorprendió Carlos Slim cuando le dio la vuelta al título que define al seminario de que lo único cierto es la incertidumbre.

Él es un optimista visceral y parece que le va bien siendo así; por tanto, ¡mejor seamos optimistas!

Como decía, le dio la vuelta y expresó: «No, no; lo único cierto es el cambio». Con un nivel de aceleración que contradice nuestra condición de ser humano –como seres históricos nos cuesta adaptarnos, porque

heredamos nuestro conocimiento del pasado y la aceleración no la soportamos o la soportamos mal, puesto que nos desestructura—, nos dice: «Lo único cierto es el cambio». Y lo único incierto —le añadía yo— es si tenemos capacidad para conducir el cambio, que es inevitable —con todos los parámetros que hemos estudiado—, para hacer lo menos doloroso posible ese cambio de era y lo más provechoso posible para todos. Por tanto, nuestra incertidumbre nace más de nuestra dificultad para hacer gobernable —en términos generales, no hablo solo de los gobiernos— ese tránsito hacia lo que va a llegar e incluso lo que ya está entre nosotros.

Estamos aplicando políticas viejas frente a situaciones radicalmente nuevas. Tenemos que cambiar el discurso y tenemos que cambiar la reflexión; tenemos que ganar certidumbre, sobre todo en la conducción hacia un cambio inevitable que, a mi juicio —y en esto sí que soy optimista—, en su saldo será provechoso, como lo fue el de la Revolución Industrial y otros.

Pero, reitero: ¡no olvidemos, por favor, la condición humana! Si mantenemos una pasión de conocimiento de la condición humana, desde el origen del Homo sapiens hasta ahora, seremos mucho más capaces de comprender los cambios e incluso de adaptarnos a eso que llamamos «empleabilidad», porque ya no hablamos de empleo. La gente que tenga conciencia de qué oferta es —por su formación— y qué valor añade a sí mismo y a los demás eso que es, será mucho más empleable que los que tienen muchos títulos pero siguen siendo demandantes para que alguien les resuelva la vida. Eso se llama «emprendimiento».

Tenemos que intentar, de alguna manera, conducir el cambio y eliminar incertidumbres —inevitable—, para llegar a metas que nos retan a todos. Y para eso hace falta tiempo para pensar. No se puede actuar sin pensar, y cada vez nuestra actuación es más precipitada, con menos reflexión, porque no nos da la vida para reflexionar; por tanto, estamos sometidos a una tensión de errores permanentes y acumulativos que tenemos que corregir.

Julio María Sanguinetti

En todo caso, si no pensamos es por confusión. Ahora tenemos muchos más métodos: pensar es hablar y hablar es pensar, ¿no? El gran movimiento democrático, como dice Jürgen Habermas, nació en los cafés de Europa: la cuna de las libertades públicas inglesas fueron los cafés; la *Encyclopédie Diderot* nació en el Café Procope; hoy tenemos este café universal y tenemos tantos medios para hablar y conversar que nos confundimos. No es la prohibición sino la proliferación lo que nos está confundiendo.

Damos la palabra a Alberto Ruiz Gallardón.

Alberto Ruiz Gallardón

Gracias, presidente.

Una de las preocupaciones que en esta sesión del Círculo de Montevideo nos ha acompañado a todos es por qué tantos y tantos ciudadanos se están desprendiendo de algo que todos nosotros anhelamos siempre —sobre todo quienes vivisteis regímenes dictatoriales, y especialmente muchos de vosotros que lograsteis restaurarla—, que es la democracia. ¿Por qué esa distancia?

En la brevedad que nos exige este acto quiero trasladar una reflexión teórica y una propuesta práctica; y lo voy hacer de la mano de un libro que me ha apasionado, titulado «El pueblo contra la democracia», escrito por Yascha Mounk, profesor de Harvard, que está traducido al castellano y que desde su provocador título es capaz de sorprender en sus reflexiones y en sus conclusiones.

Él nos dice que la democracia liberal se resquebraja —es pesimista, mucho más de lo que era yo ayer, no al final, sino incluso al principio del panel en el que participé—, y que no somos conscientes del riesgo en el que estamos tolerando la quiebra de nuestro máspreciado valor occidental, que es nuestro sistema democrático. Y lo atribuye a que, sin darnos cuenta, estamos consintiendo que nos separen dos componentes esenciales de la democracia, que son insolubles pero que nosotros estamos disolviendo. Uno de ellos



es, lógicamente, la legitimidad de origen, es decir, la voluntad popular; la voluntad popular como fuente de elección del gobierno. La segunda es el liberalismo – que es distinto de esa legitimidad de origen pues entra más en la legitimidad de ejercicio–, que significa que, al margen de que alguien haya sido democráticamente elegido, no tiene autorización para dejar de respetar las leyes, para dejar de respetar los derechos individuales y colectivos de los ciudadanos.

Y dice en su reflexión que esta separación tiene consecuencias perversas. Una de ellas es que muchos de los ciudadanos del mundo occidental que creemos estar viviendo en democracia, en realidad vivimos, en parte, en un liberalismo no democrático, un liberalismo que respeta los derechos, sin duda, pero ignora la voluntad popular. ¿Por qué? Porque, al final, las normas no las dictan los ciudadanos a los que van dirigidas –incluso respetándoles sus derechos–, sino estructuras que se les escapan a ellos mismos y, por lo tanto, a su capacidad de control.

Ese debate lo tenemos en Europa con relación a la Unión Europea, donde los ciudadanos nos sentimos gobernados por instituciones en cuya elección no creemos haber participado, y cuyas normas no sabemos ni recordamos haber votado. Pero hay quien piensa, también, en determinadas relaciones internacionales o supranacionales derivadas de la globalización. Recuerden, en administraciones anteriores, el debate que acabó con el intento de Estados Unidos de América de extender el libre comercio a la Unión Europea, entre otras cosas –se decía– porque obligaba a tribunales de arbitraje que le quitaban competencia a los tribunales de justicia de los Estados y, por lo tanto, perdían esa capacidad de control. Hay quien incluye, también, en este liberalismo no democrático, los efectos perversos –dicen, aunque yo no lo comparto– de las nuevas tecnologías.

También tenemos el otro lado de la moneda, y es lo que llamamos «democracia iliberal», una democracia que presume de tener legitimidad de origen, que presume de haber sido votada por los ciudadanos, que presume de obedecer a la voluntad popular, pero que a partir del momento en que aborda el poder desprecia la ley, desprecia los procedimientos, desprecia las

instituciones, y crea las llamadas democracias blandas. Pienso en países como Rusia, pienso en países como Turquía; pienso en administraciones que el presidente González y yo conocimos y sufrimos de cerca, como puede ser la Administración Regional de Cataluña, democráticamente elegida –en las formas–, pero que no ha hecho otra cosa más que despreciar la ley, despreciar las instituciones, desde esa legitimidad de origen democrática. Quizás hace unos años hubiera incluido aquí a Venezuela, como un régimen elegido por los ciudadanos que después desprecia la ley, pero al día de hoy Venezuela ya ha dejado de ser una democracia blanda para pasar a ser una democracia déspota y dura.

El resumen de esto es que un liberalismo no democrático –es decir, tener derechos pero no tener democracia y no participar en su elección y su control– nos distancia del sistema democrático; y que una democracia iliberal –es decir, haber participado en la elección de nuestros gobernantes, pero que a partir de esos momentos no tengan ningún tipo de control por encima de esa legitimación de origen–, nos distancia, también, de la democracia. Y lo peor es que esas dos perversiones se retroalimentan entre ellas.

Por eso, mi conclusión final, presidente –optimista, dentro del optimismo que ha querido infundir esta sesión del Círculo de Montevideo, pero exigente en cuanto va dirigida a nuestros ciudadanos–, es que no nos podemos conformar con tener una parte de dos realidades indisolubles, que fomentan, la una contra la otra, la destrucción del sistema democrático. Por lo tanto, tenemos que exigir que todos aquellos que tomen decisiones sobre nosotros tengan esa legitimación de origen y hayan sido consecuencia de una voluntad manifestada del pueblo; pero sobre todo, y por encima de todo, lo que no podemos hacer es permitir que se mantengan en el poder aquellos que, incluso habiendo sido elegidos a través de las urnas, el día que asumieron ese poder no respetaron nuestros derechos individuales, no respetaron la ley, no respetaron los procedimientos. Ellos, aunque estuvieron legitimados en su origen, perdieron la legitimación en su ejercicio y, por lo tanto, merecen ser revocados por el único titular de la soberanía en una democracia, que es el pueblo de cada nación en su conjunto.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Lo importante es que la soberanía se ejerza a través de la representación. ¡Allí está el tema!

Como decía Hipólito Taine, el dogma de la soberanía popular, en manos de la multitud, termina en anarquía; cuando la interpretan los jefes, termina en perfecta tiranía. Entonces, pasamos de anarquía a tiranía. Esos han sido muchos de los fenómenos que hemos tenido que sufrir con las instituciones.

Pasemos ahora a las visiones de la antropología económica que es, en realidad, lo que hace el ingeniero Slim.

Carlos Slim

Gracias.

A pesar de la incertidumbre, han sido diez horas muy efectivas; y a pesar de esa incertidumbre, creo que estamos de acuerdo en que vivimos un cambio de época en el que se manifiestan muchos cambios disruptivos por aplicación de los grandes y exponenciales cambios tecnológicos en actividades tradicionales. Ese es el primer punto en el que estamos todos de acuerdo.

Por otro lado, creo que estaremos de acuerdo en que, con esta aplicación de la tecnología, con este exponencial desarrollo tecnológico y del conocimiento se crean bienes, servicios y riquezas con mayor facilidad y rapidez, y en mayores montos que nunca antes. Se desplazan numerosos empleos en muchas actividades, y como su número es muy superior a los empleos que se generan entre actividades nuevas y tradicionales, la aritmética nos lleva a que habrá menos horas de trabajo, menos días de trabajo, pero el retiro se producirá más tarde. Este último factor ayudará a muchos países, que tienen planes de pensiones insostenibles, a poder afrontar las finanzas públicas de esos pasivos contingentes que no tienen nunca registrados y que cada vez son más grandes e insostenibles.

Creo que en eso también estamos de acuerdo; me parece que es una realidad más o menos abierta y clara para todos.

Con este sustento, también resulta claro que necesitamos incorporar a la actividad económica y a la modernidad a las personas hoy marginadas o que están en pobreza. Tenemos que hacer grandes programas de educación, de combate a la pobreza. Obviamente, la forma de combatir la pobreza, más allá de paliativos o de redes sociales de apoyo, es con empleo. Bueno, pues, incorporar a toda la población de nuestros países al empleo y a la educación, formar clases medias educadas es, sin duda, el desarrollo y el bienestar social que podemos lograr. ¿Cómo podemos hacerlo? Bueno, Felipe lo ha repetido –lo decía yo un poco antes–: hay que conducir el cambio. Primero hay que saber qué es lo que se va a conducir, cuál es el problema y adónde hay que llegar; es necesario tener claros los objetivos de mediano y, sobre todo, de largo plazo.

En Asia tenemos claros ejemplos de países que lo están haciendo con mucho éxito, como China; pero antes lo hicieron Corea, Singapur y algunos países más chicos. Creo que el caso de China es ejemplar por su magnitud. Sale de la pobreza en 1978; de la marginación y el autoconsumo en un ambiente rural, sin educación, se empieza a urbanizar con programas de educación intensivos y se vuelve la fábrica del mundo. Hoy ha desarrollado su mercado interno y ya no tiene que depender de occidente como cliente para mantener su actividad económica.

Por último, el mensaje claro –espero que todos lo veamos así y nos hayamos quitado la incertidumbre de una vez en estas diez horas– es que esta nueva civilización se sustenta en el bienestar de los demás. En el pasado sería muy importante tener esclavos, saquear a otros países y quitarles la riqueza y a la gente para esclavizarla, vivir en la ignorancia, en la inmovilidad social, pero lo que ahora se requiere es educación, movilidad social, derechos humanos y, sobre todo –como señalaba antes–, incorporación de las personas al bienestar. Así logran los países sustentar su desarrollo. Estamos viendo crecimientos de dos dígitos en China gracias a que cada año saca de la pobreza y de la marginación a veinte o treinta millones de personas, las educa y las incorpora a su mercado y a su actividad económica moderna. Es claro, entonces, que eso es muy importante.



Por supuesto, los gobiernos y también las personas, la sociedad misma, deben evitar que se pase de la ignorancia a la confusión y no se vaya a ningún lado. Debemos conducir ese cambio observando los ejemplos que hay en el mundo en ese sentido. China, aun en las crisis del 2000, del 2001 y del 2008 ha seguido creciendo y lo sigue haciendo porque sigue incorporando veinte o treinta millones de personas que salen de la pobreza y se incorporan a la economía moderna.

Gracias.

Julio María Sanguinetti

Es, precisamente, lo que decía Adam Smith en 1776, en esos textos que hoy leímos. Exactamente: no hay otro método para generar riqueza que más ingresos, más trabajo, más salario y más capital.

Carlos Slim

¡La tercera guerra mundial debería ser por trabajo!

Julio María Sanguinetti

Damos la palabra, ahora, al economista Ocampo.

José Antonio Ocampo

Gracias, presidente.

Algunos de quienes me han antecedido han señalado ya ciertos puntos a los que deseaba referirme.

Creo que en el conversatorio que tuvimos para comenzar hubo claridad en cuanto a que, entre las certezas de incertidumbre, tenemos la certidumbre del cambio, y de un cambio acelerado generado –diría– por las revoluciones tecnológicas en curso. Como dijo Carlos Slim, no es la cuarta revolución industrial porque no es la cuarta ni es industrial, ya que hay muchos otros elementos importantes en estas revoluciones. Yo decía que hay tres revoluciones en curso: la digital – que es la que afecta una gran parte de la vida diaria de la gente–, pero también la biotecnológica –fundamental para la agricultura y la medicina– y la energética –

que pinta que va a ser tan acelerada como la previa, que tuvo lugar entre los años veinte y cincuenta del siglo XX–, que va a significar el cambio de los sistemas de generación eléctrica, pasando a sistemas sostenibles, a la electrificación del transporte, etcétera. Dicho sea de paso, todo está basado en la revolución de la creación de baterías.

Se trata de revoluciones en curso, la última fundamental, por ejemplo, para combatir el cambio climático, que fue un tema que resaltó esta semana el Informe del Panel Intergubernamental del Cambio Climático, que manifiesta que la humanidad está muy atrasada –de acuerdo con el diagnóstico– en lo que respecta al cumplimiento de los compromisos del Acuerdo de París.

Frente a esos cambios, que van a generar una transformación profunda en el mundo del trabajo, es necesario repensar a fondo todos nuestros sistemas educativos, desde el preescolar, e incluso el familiar –como se dijo, debemos considerar la educación que tiene lugar dentro de la familia–, hasta el universitario, sin olvidar –y esto es muy importante– el entrenamiento en el trabajo y la forma en que las empresas se van ajustando a los cambios tecnológicos, reentrenando a sus trabajadores para que puedan ser competitivos en este mundo, sujeto a esas profundas transformaciones.

Otros temas importantes que se mencionaron aquí son, por ejemplo, el cambio en la vida urbana –Carlos Slim hablaba del cambio de las ciudades, de la forma en que habita la gente–, pero también en el ocio, que incluye la industria del ocio –o el «negocio» del «ocio», como se ha dicho en las otras presentaciones–, que es una de las grandes oportunidades nuevas de empleo. El ocio está generando grandes oportunidades de empleo en el mundo contemporáneo.

Finalmente, quisiera resaltar los retos que esto significa para las políticas estatales. Debemos ver cómo los Estados manejan estos cambios desde el punto de vista de las distintas regulaciones. Existen múltiples debates contemporáneos –aunque algunos con raíces históricas, es cierto– sobre las nuevas modalidades en temas tales como el manejo de la privacidad de las personas, discusión que ha sido muy agitada entre Europa

y Estados Unidos en los últimos tiempos. También tenemos el tema de las regulaciones a los productos biotecnológicos, es decir, a los alimentos con procesamiento biotecnológico, virtualmente prohibido en Europa pero facilitado en Estados Unidos. El tema de la tributación asociada a la economía digital lo está abordando la OCDE en este momento; es el tema de los criptoactivos —mal llamados «criptomonedas»—, cuya regulación debemos marcar los bancos centrales, determinando cómo se manejan. Es todo un nuevo mundo de regulaciones estatales que tienen que surgir para poder manejar bien este cambio tecnológico; es parte del proceso de reformas sociales que requieren las nuevas tecnologías.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Continuamos con Martín Santiago.

Martín Santiago

Muchas gracias, presidente.

En las pequeñas observaciones que voy a compartir con ustedes con respecto a estos dos días de reflexión voy a distanciarme un poco, porque parece como que esto va catalogado en el ámbito de lo económico y yo me voy a poner en otro plano.

Comienzo diciendo que este día y medio, para mí, tiene una conclusión fundamental, que ha sido el coraje y la valentía para tratar de confrontar las inquietudes del presente. Voy a intentar clarificar un poco qué quiere decir este punto de entrada tan complejo.

Después de escuchar todas las intervenciones tan absolutamente ricas y profundas que hemos tenido en esta sesión de clausura, comprendo que nos hemos atrevido a empezar a indagar algunas de las causas y consecuencias de aquello que tienen que ver con hondas transformaciones y con la situación de cambio que estamos viviendo en nuestra sociedad o en nuestras sociedades.

Eso, efectivamente, nos lleva desde el arte de pensar, desde la reflexión y el pensamiento crítico — como ha dicho el señor Slim—, a tratar de entender la complejidad, cosa que me parece ya extremadamente complicada, porque tenemos limitados instrumentos. También, como nos ha dicho el presidente González, nos hacemos preguntas que todavía no tienen suficiente respuesta, pero el mañana ya está hoy. De modo que este ejercicio que hemos hecho —al que se nos ha invitado— intenta desafiar el desafío de los tiempos — tiempos que están signados, por lo que hemos estado comentando—, que tiene que ver con la incertidumbre, con la desconexión, con la desconfianza, con el miedo y, fundamentalmente —para mí es un tema muy importante—, con ese desequilibrio entre la razón y el sentimiento cuando en nuestras sociedades hemos perdido la capacidad de argumentación.

Tratando de buscar algunas respuestas —participé del panel con Alberto, quien realmente me ha emocionado con sus comentarios—, si el señor presidente me lo permite, intentaría sintetizar como en dos caminos. Precisamente, en la búsqueda de esas rutas que nos conduzcan a entender cómo confrontamos este futuro que ya está en nuestro presente, tenemos dos dimensiones.

La primera es la recuperación de la ética. Al respecto voy a hacer, simplemente, una consideración de orden personal, intentando decir cómo encapsular ese imperativo moral que debe presidir la vida en común para una mejor convivencia. Es una definición que tal vez tenga un contenido filosófico, pero que me gustaría compartir porque me parece importante. Obviamente, en la recuperación de la ética —usted nos lo decía— tenemos ese jardín incompleto que es la recuperación de la humanidad a través de un nuevo humanismo. Eso me parece extremadamente importante.

Termino, tal vez, con algo que nos lleve de esto tan ontológico a algo mucho más práctico. Básicamente, se trata de tres consideraciones. En primer lugar, creo que la respuesta a esto que estamos confrontando, donde son difíciles las configuraciones porque todo es impreciso, se llama «política»; considero que esto



que estamos viendo necesita, realmente, una respuesta política. En lo que tiene que ver con la revitalización de la democracia, entiendo que la podemos catalogar como el mejor modo de organización social para la construcción de ciudadanía. Y, finalmente, podemos pensar que necesitamos una nueva institucionalidad, pero aquí no se ha dicho –yo lo digo– que esa institucionalidad tiene que llevarnos a recuperar ese consenso fundante que es una relación realmente virtuosa entre el Estado, el mercado y los ciudadanos. Con eso se nos abre un paquete.

La otra de las dimensiones que mencioné es la recuperación del sentido de los límites, lo que quiere decir que, efectivamente, no puede haber ningún tipo de asedios al imperio de la ley y al Estado de derecho, no puede haber ningún tipo de asedios a una relación armoniosa con el planeta, y en el mundo en el que vivimos tampoco puede haber ningún tipo de tolerancia con respecto al clientelismo y la corrupción. Me parece que esto es sustancial.

Termino señalando una tercera dimensión que considero importante, que es la recuperación de los vínculos a los que ustedes se han referido –efectivamente debe ser así–: entre lo global y lo local, entre lo económico, lo social y lo ambiental. Son vínculos que buscamos en respuestas que deben ser políticas, construidas entre todos, es decir, el sector privado, las instituciones del Estado y, obviamente, las organizaciones de la sociedad civil. Pero lo más importante –y con esto concluyo, presidente– es que tratemos de tener esta solidaridad intergeneracional, porque todo lo que hacemos hoy tiene consecuencias en el mañana, y realmente debemos respetar y garantizar los derechos de las futuras generaciones.

El presidente González siempre nos provoca y es una provocación maravillosa. Él preguntaba sobre los cómo y yo solamente tengo una pista: tal vez esté en lo que decía Antonio Machado acerca de que en el hoy está el mañana, y ese mañana solamente puede construirse colectivamente. Creo que eso es lo que nosotros hemos hecho en estos días.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Don Enrique Manhard, lo escuchamos.

Enrique Manhard

Solo quiero agradecer la gentileza de que me hayan convocado a esta reunión. Por supuesto, con todo lo que han manifestado acá sobre la empleabilidad, sobre el cambio, sobre la incertidumbre y sobre todas las cosas que nos hacen dudar, nos vamos con cierto esclarecimiento, por lo que les agradezco muchísimo por involucrarme al Círculo de Montevideo.

Julio María Sanguinetti

Damos la palabra a nuestra anfitriona, señora Mónica de Greiff.

Mónica de Greiff

Para la Cámara de Comercio de Bogotá ha sido un honor y un orgullo tenerlos aquí y poder recibirlos. Han sido dos días de reflexiones muy significativas para nosotros. Creo que aprendimos mucho –lo que es importante– y ha representado un privilegio oírlos sobre temas tan trascendentes como la desgarradora situación que vive el día de hoy Venezuela. Ha sido enriquecedor para nosotros y un compromiso para la Cámara de Comercio el poder hacer algo por estos migrantes venezolanos que están llegando a Colombia.

Les agradezco a todos por abrirnos los ojos acerca de lo que podemos hacer como sector privado, y especialmente al ingeniero Carlos Slim por las propuestas –que tenemos que llegar a concretar–, como una primera gran alianza público-privada para atención a los migrantes. Quiero invitarlos, además, a que sean ustedes mismos, el Círculo de Montevideo –¡ojalá el año entrante!–, quienes puedan venir a constatar si hemos sido capaces, como sociedad civil y como empresarios, de poner un grano de arena para tratar de solucionar un problemática que ayer no nos imaginábamos y que hoy tenemos presente como nunca.

Nuevamente: ¡gracias! y ¡bienvenidos siempre! Ha sido un placer estar con ustedes.

Julio María Sanguinetti

Tenemos el gusto de tener entre nosotros nada menos que a dos presidentes colombianos.

A don Belisario, decano de todos los decanos –decano de la lengua, decano de la presidencia, decano del buen decir–, le vamos a pedir que nos diga unas palabras.

Belisario Betancur

En primer lugar, quiero felicitar me por pertenecer al Círculo de Montevideo desde hace ya muchos años. En materia de años, a mí ya no me celebran aniversarios, sino centenarios... lo cual rima con «Belisario». Y como soy un tanto lírico, quiero decir que la *Tour Eiffel* y yo cumplimos el primer centenario dentro de poco, aunque ella ilumina mejor que mi propia capacidad.

Para quienes no saben de mi origen, quiero hacer un preámbulo breve. Soy de una provincia llamada Antioquia, no Antioquía.

Pido disculpas por ser muy anecdótico, pero a ustedes también les ocurrirá dentro de unos cincuenta o sesenta años.

–En una ocasión iba por la costa pacífica, por El Chocó, en una embarcación con un motorcito fuera de borda, allá por el río San Juan, con la selva a lado y lado y la canícula vertical que rompía la cabeza, y nos cruzamos con otra embarcación que bajaba con mucha gente, además de racimos de plátanos. Nuestro técnico saludó al otro y apagó el motor. Lo saludó con el deje del *alabao* –no «alabado» sino «*alabao*»–, un tanto melancólico: «¡Adiós, compadre!»; y el otro le contestó medio tono más abajo: «¡Adiós, compadre!» Y el nuestro dice: «Compadre: ¿*pa' onde* va con esa gente?» Y el otro le contestó: «No, compadre; si esta no es gente, estos son unos paisas».

–Iba conmigo el doctor Álvaro Gómez Hurtado y me dijo: «¿Oíste? No somos gente. Gente son ustedes, los bogotanos. Nosotros somos otra cosa; peor o mejor, no lo sé, pero gente, no». Así que les habla alguien que no es gente, sino un espécimen centenario- Belisario.

Yo quiero hacer la apología de la política; quiero reivindicar –como lo hacía Santiago– la política, la dignidad de la política. Gústenos o no nos guste, es la política la que toma las decisiones. En definitiva, así es. Y la política está un tanto desprestigiada, no por su propia virtud y poder, sino por cuenta de los políticos. Yo, que soy un político en receso –aunque los políticos nunca estamos en receso, sobre todo cuando decimos que lo estamos- digo que hay que darle otra vez dignidad al ejercicio político. La política está tan desajustada, tan desacreditada, que se le agrega a una palabra muy bonita, la palabra «madre» y la convierte en «madre política», es decir, en suegra. Quiero aclarar que yo tuve muy buenas relaciones con mi suegra; no pude ir a sus exequias en Caracas porque no me era posible por el «demócrata» –entre comillas– que des gobierna a Venezuela.

Entonces, hay que reivindicar la política porque ella es la que toma las decisiones y porque en esa reivindicación estamos haciendo la apología de nosotros mismos, de nuestros países y de los partidos políticos, del *zoon politikón* de Aristóteles y de Maurice Duverger, que hablaron y ejecutaron sinfonías, polifonías políticas. Como militantes de un partido político, en ocasiones se nos olvida qué es un partido político. Hacerme yo mismo esa interrogación frente a semejantes dirigentes es una herejía, pero he sido toda mi vida un heterodoxo descalificado de todas partes, expulsado de todas partes por liberalizante e inductinario.

Recientemente comentaba que, en algún momento, en un evento míster Camdessus, del Fondo Monetario Internacional, dijo: «Felipe, ¿cómo es que tú, que eres de izquierda, eres tan amigo de Betancur, que es fascista de extrema derecha?» Y Felipe, con su donosura andaluza escapó a la pregunta con una simple respuesta: «Michel: tanto Betancur como yo estamos mal rotulados». Y con eso salió del lío. Entonces, yo le dije a Camdessus: «¡Un momento! Tengo derecho a



la legítima defensa. Tú me has calumniado; has dicho que yo soy fascista de extrema derecha y no es cierto. Yo soy de extrema izquierda». Todavía oigo la carcajada. «¿Tú de extrema izquierda?» «Sí; yo soy de extrema izquierda. Soy la extrema izquierda de la extrema derecha». «Y eso tan raro, ¿qué es?», preguntó. Y le dije: «Yo soy eso tan raro en extremo centro». Perversamente, él insistió: «¿Extremo centro de izquierda o extremo centro de derecha?», a lo que yo respondí: «Ese calificativo te lo dejo a ti. Tú, ¿cómo me ves: extremo centro de izquierda o extremo centro de derecha?» En definitiva, en este momento finisecular de mi existencia, soy de extremo centro, pero soy el único conservador que queda de una especie que dicen que está en extinción.

Finalmente, reivindicó la dignidad de la política. Ella, la política y los partidos políticos, los activistas, los programas, los dirigentes, son los que merecen la dignificación de un foro de pensamiento, de un foro que se tiene a sí mismo como lo que es: un foro de puro y simple pensamiento político.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Presidente Uribe, le pido unas palabras, por favor.

Álvaro Uribe

Muchas gracias.

Distinguidos expresidentes y panelistas, señoras, señores: me honra mucho estar en este Círculo de Montevideo.

Cuando escuchaba al presidente Betancur me sentía todavía más extraño aquí, en esta reunión, por mi permanente activismo en la política doméstica y local –todavía no cancelado– y en la aguda controversia.

Con esas excusas, voy a hacer dos comentarios: uno sobre desafíos de América Latina y otro sobre incertidumbre democrática.

Entre los desafíos de América Latina, quisiera destacar dos, que están en los extremos de la pirámide poblacional.

Con el Caribe tenemos casi 600:000.000 de habitantes con una edad promedio de 28 años, pero vamos a tener 100:000.000 de personas en edad de retiro sin reserva pensional. Ahí tiene América Latina un gran desafío. Y con una expectativa de vida que aumenta velozmente; con nuevas enfermedades, más costos de salud y más años de pensión. Yo creo que la circunstancia de tener un promedio de edad tan bajo no nos ha dejado pensar suficientemente en el problema pensional que afrontan nuestros países.

En el otro lado, en la base de la pirámide, nuestros países tienen un desempleo juvenil de entre el 9 % y el 35 %, y cuando mejora o baja el desempleo en general, no está bajando el juvenil. Entonces, tenemos que migrar de la búsqueda de empleo a la promoción del emprendimiento. Pero se viene el factor de transición de los empleos tradicionales que se están perdiendo, a los que hay que buscar en el marco de la revolución de la inteligencia artificial –que, como decía el doctor Ocampo, nos obliga a una muy bien ajustada visión educativa, a una pertinencia educativa–, y yo veo que esa transición del actual sistema de empleos a la inteligencia artificial va a agravar transitoriamente el desempleo juvenil en América Latina, uno no sabe por cuántos años. Eso va a exigir unos esfuerzos muy grandes de nuestros gobiernos y de nuestras sociedades.

Lo que uno ve como positivo ahí, es que hoy hay un gran consenso acerca del esfuerzo que hay que hacer en la parte educativa, en la innovación, en el apoyo a todas esas empresas creativas. Y, en los términos muy imaginativos que usaron ustedes, en la buena acepción que le dieron hoy al ocio, diría yo que en esa transición vamos a tener más ocio, porque vamos a estar viviendo entre un alto desempleo juvenil y una destrucción de empleos tradicionales. Pero eso se tiene que convertir en un gran factor para ser creativos, y las nuevas generaciones van a encontrar esa solución. Lo que hay que hacer hoy es un gran esfuerzo en el apoyo a la innovación y a la educación.

En el tema de las certezas e incertidumbres veo que hoy, en muchos países de América Latina, las elecciones no dan certeza democrática. Hicimos el tránsito de las dictaduras militares y todos aplaudimos la llegada de nuestros países a sistemas electorales.

Tengo que decir que una de las razones que me ha obligado a mí a ser disidente frente al problema que ocurrió en Colombia en los últimos años con grupos criminales, es que este país no tuvo en el siglo pasado sino cuatro años de interrupción democrática. México se preciaba de haber tenido la menor interrupción democrática, y tuvieron doce años; nosotros tuvimos una interrupción de cuatro años. Aquí, todos los fenómenos criminales se acentuaron en un país que vivía perfeccionando su institucionalidad democrática día a día.

En un encuentro de América Latina cuando se hizo ese tránsito de las dictaduras militares a elecciones, creíamos haber llegado ya a una certeza democrática permanente; pero hoy estamos llegando, a través de elecciones, a tiranías. Además del caso de Venezuela, es bien preocupante el de Nicaragua, el de Bolivia. Y la verdad es que yo creo que muchos estamos gratamente impresionados por la evolución de Ecuador; para mí es una gran y agradable sorpresa democrática, porque venía de un fundamentalismo marxista que uno pudo apreciar en el discurso del presidente Moreno en su juventud, y hoy tiene un gran equilibrio democrático. No vamos a hacer comparaciones con lo que antecedió, pero yo sí creo que es un caso muy positivo a resaltar hoy en lo que refiere a evolución favorable para nuestras democracias.

Venezuela, en cambio, llegó por la vía electoral, pero destruyó la democracia, la economía, el tejido social. Es increíble, presidente Lagos, pero hoy hay tantos venezolanos en Chile como inmigrantes ha recibido Alemania por los conflictos del Este en los últimos años: alrededor de 400.000. ¡Imagínense! La inmensa mayoría de ellos han pasado por los caminos de Colombia; han entrado por Cúcuta, por Maicao, por Arauca, y han transitado hasta la frontera con Ecuador para seguir por Perú y llegar a Chile. Si eso ocurre en el extremo sur del continente, donde se estima que hay 470.000 venezolanos, no está equivocado nuestro

presidente, Iván Duque, cuando estima que de no resolverse este problema Colombia puede llegar a recibir 6:000.000 de venezolanos, a pesar de la difícil situación que afronta en lo económico y en lo social, aunque con mucha esperanza. Se trata de compatriotas y hermanos que llegan en circunstancias muy complejas.

Hay que preguntarse cómo se ha sostenido Venezuela. Abreviando y simplificando esa historia, yo diría que uno puede dividir la sostenibilidad venezolana en dos grandes capítulos: la internacional y la doméstica.

La sostenibilidad internacional de Venezuela se dio, diría yo, por un factor político, el *Foro de São Paulo*, y por un factor económico, el tema de Petroamérica, toda esa bonanza que llevó al presidente Chávez a financiar el petróleo a países que tenían mucha dificultad para adquirir su canasta energética; esos países encontraron en la chequera del presidente Chávez una generosa financiación. En lo internacional, entonces, allí hay una incógnita.

¿Y cómo se dio esa sostenibilidad doméstica? Con un discurso social, con un discurso anticorrupción, con unas políticas sociales que todos veíamos bien: los subsidios de Venezuela, las posibilidades para los sectores más pobres. Durante los primeros años del presidente Chávez eso no tenía discusión; pero a mí siempre me pareció que el problema era su falsa sostenibilidad. Desde el momento en que empezó a afectar la empresa privada, muchos nos dijimos: «Esas políticas sociales que parecen muy buenas, no van a ser sostenibles con la afectación de la empresa privada». ¿Cómo se sostiene hoy? Con dos elementos, a mi juicio. Como ya no hay manera de legitimar el régimen porque la situación económica los ha llevado a no darle sostenibilidad a esas políticas sociales, hoy tienen tiranía en toda la expresión de la represión, y han logrado un mínimo vital para los sectores más pobres de Venezuela a través de los apoyos rusos y chinos, por fuera de los organismos financieros internacionales. ¿Será eso bueno a la luz de los acuerdos de Bretton Woods? ¿Será eso sostenible? Yo creo que América Latina lo tiene que pensar con mucha delicadeza. La solución venezolana debería ser el paso importante hacia la certeza democrática en el continente.



Definitivamente, creo que hay que pensar en una norma de Naciones Unidas que, por la interpretación idealista de los principios democráticos, habíamos tenido sin desempolvar: los acuerdos sobre la intervención para la protección de la población contra la crisis humanitaria. Creo que hay que intervenir en Venezuela por razones humanitarias. Pero esa intervención no debe ser internacional, sino doméstica, apoyada por la comunidad internacional; inevitablemente por allí va. Lo único que hará posible la solución es una intervención doméstica de fuerza, no para instalar regímenes militares, sino para poder dar nacimiento a una época de certeza democrática.

Gracias.

Julio María Sanguinetti

Queridos amigos: agradezco muy especialmente a la Cámara de Comercio que nos ha acogido, a todos los amigos que nos han enriquecido con sus reflexiones y a quienes nos han acompañado en estas horas y en estos días con la benevolencia del aplauso.

¡Muchas gracias!

